MIRIAM GONZÁLEZ



Todo lo que un día fuimos



MIRIAM GONZÁLEZ

Todo lo que un día fuimos

Sello: Independently published

Título: TODO LO QUE UN DÍA FUIMOS
Miriam González © 2024
Cubierta: Carlos Cajal
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mi familia,
por creer en mí y ayudarme a levantar el vuelo.

Capítulo 1

¿Dónde está el botón?



Ya queda poco viaje. Está siendo un trayecto horrible. Veinticuatro horas entre llantos, nervios, gritos y canciones infantiles. No puedo más, no veo la llegada, ni la cama donde voy a pasar muchas horas descansando después de este largo viaje.

Hace unos cuantos kilómetros que dejamos la autopista y no recuerdo exactamente en qué momento hemos tomado esta decisión. Cada vez nos encontramos más lejos de la civilización, mi vista se pierde entre campos y árboles y cuesta encontrar algún que otro coche por aquí. No sé cómo me dejé convencer de venir a vivir junto a mis padres y mi hermana.

La primera que me lo propuso fue Clara, mi hermana. Su decisión de venirse a vivir al pueblo nos cogió a todos por sorpresa hace ya más de tres años. Recuerdo que fueron unos días de mucha discusión entre ellos. Cuando nos veíamos, mi madre no quería ni oír hablar del tema, pero mi padre no paraba de sacarlo para que yo lo apoyara y ella respetara la decisión de mi hermana.

Año tras año, mis padres han ido haciéndose a los viajes entre su casa y el pueblo. Y cada vez han ido pasando más tiempo aquí y menos en Ámsterdam, la ciudad donde vivíamos nosotros. Cuando mi hermana dio a luz a Àlex, los viajes se sucedieron más a menudo y cada vez han sido más duraderos. Mis padres han encontrado en el pueblo amigos de la infancia y tareas a las que dedicar su tiempo, además de ayudar a mi hermana con el pequeño.

Cuando Clara y Dani se casaron, vinimos a pasar unos días de descanso. Por aquel entonces nuestras gemelas todavía no habían nacido y nosotros estábamos muy bien viviendo en Ámsterdam. Poco después, empezó una complicada época de la que tengo muchas lagunas, puesto que estos dos terremotos, que tienen poco más de un año, no nos han dejado descansar ni dormir una sola noche seguida y mi memoria empieza a fallar.

A las gemelas se les suma mi hijo mayor, Leo, que tampoco es tan mayor, solo tiene cinco añitos, pero esperamos de él que sepa hacerlo todo, ya que las pequeñas nos tienen absorbidos. Esta fue la razón principal por la que empezamos a escuchar la propuesta de mi familia de cambiar de aires y venirnos a vivir aquí. Necesitamos su ayuda más que nunca, y ellos cada vez están más cómodos en este lugar y mucho menos en Ámsterdam.

Durante varios años los he visto felices en un país extranjero. Mi padre parecía estar en su

salsa, le encantaba coger la bicicleta y pasarse el día entre caminos y calles. Lo malo de Ámsterdam es el tiempo que lo complica todo, aunque su población está muy hecha a esa lluvia intermitente. Mi padre sé que, en esos momentos de lluvia, buscaba refugio y cuando las gotas cesaban volvía a salir. Pero a los dos se les veía bien, les gustaba la ciudad, los paisajes, hacían excursiones y nos ayudaban con Leo. Al nacer mi sobrino, todo esto cambió y cada vez han sido más usuales los viajes y más largas sus estancias, hasta tal punto que no sabían cómo decírnoslo, pero preferían dejar tanta maleta y quedarse instalados en este lugar.

Por nuestra parte, al conocer la noticia de que Violeta, mi mujer, estaba embarazada y de gemelas, decidimos que dejara el trabajo durante un tiempo para poder dedicarse al cuidado de los niños, puesto que cada vez contábamos con menos ayuda. En Ámsterdam el trabajo no faltaba y con mi sueldo nos podíamos apañar durante una buena temporada. La suerte nos sonreía hasta que descubrí el lado oscuro al que mi empresa destinaba parte de los beneficios. No quise involucrarme y me negué a ser partícipe de ese negocio, así que llegados a este punto todo se torció.

En cuanto pronuncié mi negativa a estar relacionado con esos negocios y a seguir trabajando de la forma en que lo estaban haciendo, mi jefe me despidió y me prometió que no encontraría trabajo en esa ciudad. Y esa amenaza cada día ha ido cobrando más fuerza, estoy sin empleo desde hace más de un año, dedicado al cuidado de mis hijos que no paran quietos ni un momento y anclado en un matrimonio que parece cada día más roto.

Las gemelas, Leo y la mala racha de mi trabajo han consumido nuestra relación hasta conseguir tomar la decisión de separarnos y que cada uno haga su camino. Y esta es la noticia que estamos a punto de dar a mi familia. No se imaginan nada, simplemente que venimos a iniciar una nueva vida porque en Ámsterdam no tenemos trabajo ni nadie que nos ayude con nuestros tres monstruitos. Hemos alquilado una casa con el pacto de que cada uno de nosotros se instalará una semana en ella con los niños. La otra semana, se buscará la vida. Yo me iré a casa de mi abuela con mis padres y ella se irá a compartir un piso que ha encontrado en un pueblo cercano.

Los llantos de las gemelas me extraen de mis pensamientos y ya veo el letrero que nos anuncia que en seis kilómetros llegamos a nuestro destino.

—Para el coche, les toca comer y hay que cambiarles el pañal —me pide Violeta.

—Pueden aguantar, son poco más de diez minutos.

—No, no pueden, necesitan comer, no pararán de llorar hasta que coman algo. Llevan mucho tiempo durmiendo y se les ha pasado la hora. —Violeta se quita el cinturón y se dispone a pasar hacia la parte trasera del coche para intentar acallar a las niñas.

—Mami, tengo hambre. –Leo también se ha despertado.

—Sí, cariño, ahora paramos. Manu, para el coche.

—Solo faltan cinco minutos, enseguida llegamos y coméis. —No veo la hora de llegar, no veo la cama. Solo quiero parar el coche y dejar a los niños en manos de alguien que se ocupe de ellos hasta que yo pierda el sentido.

—Auuuuuuu. —Leo también llora.

—¿Qué te ha pasado, cariño? —Violeta le pregunta mientras el pequeño no para de llorar.

—Lúa me ha arañado.

—¡Para el coche, por favor! ¡No puedo con tanto llanto! ¡Para ya! —me grita presa del nerviosismo y el estrés.

Con resignación, detengo el coche en una explanada que hay a unos metros de distancia de donde se inicia la catástrofe. Sé que ahora tardaremos más o menos una hora en reiniciar la

marcha.

Mi teléfono suena y en la pantalla leo el nombre de Clara.

—Hola, ¿os falta mucho? —Sus palabras reflejan la felicidad que siente desde que se vino a vivir a este sitio tan alejado de la sociedad.

—Más o menos una hora.

—¿Pero si os llamé hace una hora y me dijiste lo mismo?

—Acabamos de parar a unos diez kilómetros del pueblo. Los niños tienen hambre y hay que cambiarles. Cuando podamos, volveremos a subir al coche y solo serán cinco minutos.

—Anda, no aguanto más sin achuchar a esos pequeñajos. Dime dónde estáis y me acerco con el coche.

—¡¿Podrías echarme una mano?! —Violeta me reclama, las niñas siguen llorando y está preparando los biberones—. ¡¿Puedes dejar el teléfono e intentar calmarlas?! —Empieza a elevar el tono.

—Sí, voy. Hermanita, te cuelgo, ya llegaremos. —Cuelgo el teléfono sin darle nuestra posición ni esperar su respuesta.

La tensión entre Violeta y yo cada día es más evidente. No sé en qué momento específico cambió todo, pero hasta sus palabras consiguen un efecto adverso en mí, contrario a lo que me había hecho sentir desde el primer momento en el que nos conocimos. Es difícil saber si es rencor o tristeza, ya no siento esas mariposas que sentía cada vez que me dirigía una mirada, ya no deseo que me toque o me roce con su cuerpo. Aseguraría que me es indiferente si ella está o no. Le tengo estima, es una persona con la que he compartido gran parte de mi vida, y la madre de mis hijos, pero me hubiese dado igual si se venía conmigo a este nuevo inicio o si se hubiera quedado en Ámsterdam. ¿Cómo he podido pasar una línea tan fina en tan poco tiempo?

De mala gana guardo el teléfono y cojo a Carla en brazos, que se calla en ese mismo instante. No es así con Lúa que, al ver que he cogido a su hermana, aumenta los decibelios del llanto para que haga lo mismo con ella. Leo ya está jugando con las piedras del suelo mientras sostiene en la otra mano un bocadillo que se está comiendo. Siento a Carla al lado de Leo y le pido a este que la vigile un minuto. Mientras voy a buscar a Lúa para ver si deja de llorar, Carla le tira el bocadillo al suelo a Leo y este empieza a gritar y llorar de forma desesperada por el hambre que tiene.

¿Por qué? ¿Por qué se complica tanto todo? Pienso si existirá un botón de esos que puedes apretar y huir de la situación, huir de todo y teletransportarte a otra dimensión, a una donde reine la paz, la tranquilidad y el silencio. ¿Existe? ¿Dónde está el botón?

Capítulo 2
AQUÍ PASA ALGO



Ya diviso el coche de mi hermano en la lejanía. En cuanto he colgado el teléfono y les he explicado lo que pasaba, mi madre y mi abuela no han dudado ni un minuto, han cogido las chaquetas y se han subido al coche para ir a buscarlos.

En el mismo momento en el que bajamos de mi coche nos hacemos una idea de las horas que llevan metidos en su vehículo y de la batalla que allí se está librando. Violeta está dando instrucciones a mi hermano y esperando a que el agua de los biberones acabe de calentarse mientras tiene a Lúa en un brazo y le tiende la mano libre a Leo. Mi hermano tiene a Carla cogida en un brazo mientras intenta buscar algo dentro de una nevera. Y los tres niños lloran con unas ganas de campeonato. Suerte que Àlex se ha quedado con mi padre, no sé si hubiera empezado a llorar nada más ver la situación.

Mi madre corre a coger una niña, mi abuela coge a Leo y yo me encargo de Carla. Creo que hubiera sido mejor que nos hubieran dado instrucciones a nosotras porque el contacto con mis sobrinos ha sido escaso y la mayoría de las veces por videollamada, lo que hace que no estén acostumbrados a nosotras y lloran extrañando los brazos de sus padres.

Violeta sigue de los nervios y Manu también, su tono de voz se transforma y se eleva hasta el punto de superar los llantos de sus hijos y la tensión está más que presente. Empiezo a tener una sensación extraña, no hay rastro de ese cariño que se infundían constantemente, ni de las miradas de conexión, ni los gestos de amor que se dedicaban. Solo observo gritos, desprecios y algunas palabras fuera de tono. Con la niña en brazos, apoyo una mano sobre la de mi cuñada y la ayudo a tranquilizarse y a acabar de preparar los biberones. Carla ya tiene el suyo, que lo coge con prisa y se lo lleva a la boca. La dejamos en la sillita y vamos a por la siguiente. Violeta prepara el otro, se lo tiende a Lúa, a la que también dejamos en la sillita, y se sienta rendida a su lado.

—No puedo más.

—Tranquila, es el agotamiento del viaje. Ya sabíamos que iba a ser complicado, pero falta muy poquito y después podréis descansar. Yo me ocuparé. —La tranquilizo proporcionándole un cálido abrazo de bienvenida.

—Gracias, Clara.

Dejo a Violeta cuidando de las pequeñas y voy a ver a mi hermano. Leo está abrazado a él

con unas galletas en la mano. No quiere separarse de su padre y mi hermano está realmente abatido. El cansancio se refleja en sus ojeras y podría afirmar con rotundidad que también la tristeza. Estoy convencida de que esta decisión le ha costado muchos dolores de cabeza, además de que no era de su agrado, sin embargo, tanto yo como mis padres, creemos que este cambio les ayudará y les acabará aportando la misma felicidad o más que a nosotros.

—Hermanita, esto está siendo muy difícil. No puedo más —me dice entre susurros.

—Tranquilo, estáis agotados y los niños también. Es normal que te sientas abatido. En cuanto lleguemos, los niños son nuestros y vosotros podréis iros a vuestro nuevo hogar y descansar todo lo que necesitéis.

—Muchas gracias, hermanita. Pero es más complicado. Necesitaré más apoyo del que crees y más comprensión. —No sé qué me está pidiendo exactamente.

—¿No irás a dejarme a tus niños y te largarás sin más a un país lejano y del que no volveremos a saber de ti? —Le hago sonreír.

—Eres algo peliculera, ¿no crees? —Me encojo de hombros—. No, eso nunca. Pero… tenemos que hablar.

—De acuerdo. —Me quedo pensativa e inquieta.

Carla es la primera en acabar, mi madre ha conseguido cogerla sin que volviera a llorar, aunque no se la ve demasiado convencida. Mi hermano se dispone a cambiarle el pañal para, cuanto antes, reanudar la marcha y llegar por fin a su nuevo hogar. Lleva a Leo cogido de la pierna, no se le despega y no consigo que lo haga hasta que, al fin, el pequeño se acerca a su abuela y se queda tranquilo con ella. Poco a poco conseguimos algo de paz y todos empiezan a estar más calmados.

Violeta se acerca a mi lado, diría que sus ojos empiezan a inundarse antes de emitir una palabra.

—Vaya viajecito, Clara, como me he acordado de tu recomendación de venirme yo con los niños en avión y Manu en coche. Ha sido muy duro.

—Ya me imagino. Os habréis divertido muchísimo todos estos kilómetros. —Mi ironía hace que su mirada se torne del cansancio al enfado.

—¡Qué graciosa! Cuando quieras te llevas a mis hijos en coche un par de horas. Tú misma podrás comprobar lo divertido que es.

—No, gracias, seguro que solo se divierten así con vosotros. —Le doy un empujoncito a modo de broma.

—Seguro. Quería pedirte un favor enorme, Clara. En cuanto tengas un ratito, necesito hablar contigo.

—Por supuesto. Cuando quieras. Hoy tenéis que descansar, pero a partir de mañana mi tiempo es tuyo. Esta semana tengo poco lío en el trabajo, así estaré a vuestra disposición. —Mi preocupación se hace cada vez más evidente.

La tensión se va desvaneciendo y los ayudamos a subir al coche, no sin antes escuchar protestas y gritos. Los niños no quieren volver a sus asientos. Nosotras nos dirigimos al nuestro y reanudamos la marcha. No hemos conseguido que Leo se viniera con nosotras, así que poca ayuda hemos proporcionado. Pero ya no queda nada. En cinco minutos podremos achucharles y estar con ellos durante mucho tiempo.

—Clara, ¿hay algo que debas explicarnos? —Mi abuela ya se ha percatado de que alguna cosa se le escapa y, cómo no, ya me está preguntando.

—No sé de qué me hablas, no tengo nada que ocultaros.

—Aquí pasa algo, algo que no me huele nada bien. —Ella y sus presentimientos. Y cuando

presiente algo… algo sucede.

—Están cansados, abuela. Llevan dos días de viaje con tres niños pequeños. Yo no hubiera sido capaz. Seguro que en unos días están recuperados y empiezan de nuevo.

—Ya te digo yo que aquí hay gato encerrado. Y no sé por qué, pero presiento que es grave y que no me va a gustar. —Ya está, los ha sentenciado.

—Abuela, no te preocupes, esto es nuevo para ellos, han pasado una mala época y siempre cuesta empezar de cero. Pero estaremos aquí para ayudarles. Serán unas semanas o meses complicados, pero cuentan con nosotros. Les irá bien y se adaptarán a este nuevo estilo de vida. Confiemos. —Mis dudas apoyan el comentario de mi abuela, pero no quiero que se preocupe más de la cuenta.

No sé por qué, pero estoy convencida de que tiene razón. Descarto informarles de las pequeñas frases que me han dirigido tanto mi cuñada como mi hermano. No les miento, solo omito la información que tengo hasta tener otra más certera. Pero siento que les pasa algo y es grave.

Hasta este momento no he caído en que puede que haya algún motivo más para que finalmente hayan accedido a venir a vivir al pueblo. Durante este último año, desde que las niñas nacieran, en las videollamadas que hacíamos y las cortas visitas en las que nos habíamos visto, no había caído en la cuenta de que hubiera más motivos que no fuera el cansancio que estaban sufriendo y la preocupación por no encontrar trabajo. Esas dos eran las razones principales por las que habían decidido venirse cerca de nosotros. Pero sospecho que hay algo más. Hago memoria y recuerdo que, en una de las últimas conversaciones, mi hermano me pidió el teléfono de mi amiga Lucía. Quería hablar con ella sobre el trabajo y alguna cosa más. Lucía no me ha comentado nada, pero creo que tiene más información de la que yo dispongo.

Al llegar al parque ya diviso a mi padre con Àlex. Aparcamos los coches y él y mi hermano se funden en un gran abrazo. A mi padre le cuesta contener las lágrimas y, en esta ocasión, no las disimula. Soy consciente de lo que se han echado de menos y las ganas que tenían de volver a estar juntos. Leo ya parece más tranquilo y también abraza a su abuelo. Enseguida se acerca a Àlex y se ponen a jugar. Carla y Lúa bajan del coche y caminando torpemente, se acercan al pequeño arenal que hay lleno de cubos y palas en el que se sientan y se ponen a jugar.

Aún recuerdo la primera vez que encontré a mi amiga Lucía y a su hija tiradas en la arena del parque, rebozándose como si estuvieran en la playa. Ahora soy consciente de cómo llegué a este pueblo hace tan solo algo más de tres años y cómo ha cambiado mi vida en este tiempo. Y ahora soy yo a la que no le importa disfrutar del parque y de la arena y rebozarse en ella mientras observo la sonrisa de mi hijo. Aprendí a vivir aquí, a tener un ritmo de vida más tranquilo, a disfrutar de los grandes momentos que nos brinda la vida y eso es lo que quiero que consigan mi hermano y su familia. Espero que aprendan a vivir más con menos, del mismo modo que lo he hecho yo.

Estoy rodeada de las personas que quiero. La familia al completo se vuelve a reunir. Bueno, perdón, se me olvidaba, falta Dani, mi marido, mi pilar, mi tesoro perdido en este pueblo, al que encontré y conseguí recuperar gracias a mi abuelita Antonia. Dani se reunirá con nosotros después de su jornada. Tiene muchas ganas de ver y acompañar a nuestra familia en su nueva aventura. Solo espero que puedan aprender a vivir aquí y ser felices encontrando su camino. Para ello estaremos todos ayudándoles a superar los baches que puedan encontrar. Les deseo mucha suerte.

Capítulo 3

Desconectar de todo



¿En qué momento hemos iniciado este camino que tiene dos senderos tan diferentes? Sería difícil identificar cuál ha sido el detonante: el trabajo, los niños, el agotamiento, la escasa ayuda, los reproches, nuestro poco cuidado mutuo… Supongo que un poquito de cada cosa o la suma de todo a la vez. Nuestra relación ha ido cogiendo una dinámica en la que ninguno de los dos se encuentra cómodo.

Desde hace varios meses intento encontrarle un significado a mi vida. La tristeza se ha apoderado de mí y la rutina me absorbe cada día, de una forma tan violenta, que acabo agotada y deseando meterme en la cama para descansar y recomponer mis fuerzas para volver a iniciar un nuevo día, igual o peor que el anterior. Desde que dejé de trabajar me he dedicado en cuerpo y alma al cuidado y protección de mis hijos, sin tenerme en cuenta ni cuidar de lo nuestro. El día a día se hace cada vez más duro al no disponer de un solo minuto para mí.

Me he pasado las veinticuatro horas del viaje intentando encontrar una razón para quedarme, una razón para continuar y seguir nuestro camino juntos, pero cada vez que lo intento, cada vez que busco en lo más hondo de mi corazón, solo me surgen lágrimas, solo encuentro dolor, tristeza y angustia.

Sigo con la mirada el coche de mi cuñada Clara. No he podido más y ya le he pedido hablar para desahogarme. Sé que es su hermano y que le va a doler, pero también sé que puedo contar con ella. Lo sé porque nuestra conexión ha sido muy especial desde que nos conocimos. Aunque durante estos años en Ámsterdam nos hayamos distanciado, sé que tendré su apoyo.

Nos presentó Sonia, mi compañera de trabajo por aquel entonces y amiga de la infancia de Clara. Durante varias semanas nos hicimos inseparables las tres, comíamos juntas, salíamos de fiesta y nos lo pasábamos en grande. Sonia y yo compartíamos tareas en el trabajo y eso nos ayudaba a rememorar los momentos únicos que pasábamos divirtiéndonos. Poco después, Clara me presentó a su hermano y nuestro flechazo fue tal que desde ese mismo día no nos volvimos a separar. Al cambiar de trabajo, mi relación con Sonia se enfrió, no fue así con Clara, con la que seguíamos viéndonos en comidas y eventos familiares. Por ello, nuestra amistad se reforzó y conseguimos algo más que ser cuñadas. Al marchar a Ámsterdam pocas veces me puse en contacto con Sonia y desde que nacieron las gemelas, perdí el contacto totalmente. Sé que Clara

y ella continúan con su amistad y me encantaría volver a retomarla. Pero antes, debo ordenar mi mundo y eso me llevará tiempo y energía.

Bajamos del coche y nos recibe mi suegro con un gran abrazo y una enorme sonrisa. Ese hombre que ha ejercido más de padre para mí que de suegro. Sé que me quiere con todo su corazón y nuestra noticia le va a doler muchísimo. Su abrazo cálido me hace sentir que estoy en casa, en mi hogar que dentro de poco va a estar dividido entre dos lugares: la casa donde vivirán mis hijos y yo una semana cada quince días y el piso compartido que he encontrado en un pueblo cercano.

Los niños se hacen muy rápido al ambiente que se respira y se divierten con su primo. Clara y su abuela se quedan con ellos y mis suegros y nosotros nos dirigimos a la casa que hemos alquilado. Está muy cerca del parque, así que me voy tranquila porque si algún niño llora pueden avisarme y enseguida les podré atender.

La casa es preciosa, la habíamos visto en fotografías, pero en vivo es mucho más bonita y luce perfecta. Abriendo la puerta se accede a un pequeño jardín muy bien cuidado donde descansan una mesa, dos sillas y un columpio. Al acceder al primer piso nos encontramos una estancia minuciosamente decorada donde reina un sofá delante de una chimenea que han dejado encendida para proporcionar calidez al hogar. La cocina es grande y luminosa, dando paso a otra puerta que comunica con el jardín trasero, donde hay un precioso banco y una casita de madera de juguete a la que no le falta detalle: cocina con sus utensilios, mesa y taburetes pequeños para jugar, escoba, juguetes varios y un coche a pedales. Mis pequeños estarán encantados.

Volvemos dentro y al subir las escaleras, nos encontramos con dos habitaciones amplias, un lavabo y un enorme dormitorio de matrimonio. Las habitaciones están perfectamente decoradas y preparadas para los niños. La de Leo tiene una cama, un escritorio, algunos juguetes y una estantería con libros. En la otra habitación nos encontramos dos cunas a las que no les falta detalle y un bonito mueble cambiador.

Cada vez que pienso en el tiempo que lleva esta familia preparando esta casa para nosotros y en cómo se lo vamos a agradecer, con la noticia que tenemos que darles, me entristezco más y mi pecho nota un pinchazo con el que me cuesta respirar.

Al entrar en la habitación de matrimonio mis ojos se llenan de lágrimas y ya no puedo seguir disimulando. Descienden por mis mejillas y dejan salir lo que mi boca no puede explicar. Manu se ha dado cuenta y viene a mi lado, me seca las lágrimas y me excusa delante de sus padres, que me miran sin saber bien qué hacer ni qué decir.

—Estamos agotados, nos gustaría poder descansar. Clara me ha dicho que os podíais quedar con los niños. Solo serán un par de horas.

—Lo que necesitéis. Nosotros nos ocupamos de los pequeños —le contestan mis suegros a Manu mientras salen de la habitación.

Sus padres se marchan y nos quedamos solos en este bonito lugar. De pronto me encantaría volver atrás, empezar de nuevo nuestra historia y cambiar las decisiones tomadas en los momentos difíciles, pero es más complicado de lo que parece y Manu está muy seguro de la decisión tomada.

—¿Cuándo crees que será el mejor momento para soltar la bomba? —Manu está decidido a acabar cuanto antes con esto y explicárselo a su familia.

—No lo sé, es tu familia. Cuando tú creas.

—Cuanto antes mejor. Ahora necesitamos dormir un poco. Al despertar, decidimos. Me voy a la cama de Leo, que descanses.

Sale de la habitación y un frío incómodo me invade el cuerpo. La decisión está tomada y no

hay vuelta atrás. Me tumbo en la cama y sin poder controlar mis emociones, las lágrimas empiezan a llenar el vacío instalado en mi corazón. De forma inconsciente, mis sentimientos se encuentran al borde del precipicio sin que nada pueda hacer para que no acaben cayendo.

De pronto siento que esto es una pesadilla y me encuentro en Ámsterdam, donde Manu y yo paseamos por los canales empujando un carro gemelar y con Leo en patinete a nuestro lado. El paseo es agradable y nuestras miradas y caricias se suceden sin rastro de dolor ni rencor. Manu me abraza y me besa en un semáforo mientras Leo les hace carantoñas a sus hermanas. Su mirada desprende pasión y sus caricias me hacen estremecer. Entonces su mano en mi mejilla hace que me embargue un sentimiento de amor y un escalofrío recorre mi cuerpo. En ese instante escucho su voz y retorno a la realidad. Manu intenta despertarme del sueño profundo en el que caí hace horas, por lo visto. Me dice que los niños nos reclaman, que ya es muy tarde y tenemos que atenderles. Como puedo me incorporo y bajo a encontrarme con ellos.

Clara y Dani han entrado todo el equipaje que habíamos dejado en el vehículo y no sé cómo, pero se las han apañado muy bien con los pequeños.

Mis hijos salen corriendo a abrazarme en cuanto me ven. La familia al completo se encuentra en la casa colocando y ordenando algunas cosas de las maletas. Observo la situación con cariño. Sé que, aunque Manu y yo ya no estemos juntos, van a ayudarnos y podemos contar con ellos.

—Estas son vuestras maletas, las subo a vuestra habitación. —Dani carga dos maletas enormes por las escaleras. Son las nuestras, pero no van las dos al mismo sitio. Busco con la mirada a Manu que asiente con la cabeza y sale en su ayuda.

—Deja que te eche una mano. —Los dos cuñados se pierden escaleras arriba.

Esta situación se nos está yendo de las manos. Me cuesta disimular nuestra decisión y a la vez se me hace muy difícil explicarla. Los niños están jugando encantados con su primo. Es una preciosa imagen que deseo inmortalizar. Clara sale de la cocina con la cena preparada. Los cuatro niños se disponen a cenar y la casa empieza a vaciarse. Cuando Àlex acaba su plato, Clara y Dani también se retiran. Supongo que ha sido un día duro para ellos, cuatro niños de estas edades no son fáciles de llevar.

Mis tres terremotos necesitan recargar pilas. El viaje se les ha hecho muy pesado y se les nota cansados. Acostamos a las pequeñas en sus respectivas cunas y a Leo en mi cama. Caen rendidos al instante. Mañana será otro día, repleto de novedades, gestiones diversas y conversaciones pendientes. He dormido casi todo el día, aun así, estoy agotada y yo también necesito recargar las pilas. Decido estrenar la bañera y sumergirme en un relajante baño. Mañana será un nuevo día, un nuevo inicio que deberemos escribir. Pero por ahora, no quiero pensar, no quiero adelantarme a nada, simplemente quiero relajarme, evadirme de mis sensaciones y desconectar de todo.

Capítulo 4

PENSAR EN MÍ



Después del viaje y del día de ayer en el que me pasé más horas durmiendo que despierto, creía que no podría conciliar el sueño. Violeta se tomó un baño relajante y yo perdí el conocimiento delante de la tele. A altas horas de la madrugada me desperté y me fui a dormir. Ella no se tomó ni la molestia de despertarme. De acuerdo que no quiere saber de mí, que ya no nos procuramos nuestro amor, pero me gustaría saber que le importo un poquito, que le interesa saber que estoy bien y que soy el padre de sus hijos, que por lo menos eso debería servir para despertarme y decirme que me vaya con ella a su cama, que olvidemos todo lo que ha pasado estos últimos meses, que volvamos a empezar de nuevo, con otras ilusiones, con otras expectativas, que no reproduzcamos lo que en el pasado nos hizo daño y que le haga el amor como hace mucho tiempo que no lo hacemos. Vale, de acuerdo, estoy desvariando, pero mis sentimientos hacia ella a veces me traicionan. Hemos compartido y vivido tantas experiencias que no me imagino mi futuro sin ella, aunque parece ser que ella sí se lo imagina sin mí y ya ha dejado de lado nuestro cariño. Tanto lo ha aparcado que no se molesta en saber ni dónde duermo.

Al despertar, el cambio de palabras entre nosotros es mínimo y tras el desayuno, el primer trámite a realizar es el de inscribir a nuestros hijos a sus respectivos colegios. Leo a la escuela y las gemelas al jardín de infancia. Ese es nuestro objetivo de hoy y así poder empezar a buscar trabajo lo antes posible. Al salir, Clara ya nos está esperando, ya ha dejado a Àlex en la misma escuela donde irá Leo y nos acompañará a realizar el papeleo.

Después de cumplimentar papeles y papeles con datos de los que dudamos en varias ocasiones, algunas horas de espera y muchos momentos de nervios, los tres niños ya están inscritos, pero hasta mañana no podrán empezar a asistir a clase. Se me va a hacer eterna la espera, pero hoy es imposible empezar. Eso sí, Leo ha podido entrar en su clase y conocer a sus nuevos compañeros y a su maestra y, aunque él quería quedarse ya con ellos, no podrá ser hasta mañana cuando asista el día completo. ¡No veo la hora! Clara no se separa de nosotros en todo el día. Por suerte su trabajo se lo permite.

Cuando vino aquí, decidió que quería cambiar de vida y además de colaborar junto con mi madre y mi abuela en una asociación dedicada a conseguir recursos para diferentes causas, se dedica a ayudar a mujeres emprendedoras a potenciar sus negocios. Es un trabajo que puede

realizar desde casa, ajustando el horario a sus necesidades y pudiendo así compaginarlo con el horario de Àlex y seguir dedicando tiempo a lo que más le gusta: disfrutar de la vida.

Al acabar los dichosos papeles, pasamos el día juntos, las horas corren entre charlas y poniéndonos al día de nuestras vidas tan diferentes. Hemos paseado por el pueblo y ya lo hemos visto todo. Es tan pequeño y tan diferente a nuestra ciudad que creo que voy a ahogarme de un momento a otro. Violeta, por el contrario, parece encantada con las explicaciones de mi hermana. Está atenta y responde con una naturalidad y una sonrisa que hacía mucho tiempo que no veía en ella. Sus ojeras siguen mostrando el cansancio acumulado durante estos últimos meses, pero algo en ella se ha transformado, su actitud y su interés por lo que nos rodea parecen ayudarla a superar este cambio tan brusco que nos ha dado la vida.

Llegamos a casa y Clara se marcha. Volvemos a estar solos y la rutina nos envuelve: baños, cenas, gritos, llantos, estrés y reproches inundan la casa. Por un momento había visto un rayo de luz y esperanza en los ojos de Violeta, pero este se ha desvanecido desde el preciso instante en el que hemos entrado por la puerta. Nada más acostar a los niños, desaparece en su habitación y no volvemos a intercambiar palabra hasta el día siguiente.

Hoy sí podemos dedicarnos a buscar trabajo y ordenar un poco la casa. Violeta ha quedado con Clara para ir a una entrevista. Al parecer en la oficina de autobuses donde trabaja Dani hace falta una administrativa y Violeta cumple con los requisitos del puesto de trabajo. Esperamos que haya suerte y así poder tener un tema menos que solucionar. Yo, por el contrario, empiezo de cero. En mi empresa tenía un cargo de alta responsabilidad y lideraba un gran equipo de personas. No creo que haya nada parecido por aquí, ya que no hay casi gente… Así que me tocará reinventarme. Delante del ordenador empiezo a buscar ofertas de empleo por la zona sin demasiado éxito y me pierdo entre páginas y páginas hasta que llego a desesperarme.

El móvil interrumpe mi búsqueda, es un mensaje de Violeta que me informa de que no vendrá a comer y que quedamos directamente en la puerta de la escuela a la salida de los niños. Me cambio de ropa y decido salir a correr para despejarme un poco. El pueblo se queda pequeño enseguida, así que busco los senderos entre los campos y árboles que hay colindantes y me pierdo entre tanto verde. El paisaje es impresionante, los sonidos invaden mis oídos de cantos de aves e insectos, respiro paz y tranquilidad por todas partes… No creo que logre adaptarme a tanta calma.

Sigo corriendo montaña arriba hasta divisar las mejores vistas del lugar: desde la pequeña colina a la que he subido, puedo ver campos verdes, ocres, coloridos por todas las flores que han florecido, un cielo azul brillante, algunas casas cercanas y otras más alejadas, un paisaje de película a mis pies. Un regalo para mis ojos, pero no para mi día a día, me gusta el estrés, la presión en el trabajo, el bullicio de los coches, las personas... Aquí no creo que pueda encontrar nada parecido. Me costará adaptarme, aunque mientras, seguiré disfrutando de estas vistas y de este lugar único.

Después de empaparme largo y tendido del aroma particular del lugar, inicio el regreso a casa, donde me hago algo rápido para comer y me preparo para ir a buscar a Leo tras su primer día de escuela.

Al llegar, mi hermana y Violeta ya están esperando a que salgan los niños mientras mantienen una animada conversación con otros padres. Me acerco a ellas, las saludo, me presento y en seguida me incluyen como uno más. No hay demasiadas personas a la salida, tampoco salen muchos niños de dentro. Aunque de unos años a ahora, el pueblo ha crecido en habitantes buscando la tranquilidad que un lugar así les brinda, todavía son pocos los niños que asisten a clase. Leo parece encantado y la maestra nos explica que se ha adaptado a la perfección.

Al menos alguno de nosotros se adapta a este lugar. Ahora toca recoger a las gemelas y volver a la rutina antes de ir a dormir.

Después de volver a realizar todas las tareas del día a día con tres niños, volvemos a estar agotados y caigo rendido en el sofá. Violeta se dispone a subir al piso de arriba para desaparecer de nuevo, pero esta vez la interrumpo a media escalera.

—Violeta, no me has explicado cómo ha ido la entrevista. —Se paraliza a medio subir sin dar siquiera media vuelta.

—Ha ido bien, Dani me ha dicho que me darán alguna respuesta mañana.

—Me alegro. Seguro que tienes suerte.

—Eso espero. Buenas noches, Manu.

—Buenas noches, Violeta.

Hemos conseguido mantener una conversación de más de dos palabras, si a eso se le puede llamar conversación. No entiendo su actitud llena de desprecios como este. De acuerdo que no vamos a hacer una vida de pareja que se adora, pero podríamos charlar algo antes de ir a dormir, o decidir en qué momento vamos a explicar nuestra nueva situación a mi familia y cuándo empezaremos a hacer el régimen de los niños.

Divagando en mis pensamientos y haciendo *zapping* en el televisor, caigo en un profundo sueño del que me despierto a las tres de la madrugada al escuchar un terrible estruendo, parece que haya explotado la casa de al lado. Al despejarme del salto que he dado del sofá, me doy cuenta de que solo se me ha caído el mando a distancia al suelo, lo que ha originado un pequeño ruido que mi mente ha catalogado como el mayor terremoto del mundo. Mi corazón está a punto de salir por mi garganta, lo que me hace despejarme y no poder conciliar de nuevo el sueño en la cama de Leo. Sobre las seis de la mañana desisto, me levanto y salgo a correr. Vuelvo a deleitarme con las vistas, esta vez disfrutando de un precioso amanecer.

Llego algo más tarde de lo que me había propuesto. Violeta, al verme, se dirige veloz hacia mi posición y me apremia para que la ayude porque de lo contrario los niños llegarán tarde. Desayunos, calcetines, gritos, carreras, demasiado estrés para antes del café. Cuando por fin se quedan en la escuela, decidimos ir a desayunar con mi hermana. Mientras esperamos que el camarero nos sirva, el teléfono de Violeta empieza a sonar.

—¿Diga? Sí, soy yo. ¿De verdad? No me lo puedo creer. Sí, sí, ahí estaré. Muchas gracias. Hasta mañana.

Clara y yo la miramos hipnotizados por su sonrisa y su movimiento lento hasta volver a guardar su móvil en el bolso. Sé que se está recreando, está disfrutando de nuestra intriga. No puedo más.

—¿Nos vas a explicar qué es lo que no puedes creer y donde estarás mañana?

—¡He conseguido el trabajo! —exclama a la vez que abre los brazos a modo de victoria.

—¡Enhorabuena! —Gritan y brindan las mesas cercanas, mucho antes de nuestra reacción. Esto es un pueblo en toda regla.

—¡Gracias! —añade Violeta girándose hacia las personas que la felicitan, que no se conocen de nada, pero ella es muy educada.

—¡Qué bien! Me alegro mucho. —Ahora sí reaccionamos. Nos levantamos y abrazamos a Violeta.

—Esto hay que celebrarlo. Comida familiar este sábado en mi casa —sentencia Clara levantando el café que acaban de servirle a modo de brindis.

Violeta y yo nos dedicamos una mirada de sorpresa. Los dos sabemos que no vamos a poder disimular mucho más tiempo y que eso de la comida familiar es una situación que no podemos

controlar aún. No obstante, levantamos nuestras tazas también a modo de brindis por la alegría del trabajo.

Es una gran noticia y me alegro mucho por ella, pero ¿y yo?, ahora falta que yo encuentre mi lugar, algo más complicado teniendo en cuenta mi currículum y las pocas ganas que tengo de renovarme. Por ahora deseo que a ella le vaya bien en ese puesto y a mí me toca encontrar mi sitio, centrarme en mi persona e intentar buscar dónde quiero estar. Es mi momento, ahora tengo que pensar en mí.

Capítulo 5
EVA



He conseguido el trabajo. No me lo puedo creer, ha sido muy rápido. No imaginé que en solo cuatro días iba a empezar en un nuevo puesto. Todo está siendo tan perfecto que me da miedo. La vida aquí es tan diferente y agradable que por ahora lo que más deseo es seguir nuestro camino y conseguir adaptarnos a esta nueva etapa.

Los niños están asimilando muy bien los cambios y yo le veo muchas posibilidades. Me gusta el pueblo, lo que nos rodea, la gente que estoy conociendo y mi nuevo puesto de trabajo, aunque todavía no he empezado. Sé que las gestiones a realizar son fáciles y no creo que tenga demasiado problema en cogerle el truquillo. Manu es quien sé que lo va a pasar peor. No está acostumbrado a este ambiente y desde que llegamos su mirada solo muestra tristeza y desaprobación. Él es el que más me preocupa, sobre todo porque me tiene desconcertada.

En mi cabeza había recreado la conversación con su familia tantas veces que ya la había hecho realidad, pero lo que me sorprende es que no haya querido hablar todavía con ellos. No sé a qué está esperando, sé que será difícil y duro, pero cuanto más se retrase el momento más difícil será, tanto para nosotros como para los niños, volver a empezar. No quiero presionarlo porque sé que le va a costar encontrar empleo y eso le hace estar sumido en una profunda pena, pero nuestra nueva situación no será sostenible demasiado tiempo.

Anoche me costó dormir presa de los nervios por empezar en mi nuevo puesto, así que me toca arreglar y disimular mis ojeras con más trabajo del que es habitual. Le pido a Manu que lleve él a los niños por ser mi primer día y salgo veloz hacia la oficina, que se encuentra en otro pueblo.

Por el camino que realizo en coche me voy enamorando de los paisajes que me acompañan. Los campos están tan verdes y coloridos, tan llenos de vida que parecen cuadros pintados con pinceles. El camino es muy agradable, bajo la ventanilla y aunque la temperatura todavía es fresca, siento la brisa en mi rostro y respiro profundo llenando mis pulmones de aire fresco.

Poco a poco recuerdo mi conversación con Clara. Después de la entrevista, fuimos a tomar un aperitivo y empecé a explicarle que la convivencia con su hermano se había vuelto desastrosa. Me sinceré completamente y le conté que no había sido culpa de nadie, simplemente que, poco a poco y día a día, habíamos empezado a dejar de querernos y que ya no nos soportábamos.

Clara entendió a la perfección nuestra situación y desespero para tomar la decisión, pero me pidió tiempo. «Estos aires nuevos os irán bien. Daros una oportunidad, un nuevo comienzo siempre es una nueva manera de hacer las cosas. Probadlo, y si no funciona, tomar la decisión que creáis más acertada».

Me sorprendió su forma de entenderme, pero no me gustó su consejo. Yo prefería empezar ya con esta nueva etapa y no marear más a nadie. Si ahora estamos un tiempo juntos, nos tenemos que adaptar a esta nueva situación, y si después nos separamos, nos tendremos que volver a adaptar. Parece sencillo, pero cuando hay que acomodarse a tantas situaciones nuevas en poco tiempo… no lo es tanto. Sin embargo, pienso que es Manu quien debe decidir cómo dar la noticia y cuándo.

Llego a la oficina y el trabajo me absorbe por completo. Son las tres de la tarde y ya tengo que salir. El día se me ha hecho muy corto y eso que no he parado ni para tomar un café. Mario, el coordinador de los conductores, me ha dado demasiadas explicaciones y, aunque ha sido muy atento conmigo, creo que mañana tendrá que volver a explicármelo todo para que yo pueda retener los procesos con más calma.

Mario es muy amigo de Clara y Dani y me explica que él antes también era conductor de autobuses, pero un pequeño percance en un trayecto hizo que no pudiera volver a conducir ningún otro vehículo tan grande y decidió cambiar de trabajo. Su suerte fue que la misma empresa pudo recolocarlo realizando papeleo y gestiones que ya dominaba. Ahora es el coordinador de los horarios y los conductores y necesitaba ayuda administrativa. Por esos motivos supongo que no dudó en contratarme, aunque su amistad con mis cuñados ha sido decisiva. Les estoy muy agradecida a los tres y no pienso desaprovechar la oportunidad. Estoy encantada con mi nuevo empleo.

La mañana se ha pasado volando y llego a casa sin haber probado bocado. Al entrar, no hay rastro de Manu, ha debido salir en busca de trabajo. Espero que no tarde en encontrar algo que le encaje. Voy directa a la cocina y me preparo una ensalada rápida, me acomodo en el sofá y me pierdo en algún programa de la tele al que no le presto atención. Reviso los mensajes del móvil y el primero que encuentro es el de Clara.

Clara:
Hola, cuñadita.
¿Cómo te ha ido tu primer día?

Violeta:
Genial, Mario es encantador,
ya lo conoces… y se explica muy bien.

Clara:
Es un amor. Lucía tiene mucha suerte.

Violeta:
Sí.

Clara:
Me alegro de que haya ido bien.
Y… ¿por casa?

Violeta:

Por aquí no hay cambios a la vista,
lo mismo que en Ámsterdam.

Clara:
Poco a poco, tenéis que adaptaros,
no hay prisa.

Violeta:
Por cierto,
¿sabes dónde está tu hermano?

Clara:
No, ¿se ha ido?

Violeta:
No lo sé, voy a llamarlo a ver si lo encuentro.
Gracias, Clarita, por TODO.

Clara:
No hay de qué.

Reviso el resto de los mensajes y no hay ninguno de Manu. Le llamo, pero sin respuesta alguna. Decido prepararme y salgo a buscar a los niños a la escuela esperando encontrarme con él en algún momento.

Al llegar lo veo a lo lejos manteniendo una conversación animada con otros padres que también están esperando. Al acercarme ríen a carcajadas por algo que ha dicho. Me uno a ellos como si entre nosotros no pasara nada.

—¿Cómo ha ido el primer día? —Manu se separa un poco del grupo para indagar en mi trabajo.

—Muy bien, muchos procesos nuevos, pero irá bien, estoy contenta.

—Me alegro por ti, Violeta, te lo mereces. —Su sonrisa y sus palabras son sinceras.

—Gracias.

Mi cuñada se une a nosotros en el momento en el que los niños empiezan a salir. Ha llegado un poco justa e insiste en reunir a toda la familia.

—El sábado no hagáis planes, os esperamos en nuestra casa para comer y pasar el día juntos. Ya he avisado a mis padres y a la abuela. —Clara sigue adelante con su idea ante nuestras miradas de desagrado.

—Clara, no creo que sea una buena idea. —Manu no está muy convencido.

—Ya está hablado con todos, tenemos que celebrar vuestra bienvenida y vuestro nuevo comienzo. Todo irá bien. —Clara nos anima guiñando un ojo.

—Mañana hablamos, hermanita. Adiós. —Nos despedimos de ella y de nuestro sobrino y nos vamos a nuestro nuevo hogar.

Al llegar, el sentimiento que me invade no es de felicidad. No podemos quejarnos, las cosas han empezado bien, los niños se están adaptando a los colegios y la nueva rutina y yo ya tengo trabajo, pero presiento que no soy feliz ni voy a poder serlo mientras sigamos en esta situación.

Cojo el teléfono para llamar a Lucía, la amiga de Clara y Dani.

—¡Hola!

—Hola, Violeta, ¿cómo vais? ¿Está siendo fácil la adaptación? —Lucía es puro amor.

—Sí, por ahora sí, pero quería pedirte un pequeño favor. Ya va siendo hora de que vaya a ver el piso y puede que empiece a llevar algunas cosas para allí. No creo que tarde en trasladarme.

—Eso está hecho. ¿Quieres venir ahora? —me propone.

—¿Os va bien? —Algunos nervios se instalan en mi estómago.

—Supongo que sí, ahora hablo con Eva y te confirmo.

—Genial, espero tu mensaje.

Lucía se ha portado muy bien conmigo. Cuando Manu le pidió su contacto a Clara, no le especificó para qué lo quería, pero Lucía enseguida entendió nuestra situación y nos proporcionó la ayuda que necesitábamos. No sabíamos a quién más acudir que no fuera de la familia.

Lucía contactó con una amiga que también estaba divorciada y le explicó nuestra situación. Eva enseguida dio con la solución de alquilarme una habitación en su piso a un precio muy económico para poder pasar los días o, mejor dicho, semanas que necesitara. Ella también tiene la custodia compartida e intentaremos hacer coincidir nuestras semanas de custodia para así no entrometer a nuestros hijos en esta ecuación tan complicada.

Recibo el mensaje de Lucía tan pronto que no me ha dado tiempo a decirle nada a Manu.

Lucía:
Confirmado, te envío mi ubicación y
te espero para ir a ver el piso.

Violeta:
Genial. Hasta ahora.

Salgo al jardín y Manu está sentado en una tumbona observando a nuestros hijos mientras juegan. Es una estampa tan preciosa que no puedo evitar que las lágrimas se agolpen en mis ojos con ganas de salir. Me da mucha pena perderme esto, pero debemos empezar de cero cuanto antes.

—Manu, he quedado con Lucía para ir a ver el piso. —Él levanta la vista sorprendido.

—¡De acuerdo! —Vuelve a mirar hacia donde están nuestros hijos.

—No creo que tarde.

—No te preocupes, tómate el tiempo que necesites —me dice sin dirigirme la mirada.

Me despido de mis hijos y subo al coche hasta llegar a la ubicación que me ha enviado Lucía.

—¡Hola, Violeta! Aparca el coche que iremos andando, está muy cerca.

—Hola, Lucía, cuánto tiempo…

Me bajo del coche y nos fundimos en un abrazo con mucho cariño.

—No tienes buena cara, ¿estás bien? —Lucía me pregunta con tono de preocupación.

—Supongo que esta situación no es la ideal, tengo ganas de que pase el tiempo y que estemos más animados. Manu y yo… —Me cuesta seguir.

—Tranquila, te comprendo. Ten paciencia y verás que todo sale bien. ¿Cómo fue el viaje?

—Fue como si alguien me hubiera empujado a un pozo y después se hubiera puesto a bailar encima de mí. Cómo te diría, duro, negro, eterno, insoportable, imposible…

—Para, para, ya me hago una pequeña idea. No quiero que sigas. Ya pasó. Mira, este es el edificio.

Sin darme cuenta, hemos llegado a un bloque de tres pisos con bonitos balcones. Por la fachada se puede deducir que no es demasiado antiguo, pero sí es de los únicos de la calle, el

resto son casitas bajas y algún que otro negocio.

—Es bonito.

—¿Nerviosa? —me pregunta Lucía al verme impaciente.

—Intrigada, diría yo. Me guste o no me guste por ahora no tengo más opciones, así que quiero ver qué voy a encontrarme.

—Eva es encantadora. No lo ha pasado muy bien con el divorcio, su hija es mayor y la ha hecho sufrir, pero es todo amor, ya lo verás. Te tratará como una reina y seguro que acabáis siendo amigas.

—Os estoy muy agradecida.

—Venga. —Con decisión toca el timbre y Eva nos abre la portería. Subimos hasta su piso y nos está esperando en la puerta con una gran sonrisa.

—Hola, Eva, ella es Violeta. —Lucía le da un abrazo y dos besos y nos presenta. Eva me abraza mientras me explica las ganas que tenía de conocerme.

—Por fin, Violeta, qué ganas tenía de verte. Pasar, pasar, no os quedéis fuera. Puedes entrar y mirar el piso entero. Ahora también es tu casa.

—Muchas gracias, Eva.

El piso es acogedor, tanto los muebles como la decoración están muy bien escogidos. Un toque femenino con mucho gusto y sin parecer demasiado cargado, la decoración justa y necesaria. Los muebles son blancos con un toque a madera y el imponente sofá con chaiselongue ocupa gran parte del salón. Una mesa consola está cerrada al lado de la pared y en el centro del salón una mesa pequeñita hace su función.

—¿Qué queréis tomar? —Eva nos ofrece bebida—. Cervezas, Coca-Cola, ¿vino?

—Un poco de agua. —Tengo la boca seca, así que me irá bien algo de agua.

—¿Agua? —Eva se asusta sin evitar soltar una carcajada—. Aquí poca agua vas a beber, el agua es para los peces. Vamos a empezar a conocernos con un par de cervezas y ya veremos después.

—Eva, yo tengo que volver a casa, que tengo a mis niños allí esperándome —le comenta Lucía.

—Y yo —afirmo.

Eva se dirige a la cocina y vuelve con tres cervezas en las manos. No nos ha escuchado, o eso parece. Nos ofrece una a cada una y nos invita a ver el resto del piso.

—Esta es la habitación de mi hija, Mia. Esta semana está con su padre, por eso está tan ordenada la habitación, la semana que viene ya no será así, pero ya no lucho con ella, sé que una semana está perfecta y la siguiente no hay quien entre. Suerte que esa semana no estarás por aquí. —Las tres nos echamos a reír, sabiendo que la adolescencia es una etapa difícil de llevar, tanto para los adolescentes como para los adultos a su cargo.

La habitación es sencilla y es cierto que está perfecta. Tiene un olor a juventud y limpio que me cuesta creer que la siguiente semana no sea así. Seguimos por el pasillo y nos encontramos otra habitación con un armario, un par de escritorios y dos portátiles.

—Esta es la habitación donde trabajo y mi hija estudia. Tú también podrás ponerte aquí si quieres, pero hay días que tengo reuniones y no podrás entrar. —Eva me explica mientras me muestra su escritorio y su silla.

—Me parece bien, aunque no creo que lo necesite. Por ahora estoy trabajando en la oficina de autobuses y no creo que utilice el ordenador para nada. Supongo que la semana que no tenga a los niños me dedicaré a cuidarme, quererme y a leer, cosa imposible en mi casa.

—Eso es genial, ya verás qué bien sienta tener tiempo para una misma. —Las tres reímos a la

vez al saber que, siendo madres, esto es casi impensable.

—La siguiente habitación es la mía. —Eva abre la puerta y una gran habitación aparece ante mis ojos. Dentro, todo está muy bien arreglado y con la decoración justa. Al acceder, vemos otra puerta que da directa a un baño con bañera—. Me sabe mal, pero esta habitación suite ya la tenía cogida para mí y me gustaría que siguiera así.

—Por supuesto, quiero molestar lo mínimo. Yo no tengo problema en compartir el lavabo con tu hija —digo con sinceridad.

—Tranquila, ella no estará y ya me encargaré yo de que esté limpio para cuando llegues tú. —Nos echamos a reír sabiendo que con una adolescente en casa la limpieza del lavabo será importante.

—Y la última será tu habitación. —La puerta se abre y da paso a una habitación casi más grande que la de Eva—. ¿Qué te parece? —me pregunta arqueando las cejas.

—¡Uuuuuaaaaala, pero si es enorme! ¿Seguro que esta no es la tuya o la de tu hija?

—No, Mia quiso quedarse con la otra porque está más cerca del comedor. Esta está más lejos y cuando nos vinimos a vivir aquí le daba miedo, y yo preferí la de la suite. Pero esta es algo más grande y me parece perfecta para ti.

—De acuerdo, pero si lo preferís podemos cambiar, no quiero molestar.

—No molestas, todo lo contrario, me vas a ayudar y bastante. Mi sueldo se queda muy justito para vivir yo y mi hija, y con el dinero que pactamos me vas a ayudar muchísimo.

—Me alegro si así es.

—Vamos al salón y me cuentas cuándo traes las cosas y cuándo te instalas…

—Yo os voy a dejar solas que me están esperando en casa. —Lucía se acaba la cerveza de un trago y se despide—. Cualquier cosa que necesites me avisas. Pasadlo bien.

Eva y yo nos acomodamos en el sofá y empezamos a crear una estrategia para mi mudanza. Le explico que no sé cuándo será, ni cómo, ni sé si vamos a explicarlo primero e irme después, estoy tan perdida que frase tras frase me doy cuenta de mi dolor y las lágrimas vuelven a hacer acto de presencia.

Eva no duda en darme un cálido abrazo y sus palabras de ánimo consiguen calmar mi sensación de desamparo. Eso y que mientras hemos empezado a hablar, Eva ha decidido abrir una botella de vino para celebrar nuestro encuentro y el alcohol ha empezado a surtir efecto. Me noto las mejillas encendidas y tan pronto lloro como río.

—Por las personas que se encuentran y al conocerse, ya saben que serán muy importantes en nuestras vidas. —Eva levanta la copa a modo de brindis.

—Por nosotras. —Sé que no he dado todavía ningún paso en este nuevo camino, pero Eva me va a ayudar a recorrer el sendero sin conocerme siquiera.

Capítulo 6

A MÍ ME DA ALGO



Hace apenas unos minutos que Violeta se ha ido a ver el piso que va a alquilar y me doy cuenta de que es real, de que está convencida a separarse, que no tiene dudas y quiere seguir adelante. Yo, por el contrario, estoy lleno de interrogantes, no sé si es lo más acertado, no sé si quiero seguir aquí, no sé si preferiría volver a Ámsterdam y seguir buscando mi futuro allí, no sé qué camino coger... Sé que será difícil, pero me cuesta tomar decisiones en este momento y preferiría no tener que hacerlo.

Por fin cojo el teléfono y llamo a mi hermana por si pudiera dedicarme un ratito. Tenemos una conversación pendiente y me gustaría que fuera la primera persona en conocer nuestra situación.

—¡Hermanito! ¿Qué pasa?

—Quería saber si puedes dedicarle un ratito a tu hermanito. ¿Te iría bien venir a casa?

—Estoy con Àlex en el parque. ¿Puedo ir con él o prefieres que lo deje con los papás?

—No, ven con él. Yo tengo a mis terremotos en el jardín. Así se lo pasarán mejor.

—Muy bien, ya estoy en camino.

En menos de dos minutos mi hermana está en mi jardín. Dudo de si esto me gusta o, por el contrario, me pone nervioso. No voy a tener mucha intimidad en este pueblo, puede que yo también deba buscarme un piso para compartir. Pero eso será después de encontrar trabajo, tarea complicada que me llevará tiempo. Espero que los ahorros duren lo necesario.

—¿Quieres una cerveza? —Le ofrezco a mi hermana mientras yo me dispongo a abrirme una.

—Creo que la voy a necesitar. —No sé a qué viene el comentario, pero abro otra para ella y se la tiendo mientras me siento en la tumbona de al lado.

Los niños empiezan a jugar con la casita y los juguetes que tienen. Àlex está encantado con sus primos y cuida de las gemelas como si fueran sus propias hermanas.

—¿Y bien? ¿Cómo va tu búsqueda de trabajo? —Mi hermana rompe el hielo y no sé por qué intuyo que quiere indagar para que le cuente más.

—Aquí no voy a encontrar nada como lo que tenía. Creo que de un momento a otro voy a ahogarme en este pueblucho. No tengo ilusión por vivir aquí, pero ahora mismo hay pocas

alternativas a la vista.

—¿Por qué? Siempre hay otra alternativa. —Mi hermana me mira inquisidora. Presiento que se huele algo.

—Porque por aquí no hay mucho empleo. Yo llevaba un gran equipo de personas, todas ellas seguían mis movimientos y tenía un buen cargo. Aquí no hay empresas grandes ni multinacionales que puedan ofrecerme algo parecido.

—A veces no es necesario un empleo con mucha responsabilidad. Te lo digo yo, hermanito, que era la persona más ambiciosa en mi empresa. Cada día doy gracias a mi ex por haberme engañado y haberme dado la oportunidad de venir a este pueblo y conocer a Dani. Sin que pasara lo que sucedió, yo no sería hoy ni la mitad de feliz de lo que soy. La vida nos hace tambalear hasta encontrar nuestro lugar, y este puede estar muy lejos de donde nos encontrábamos antes.

Observo a mi hermana y digiero poco a poco sus palabras. Es feliz, muy feliz. Después de todo lo que pasó, del daño que le causó su ex, ha encontrado el amor y la felicidad muy lejos de donde la estaba buscando. Ha cambiado por completo de vida y de trabajo y ahora sé que habla desde el conocimiento y la experiencia. Pero yo lo veo muy complicado. Mi vida no es la suya, no tienen nada que ver y encima la estoy cagando. Mi hermana se levanta y va hasta los niños que ya empiezan a reclamar nuestra atención y yo sigo sin poder explicarle lo que tengo que decirle.

Se sienta a jugar con ellos y yo la miro desde la distancia. De tanto en tanto levanta la vista y me observa, sonríe y vuelve a jugar con los niños. Me acabo la cerveza y voy a la cocina a por otra. Clara me sigue con la mirada. No se pierde ningún gesto, ningún movimiento mío y en ese momento me doy cuenta. Lo sabe, Violeta se lo ha explicado. Su sonrisa de medio lado me lo confirma. No necesito decirle nada, ya sabe por qué la he llamado y sé que nos va a ayudar, que va a estar a nuestro lado para lo que necesitemos. Cuando los niños están más tranquilos, vuelve a mi lado.

—Violeta ya te ha puesto al día, ¿cierto? —Se sienta lentamente en la tumbona y coge su cerveza.

—No tengo ni idea de lo que me quieres decir. —Su descaro confirma mis sospechas.

—Sí que lo sabes. Violeta y yo vamos a separarnos y ella ya te lo ha contado todo.

—¡Ah! ¿Separaros? ¿Qué dices? —Se hace la sorprendida, aunque disimula realmente mal.

—Sí, hermanita, sí, disimulas muy mal.

—No quiero disimular, pero me hubiera gustado que me lo explicaras antes que Violeta. Y… ¿Cómo estás?

—Bien, supongo. Bueno, no, no lo sé. No hago otra cosa que dudar de cualquier movimiento que hago o tengo que hacer.

—Escúchame bien, Manu. No conocía a nadie que se quisiera tanto ni se prodigara tanto amor como vosotros. No sé qué es lo que os ha pasado, pero estoy segura de que podéis mirar de arreglarlo. Esto es un nuevo comienzo que no tiene por qué ser un punto y aparte, sino que puede ser un punto y seguido, y sois vosotros los que debéis seguir escribiéndolo. No te rindas, sé que estáis hechos el uno para el otro. La prueba es que estáis aquí y ninguno de los dos quiere dar el paso.

—En eso estás equivocada, Violeta ha ido a ver el piso que ha alquilado y todavía no ha vuelto. Pensaba que cabría la posibilidad de que lo dejara para más adelante, pero parece que está decidida, así que no sé cuándo, pero se irá y yo tendré que ir a casa de la abuela.

—Madre mía, la abuela. No quisiera estar presente el día que se lo digas. —Hace gestos con las manos para avisarme de que me prepare.

—Me estás dando miedo, lo comprenderá, ¿no? —Mi abuela es muy buena, pero tiene un carácter amargo que la hace perder las formas, lo sé. Por eso, a veces, me da miedo, mucho miedo.

—Solo te digo que el día que llegasteis ya nos avisó que algo pasaba y que no le iba a gustar nada. Y te digo otra cosa, Manu, es bruja, que conmigo adivina las cosas mucho antes de que sucedan. Y suceden…

—Gracias por tus ánimos. Me estás ayudando muchísimo.

—Para eso estamos, hermanito, lo que necesites. —Sonríe maliciosamente—. Aunque ten en cuenta que Violeta, además de tu mujer y mi cuñada, es mi amiga y la madre de mis sobrinos. Os ayudaré a los dos.

—Vale, pues lo primero en lo que puedes ayudarme es en decírselo a todos, porque no voy a ser capaz.

—Ja, ja, ja, ja, ja. De eso nada, en eso os las apañáis vosotros solos. Dejarme a los niños cuando queráis hablar con los papás y la abuela y yo me encargo de ellos —me dice guiñándome un ojo—. Se hace tarde, Àlex venga que nos vamos a casa.

Mi móvil empieza a vibrar en el momento en que mi hermana va en busca de mi sobrino. En la pantalla leo el nombre de Violeta y se me hace raro que me llame.

—Hola, ¿Manu? —Alguien al otro lado pregunta por mí.

—Sí, ¿Violeta?

—No, soy Eva, la futura compañera de piso de Violeta. Encantada.

—Eh… sí, encantado. ¿Ha pasado algo? —A lo lejos escucho que alguien tararea una canción.

—No ha pasado nada, por ahora…

—¿Cómo que por ahora? Explícate mejor. —Mi hermana se da cuenta y me pregunta con cara de preocupación.

—Mira, te lo explico sin rodeos. Violeta ha bebido un poco y le ha afectado bastante y ahora está cantando una canción de pie en mi sofá. Sé que ha venido con su coche, pero no puede conducir así. No sé si puedes venir a buscarla…

—¿Violeta? ¿Borracha? Madre mía. —Mi hermanita empieza a partirse de risa—. Sí, sí, a ver cómo me organizo y voy a buscarla. ¿Me puedes enviar la ubicación?

—Sí, ahora mismo te la envío. Yo… no sabía… no me imaginaba que le afectara tanto el alcohol…

—Tranquila, no te preocupes, hace mucho tiempo que no bebe nada y por eso supongo que le ha afectado más de lo normal. Ahora nos vemos. —Cuelgo sin dejar de sorprenderme porque mi mujer esté cantando de pie en el sofá de una desconocida.

—¿Qué pasa? —Mi hermana me pide más información.

—Violeta ha bebido más de la cuenta y está cantando en el sofá de la chica con la que va a compartir piso. Tengo que ir a buscarla. Necesitaría tu coche. —Le pido con cara del mejor hermano del mundo.

—Sí, yo te dejo el coche, pero si ella ha ido con el suyo, ¿cómo vais a volver?

—Cierto, y mañana lo necesita para ir a trabajar.

—Espera que avise a Dani y que te acompañe.

En menos de diez minutos, mi cuñado aparece con su coche y me acompaña a buscar a Violeta. En el trayecto aprovecho para ponerle al día de mi conversación con mi hermana, de nuestra decisión y de cómo queremos organizarnos a partir de ahora.

—Lo tenéis todo muy atado y diría que superdecidido, solo os falta dar el paso y eso será

cuando estéis seguros y preparados. No os precipitéis, daros el tiempo necesario y cuando sea el momento, lo sabréis.

—Creo que Violeta ya sabe que es el momento. Hemos llegado.

—Manu, no está todo decidido hasta que se ha acabado de verdad. Date tiempo, Clara y yo os ayudaremos en lo que necesitéis y si después de este tiempo continuáis pensando igual, también os apoyaremos.

—Gracias, cuñado, ya puedes volver. Gracias por haberme traído.

—Tranquilo, me espero aquí hasta que vengas con Violeta.

Toco el timbre del piso que me ha dicho Eva y subo hasta su puerta. Al llegar me encuentro una chica de unos cuarenta años que me mira con miedo. Está esperando ver cómo reacciono.

—Hola, supongo que tú eres Eva —le pregunto para tranquilizarla.

—Sí, lo siento, no sabía que pudiera acabar tan mal. Pasa, por favor.

Al pasar, el olor a alcohol invade mis fosas nasales. Creo que no han bebido tan poco. En la mesa veo cinco botellines de cerveza junto con dos copas de vino y una botella que intuyo que ya está vacía. Violeta sigue chillando y vociferando de pie en el sofá. Cuando se da cuenta de mi presencia, sigue cantando, dirigiéndose hacia mí y señalándome con el dedo. Entonces, soy consciente de la letra de la canción que suena y que me está dedicando: *Dime si tú te vas, dime, cariño mío, ¿quién me va a curar el corazón partío?*

No sé cómo decirle que ya lo he pillado, que soy el malo de la relación y que me lo merezco. Tiene lágrimas en sus ojos que corren por sus mejillas, pero, aun así, tiene la fuerza suficiente para seguir cantando y acusándome. Dejo que acabe la canción y la ayudo a bajar del sofá.

—Tenemos que irnos, Violeta. Venga.

—Yo no tengo que ir a ningún sitio. Esta es mi nueva casa. ¿Te gusta?

—Sí, es muy acogedora, pero aún no puedes quedarte, mañana tienes que ir al trabajo y los niños nos están esperando en casa.

—¿Los niños? ¿Están solos? —dice gritando en mi oído y con un aliento algo apestoso.

—No, están con mi hermana.

Me despido de Eva y salgo de su piso cogiendo a Violeta por la cintura. Creo que de un momento a otro se me va a caer redonda al suelo. Está muy afectada.

Cuando salgo a la calle agradezco enormemente que mi cuñado no se haya ido todavía, ya que no tengo ni idea de donde está el coche y no puedo seguir cogiendo a Violeta sin que corra el peligro de caerse. Dani sale a ayudarme y me pide que la meta en su coche y así podremos buscar el mío con más tranquilidad.

Como si de un chiste se tratara, empiezo a apretar el botón de la llave para ver si las luces del coche me dan aviso de dónde puede estar. Pero no hay suerte. Violeta ya está dormida en el coche de Dani y nosotros seguimos buscando el mío. No es que haya muchos vehículos, es que en esta calle no está aparcado. Al girar la esquina ya puedo ver las luces y reconozco el coche a la primera.

—Deja que Violeta siga en mi coche, ya la llevo a casa. Voy detrás de ti.

Al llegar le pido a mi hermana que distraiga a los niños y subo a Violeta a su habitación.

Espero que mañana sea capaz de estar bien para poder ir a trabajar, no creo que quiera faltar el segundo día. La ayudo a ponerse el pijama y la meto en la cama. Antes de quedarse dormida, pone su mano en mi nuca y me acerca a su boca.

—Te quiero, Manu.

Me besa cálidamente, es un beso lento, húmedo y lleno de cariño. Cuando soy consciente lo corto, sé que no está serena y no quiero que piense que me aprovecho de la situación.

Mientras bajo las escaleras me doy cuenta de sus palabras, esas palabras que acaba de pronunciar y que tanto anhelo. Sé que no tienen ningún sentido ahora mismo, ya que hace mucho tiempo que no nos las decimos y que lo nuestro ya está roto, pero me hubiera gustado escucharlas en otro momento, en otra situación diferente y poder reparar lo que hace meses se nos rompió.

Clara y Dani están poniendo las cenas de los niños, así que, sin perder más tiempo, les ayudo con ello y en cuanto acaban de cenar los metemos en la cama. No sé cómo me las apañaré cuando esté yo solo con mis tres hijos. Esto puede ser una auténtica locura. Ya veré cómo lo hago. Por hoy solo quiero agradecerles a mi hermana y mi cuñado su ayuda. Sin ellos hubiera sido mucho más complicado.

—De nada, hermanito. Ya sabes que si nos necesitas solo tienes que pedirlo. Descansa, buenas noches.

—Buenas noches y gracias otra vez.

Cierro la puerta y hoy sí que no tengo ni ganas de ver la televisión. Subo directo a la cama de Leo y empiezo a dar vueltas al beso de Violeta y a sus palabras. ¿Estaría sobria cuando las ha pronunciado? Me cuesta conciliar el sueño varias horas, pero finalmente lo consigo.

Capítulo 7
UN NUEVO INICIO



Me despierto lentamente notando que al lado de mi cama hay alguien. Al girarme, compruebo que Manu está mirándome con ojos llenos de pasión.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, caballero.

Noto cómo me tenso ante su roce. Sus dedos pasan lentamente por mi cuerpo. Sus manos acarician mi piel que se eriza lentamente. Mi cuerpo reacciona y siento cómo la sangre bombea hacia otras partes de mi cuerpo algo olvidadas durante bastante tiempo. Acerco mi mano a su rostro, la paso por su nuca y lo atraigo hacia mí para que me bese. Un beso lento que se va tornando más pasional y violento conforme va sucediendo. De pronto parece que quiere separarse mientras gime gritando mi nombre.

—¡Violeta! Mmmmmmm. ¡Violeta!

—Sí, cariño, mmmmmm.

—¡Violeta! ¡Violeta! ¡Despierta! —Al abrir los ojos veo a Manu con cara de pocos amigos. Tiene su mano en mi brazo mientras me llama por mi nombre zarandeándome para que me despierte. Ni piel erizada, ni beso, ni roce de su cuerpo. Ahora, estoy tan caliente que si me rozan con una cerilla se hace fuego seguro. ¡Madre mía, qué sueño!

—¿Qué te pasa, Violeta? Muévete o llegarás tarde el segundo día de trabajo.

—Emmm, sí, voy.

Al intentar levantarme mi cabeza empieza a dar vueltas y me produce unos pinchazos que no sé cómo voy a poder salir hoy de la cama.

—¡Violeta! Vas a llegar tarde.

—Sí, lo sé, pero ayer me pasé un poquito con el alcohol y me duele todo.

—Como diría mi abuela: Si estás bien para ir de fiesta, estás bien para trabajar.

—Muy gracioso. Dame cinco minutos más.

—No, levántate, voy preparando el desayuno, pero tienes que apresurarte. Ya descansarás más tarde.

Necesito una ducha y no precisamente de agua fría. Todo el calentón se lo ha llevado corriendo mi marido con sus prisas y sus dichos de abuelas. ¡Será aguafiestas! Con mucho

esfuerzo me ducho y me visto. Hoy va a ser un día difícil, me tomo una pastilla para ver si mejora mi dolor de cabeza y me voy directa al trabajo.

Una vez en la oficina, paso la mañana entre café y café y el dolor de cabeza no desaparece. No voy a volver a probar el alcohol, lo prometo. Acabo mi segundo día de trabajo agotada pero feliz. Sé que la adaptación será lenta, pero la rutina y el trabajo me ayudarán con ello.

Al salir de la oficina miro los mensajes por si hubiera algo importante. Me sorprendo al ver uno de un número desconocido.

Número desconocido:
¿Cómo te encuentras? Siento cómo acabaste y no sabía qué hacer, Lucía no me contestaba así que llamé a tu marido para que viniera a buscarte. ¿Hice bien? Espero no haber provocado ningún problema entre vosotros

Violeta:
Hola, ¿eres Eva? Supongo que sí. No te preocupes, todo está bien. Manu me llevó a casa y me metió en la cama y hasta esta mañana no me he enterado de nada. Pero no quiero más alcohol.

Número desconocido:
Sí, soy Eva. Pues es una pena, porque me encanta mi nueva compañera de piso, pero me divierte más con alguna que otra copa. Ya hablaremos lo del alcohol en persona, porque nos divertimos un buen rato. Me alegro de que estés bien. Ven cuando quieras, ya sabes dónde estoy y ya sabes cuál es mi número de teléfono.

Me despido y me guardo su número de teléfono. Lo cierto es que yo también me lo pasé bien, lo que recuerdo, claro. Y pensando en los recuerdos de ayer por la noche, caigo en la cuenta de que besé a Manu o eso creo. Sí, sí que lo recuerdo. Lo besé y le dije que lo quería. ¿Y él? Él no me dijo nada, simplemente se dedicó a cortar el beso y a quitarme las manos de alrededor de su cuello. ¡Madre mía! Si lo que yo diga, no puedo volver a oler el alcohol.

Cuando llego a casa, Manu está dormido en el sofá. Observo a mi alrededor y la casa está exactamente igual de desordenada que se quedó esta mañana y el ordenador sigue en la misma mesa y posición que ayer. Me sorprende ver que no está aprovechando el tiempo como debería. Me preparo algo ligero para comer y después de recoger la cocina voy a buscar a mis pequeños a la escuela. En un primer instante, dudo en si despertar a Manu, pero al recordar mi momento de debilidad, decido dejarlo descansar. Es más que evidente las ganas que tiene de hacer su vida, su respuesta de ayer por la noche cuando lo abracé y le dije que lo quería y la poca colaboración que está mostrando en casa y en su búsqueda de trabajo me confirman que está deseando empezar su camino sin mí.

Al llegar a la escuela, la sonrisa pícara de mis cuñados vuelve a recordarme la tarde de ayer.

—¿Cómo te encuentras, cantante? —Clara sonríe mientras se acerca a abrazarme.

—Hacía años que no probaba el alcohol, creo que desde que nació Leo, y mi cuerpo no lo lleva nada bien. —Me defiendo.

—Gajes del oficio de ser madre. —Dani se acerca sonriendo y me besa. Es en este momento que recuerdo que él también vino a recogerme. Me muero de la vergüenza.

—Dani, tú también viniste con Manu. ¡Qué vergüenza!

—Sí, y suerte que no me fui porque nos costó encontrar el coche, no sabías ni dónde lo habías dejado. —Dani sigue sonriendo con malicia.

—Si lo que yo diga, no vuelvo a oler el alcohol. —Los dos estallan en risas mientras yo me derrito de la vergüenza que me da la situación que viví ayer.

—Tranquila, cambiando de tema, ¿tu nuevo hogar te gustó? —Clara se muestra comprensiva.

—Sí, mucho. Tendré una habitación amplia para mí sola y un baño que la semana que yo no esté allí será de la hija de Eva.

—No sé quién es Eva, pero ya me podíais haber pedido mi ayuda para esto antes que la de Lucía. —Se cruza de brazos mientras cambia el tono a uno más serio.

—Tranquila, ya habéis hecho bastante por nosotros. No queríamos molestaros más ni daros la noticia por teléfono —le explico sinceramente—. No quería causaros más molestias.

—Sabes que no hubiera sido una molestia. De todas formas, sé que Lucía te habrá buscado lo mejor. Aunque viendo cómo acabaste ayer ya no estoy tan segura. —Los tres nos reímos mientras los niños empiezan a salir detrás de la maestra.

La tarde pasa volando cuando nos quedamos un rato en el parque con varias familias de la escuela. Por lo que puedo comprobar son parejas que hace poco tiempo que han llegado al pueblo cansados del bullicio de la ciudad. Son familias que buscan un ambiente más calmado para sus hijos y tranquilidad y tiempo para ellos. Cada uno de ellos tiene sus razones para haber hecho este gran cambio, pero la mayoría coinciden en que en la ciudad no tenían tiempo para nada y se pasaban el día y la semana corriendo de un lado para otro sin poder disfrutar de los suyos y de un tiempo para ellos mismos. Aquí han encontrado un ritmo mucho más relajado, sin prisas por llegar a todos los sitios ni el estrés que se vive en el día a día.

Algunos de ellos me confirman que les ha costado bastante hacerse a este ritmo de vida y a este pueblo en el que cuesta encontrar de todo, pero la mayoría están felices con su decisión y no echan de menos sus antiguas vidas, solo algunos familiares que no ven tan a menudo como antes.

Me alegra saber que no somos los únicos, que los demás también han sufrido con este cambio de vida tan radical y que han conseguido adaptarse a él con bastante facilidad. Es cierto que aquí nos faltan muchos servicios, muchas tiendas y mucha población, pero creo que tenemos lo necesario para empezar otro estilo de vida que no sea el de ir corriendo de un sitio a otro y no disfrutar de los pequeños momentos que nos brinda el tener tiempo para uno mismo.

Capítulo 8
EL NOTICIÓN



Me he quedado dormido en el sofá. Me despierto y lo primero que hago es mirar el reloj y me doy cuenta de que los niños ya hace rato que han salido de la escuela. Espero que Violeta haya ido a buscarlos y si no es así, que mi hermana los haya recogido. Mientras marco el número de teléfono de Violeta me asomo a la ventana y diviso a mi mujer junto a mi hermana y varios de los padres que hemos conocido estos días en la escuela. Recorro el parque con la vista y veo a mis hijos cerca de ellos. Dejo el teléfono y salgo en su dirección. Al llegar, los niños están jugando en la arena con cubos y castillos y los padres los observan desde cerca en diversas conversaciones donde Violeta se muestra muy animada.

—Hola, ¿por qué no me has despertado? —le pregunto con disimulo a Violeta.

—Estabas dormido muy profundamente, y ya podía ir yo a buscar a los niños.

—Sí, pero no sabía dónde estabais y al despertarme casi me da un síncope —le indico a modo de riña.

—Llevas todo el día en casa sin hacer nada y cuando llego estás dormido, ¿de verdad crees que tengo que despertarte? —Y con esas palabras se gira y se dirige hacia nuestras gemelas dando por zanjada la conversación.

En el fondo sé que tiene razón. Hoy, después de dejar a los niños en la escuela, me he dedicado a pasear por los alrededores y al llegar a la casa ni siquiera me he puesto a recoger lo que había de por medio, he encendido la televisión y me he quedado dormido hasta hace poco más de cinco minutos. Entiendo sus reproches, pero me falta motivación para crear una rutina en la que pueda dedicarme a buscar trabajo, que es lo que debería haber estado haciendo todo el día.

La tarde pasa entre conversaciones de lo más aburridas. La mayoría de las parejas nos explican los motivos por los cuales están aquí y en gran parte de los casos decidieron irse de la ciudad en busca de una vida más tranquila que les aportara calma y tiempo de calidad. Se han puesto de acuerdo en explicarme todos la misma versión, una versión que en mi caso no tiene nada que ver. Nuestros motivos son muy diferentes y no espero encontrar esa paz que tanto dicen que tienen. Estas personas no han estado dentro de mi casa a eso de las siete de la tarde cuando no hay ni paz, ni calma, ni tranquilidad, ni nada que se le parezca; solo el estrés de tres niños cansados, agotados tras todo el día de juegos y hambrientos a los que se debe bañar, poner el

pijama, cambiar pañales, dar la cena y meterlos en la cama. A ellos me gustaría verlos en la batalla que se genera en mi casa con cinco personas berreando a ver quién de ellas gana en decibelios.

No quiero que me vendan más la moto de la tranquilidad que llegaremos a tener aquí y lo felices que vamos a ser. Yo era feliz en Ámsterdam con mi estrés en el trabajo, mis hijos y Violeta. Aquí me falta el aire, me ahogo en este pueblo tan pequeño y sin trabajo. Además, sé que mi mujer está deseando salir huyendo de mi lado, por lo que tengo muy claro que este no va a ser el pueblo donde voy a encontrar la felicidad, al menos por ahora.

Nuestra rutina de llantos y gritos no tarda en llegar y al meter a los niños en la cama es Violeta quien se despide y se va a su habitación. Nuestras conversaciones cada día son más inexistentes, así como las ganas de pasar tiempo juntos.

Después de una noche movidita en la que Leo y Lúa han estado despertándose de forma alterna cada hora, nos preparamos para ir a comer a casa de Clara y Dani. Los niños están muy contentos de poder ir a jugar con su primo y yo tengo ganas de ver a mi padre y hablar con él durante muchas horas. Desde que se vinieron la última vez, hemos hablado por teléfono a menudo, pero no siento el mismo calor que me proporcionan sus charlas.

En cuanto llegamos a casa de mi hermana, mis padres y mi abuela absorben a los niños y es en contadas ocasiones en las que van apareciendo por nuestro lado y nos dedican tiempo.

Decidimos comer en el jardín, ya que la temperatura empieza a ser agradable para esta época del año y después del almuerzo conseguimos que Carla, Lúa y Àlex se duerman. La sobremesa está siendo divertida. Estamos recordando momentos vividos en esta casa durante nuestra infancia. Mis padres se muestran felices y pocas veces los he visto reír a carcajadas en su tiempo en Ámsterdam. Me doy cuenta de que su sitio estaba aquí y yo les pedí lo imposible para que se vinieran a vivir con nosotros allí. Suerte que han podido enmendar mi error y vuelven a sonreír como lo hacían años atrás.

Los niños enseguida despiertan de su siesta y se inicia una tarea ardua de llevar cuando todos y cada uno de los miembros de la familia quiere hacer las cosas a su manera. La papilla de frutas de Carla y Lúa está hecha con mucho cariño, pero cada persona ha ido añadiendo un ingrediente extra que según ella daba más vitaminas y lo único que hemos conseguido es que ninguna de las dos se la acabe. Àlex y Leo deciden merendar unas galletas llenas de azúcar que les proporcionan la energía suficiente para parar un tren y en pocos minutos, la casa hierve con los llantos de los niños y las diversas opiniones de cada uno de nosotros.

Cuando quiero ser consciente de lo que ha pasado, Violeta me está acusando de no ayudarla lo suficiente mientras empieza a recoger todas nuestras cosas y les dice a los niños que nos vamos a casa.

—Violeta, te estás pasando, solo han sido unos minutos de tensión y yo estaba con Leo —le digo mientras me incorporo del sofá.

—Llevas unos días muy desconectado de todo. Desde que hemos llegado, no pareces el mismo. Esto está siendo difícil para todos, no te olvides, pero los demás nos estamos esforzando. Tú te dedicas a dormir y no sé qué más. Te pasas el día sin colaborar, ni ayudar, ni hacer tareas, ni buscar trabajo.

—Violeta, solo han sido un par de veces que me he dormido sin darme cuenta. —Intento defenderme, aunque en el fondo tiene razón.

—Estoy agotada, no puedo más. Mañana me iré a casa de Eva y empezaremos el régimen de los niños. —Mi madre suelta un grito de desesperación mientras Violeta sigue con sus explicaciones—. Sí, siento que os enteréis así, pero Manu y yo hemos venido aquí decididos a

separarnos, ya no aguantamos más.

—¿Qué estáis diciendo? Vamos a sentarnos y hablar con más calma, tan solo hace una semana que estáis aquí, es normal que todavía no os hayáis adaptado. —Mi madre surge como mediadora entre Violeta y yo.

—Violeta, por favor. No es el momento adecuado. —Violeta rompe a llorar al ser consciente de la situación que se ha creado. La familia al completo la mira interrogante.

—Lo siento, no puedo más. Si me lo permitís, me voy a casa a descansar. —Y sin añadir nada más, se despide de los niños y sale por la puerta.

Estoy tan desconcertado que no sé cómo, pero de repente noto un fuerte golpe en mi hombro derecho. Al girarme, mi abuela me mira con cara de enfado y se recoloca el bolso mientras sale por la puerta. No puedo creerme que me haya arreado un buen bolsazo. ¡Cómo duele!

—Bienvenido al club de los zascas, cuñado. —Dani intenta destensar la tensión generada.

—¡Vamos al parque, niños! —Clara se lleva a los pequeños al parque y Dani se marcha con ella.

Me quedo a solas ante la cara de asombro de mi padre y la cara de disgusto de mi madre.

—¿Qué está pasando? —Mi madre se acomoda en el sofá y me hace un gesto para que me siente a su lado y le explique lo que sucede.

—No lo sé, mamá. Desde hace unos meses nuestra convivencia se ha complicado. No somos los mismos de antes, no hablamos, no nos dedicamos tiempo y todo ha ido a peor desde que me quedé sin trabajo. Han sido meses muy duros, no estabais a nuestro lado y no hemos sabido llevarlo bien. Cuando nos sugeristeis que viniéramos a vivir aquí, cerca de vosotros, vimos un rayo de luz a nuestro cansancio, un rayo de esperanza, pero lo cierto es que llevamos meses sin ser una pareja.

—Y la solución es dejar de serlo para siempre. ¿No os habéis planteado arreglarlo? Tenéis tres hijos pequeños, ¿no vale la pena intentarlo por ellos?

—No podemos solucionarlo, puede que unos meses atrás sí que hubiéramos podido, pero ahora ya no. Nos hemos dicho cosas horribles y eso ha ido haciendo daño en nuestro interior, más de lo que os podéis imaginar.

—¿Y ya lo teníais hablado antes de llegar aquí? —Mi madre espera respuesta con ojos de decepción.

—Sí, la solución más viable era venirnos y una vez aquí, hacer una custodia compartida con los niños. Ellos se quedarán en la casa que hemos alquilado, Violeta alquilará una habitación y yo me quedaría con vosotros, en casa de la abuela, si puede ser.

—Claro que sí, hijo. Por eso no te preocupes. Aquí tienes una casa, pero entiende que nos apena mucho que esto acabe así. Sé que no sois los primeros ni los últimos que se separan, cuando alguien deja de quererse es lo más acertado, pero creíamos que aquí seríais felices, que aquí viviríais tranquilos igual que tu hermana, y ahora… estoy en shock. —Mi madre no lo puede evitar y las lágrimas empiezan a descender por sus mejillas.

—Manu, entiende que bajo ningún concepto esto es lo que habíamos imaginado. Nos ha cogido por sorpresa y nos va a costar asimilarlo. Pero estaremos aquí para lo que necesites, hijo. Lo que necesitéis tanto Violeta como tú. Ella es como una hija para nosotros y vamos a ayudarla. Además, creo que la gran preocupación de todos son los niños. Queremos lo mejor para ellos y hacerles el camino todo lo fácil que se pueda.

—Claro que sí, gracias, papá. —Me levanto y me abrazo a mi padre que, sin poder controlarse, deja caer alguna que otra lágrima.

Después me despido de mi madre agradeciéndole la comprensión y pidiéndole perdón.

—No hay nada que perdonar, hijo. Haz lo que creas mejor para ti y los tuyos. Te queremos.

—Y yo a vosotros. Voy a ir a ver a Violeta, me he quedado muy preocupado.

—Ve tranquilo. De los niños no te preocupes que nosotros nos ocupamos el tiempo que necesitéis.

—Gracias. —Me despido de ellos y salgo dirección a casa.

Al pasar por el parque veo a mi hermana que se acerca con cara de preocupación.

—No sabía que hoy era el día escogido. —Su sonrisa de medio lado me hace dudar sobre su intención.

—Yo tampoco… Ha sido improvisado totalmente.

—¿Cómo lo ha encajado mamá?

—Mejor de lo que pensaba, me ha dicho que, si no podemos arreglarlo, nos apoyarán y nos ayudarán en todo lo que necesitemos. Bueno… en realidad eso lo ha dicho papá, mamá solo me ha dicho que si no podíamos solucionarlo. —Los dos nos echamos a reír y Dani se une a nosotros.

—Es normal que les cueste encajarlo, a mí también me costó el día que Clara me lo explicó. Pero aquí estamos para lo que necesitéis, tanto si tenemos que ir a buscar cantantes algo perjudicadas, como si hay que cuidar de nuestros sobrinos. Todo saldrá bien. —Dani me da una palmada cariñosa en la espalda y yo no puedo estar más agradecido.

—Voy a hablar con Violeta, ¿puedo dejaros a los niños un rato más?

—Por supuesto.

Al abrir la puerta de casa me encuentro a la última persona con la que pensaba que iba a cruzarme, mi abuela, la del bolsazo. Al verme, se levanta del sofá, coge su bolso y viene hacia mí.

—La vida es demasiado corta para perder el tiempo —me dice al pasar por mi lado.

—¿Perdona, abuela?

—¡Qué espabiles! —Y esta vez lo ha hecho sin el bolso, me ha dado una buena colleja.

La observo salir por la puerta del jardín y dirigirse hacia el parque donde mis padres ya han acudido a reunirse con mi hermana y Dani.

Capítulo 9
TENGO MIEDO



Salgo veloz por la puerta de casa de mis cuñados. ¿En qué momento me ha dado por empezar a escupir veneno por mi boca? Cuando me he querido dar cuenta ya era demasiado tarde, todos estaban tan asombrados como yo de lo que acababa de decir. Pero tengo los nervios a flor de piel, no me gusta en qué nos hemos convertido y no sé cómo enmendarlo. Me entristece el paso que vamos a dar, pero a la vez lo veo necesario. Me aterra lo que pueda suceder a partir de ahora, pero siento que me ahogo, siento que no puedo seguir respirando en este matrimonio.

Cada día me duele más ver a Manu a mi lado y no tener su ayuda, su apoyo en este cambio que hemos decidido dar. Solo ha pasado una semana desde que nos trasladamos, pero ni un solo día hemos conseguido intercambiar más de dos frases seguidas. Si a eso le sumamos mis hormonas que están diariamente subidas en una montaña rusa, tenemos la megabomba que acaba de explotar.

Hago el camino de vuelta a casa furiosa conmigo misma. Hasta mis hijos se deben haber enterado de que nos vamos a separar. No puede ser, pero ya está hecho. Escucho gritos tras de mí, pero me niego a girarme hasta llegar a la puerta. A lo lejos veo a la abuela de Manu venir corriendo hacia donde yo me encuentro. Pero dónde va esta mujer, se va a tropezar y a caer y no quiero ser la responsable de su muerte.

—Antonia, no corras, para, por favor. Que te vas a caer, no corras que te espero. —Le voy haciendo gestos para que afloje el paso, pero no me hace ningún caso y en nada llega a mi lado.

—Niña, podías haber aflojado la marcha y esperarme, que casi me haces correr. —*Casi* dice la mujer...

—¿Qué haces aquí, Antonia?

—¿No me vas a invitar a un café? En casa de mi nieta no me lo he tomado y no quería quedarme a escuchar tonterías. —Hace gestos demasiado vulgares con sus manos.

—Pues no tenía yo pensado hacer café ahora. Preferiría estar sola.

—No digas barbaridades. Un café solo y una charla, eso es lo que necesitas. Y rápido que no sabemos el tiempo que vamos a tener.

La mujer pasa delante de mí y se acomoda en el sofá mientras yo la observo con cara de desagrado.

—¿A qué esperas? —Encima con prisas…

—¿Qué es lo que quieres? No entiendo nada… —No pienso hacerle un café, sé que es una excusa.

—Ah, así, ¿sin anestesia ni café ni nada?

—Sí, sin café ni nada. —No pienso hablar con la abuela de mi marido de los problemas que tenemos nosotros. Es muy buena mujer, pero no es la persona con quien más cómoda me siento, no es la persona a la que yo esté deseando explicar mis problemas matrimoniales.

—Debo decirte que no me sorprende lo que acabas de explicarnos. Sabía yo que entre mi nieto y tú había algo oscuro que no llegaba a descifrar o que no quería ver hasta que hoy nos has dejado de piedra con tu discursito. —Se pone más cómoda en el sofá como si lo que tiene que decirme vaya a ser largo—. Pero puedo asegurar que vuestro amor es fuerte y que puede con esto y con mucho más. Desde que te conozco, no, desde que entraste en la vida de Manu, jamás nadie le había hecho tan feliz. Ha vivido conmigo todos los veranos de su vida. Ha tenido muchas novias, bueno…, solo algunas… —Se para, carraspea y yo sonrío ante su corrección—. Pero ninguna ha conseguido sacar el Manu que ha sido contigo, ninguna ha podido hacerle feliz. Y ahora, estáis pasando una mala racha, estáis desanimados, cansados, agotados, no podéis más. Lo entiendo perfectamente, pero ¿la mejor manera de solucionarlo es tirar la toalla? Créeme que no. Hay muchas otras formas y sé que ahora no las verás, no eres consciente de ellas, pero si buscas llegarás a hallarlas. A no ser que mi nieto te haya tratado mal, en ese caso seré yo misma quien le arree hasta que te pida perdón y después yo misma te diré que no vuelvas con él. —No puedo disimular una gran sonrisa ante su ocurrencia.

—No, tu nieto no me ha tratado mal. Simplemente hace mucho tiempo que no nos tratamos de ninguna de las maneras posibles. No nos dedicamos amor, ni tiempo, ni caricias, ni cariño, ni palabras, ni nada… —Las lágrimas vuelven a asomar en mis ojos.

—Entonces lo que necesitáis es otra cosa… Esto… cómo se llama… ¡Ah, sí, sexo! Se le llama sexo. Y eso es más fácil de lo que crees. —Mi sonrisa se convierte en una carcajada.

—No, Antonia, no es eso únicamente. Han pasado muchas cosas, nos hemos dicho muchas palabras horribles y es cierto que no tenemos sexo desde hace meses, pero porque a ninguno de los dos nos apetece compartirlo con el otro. Ya no nos queremos de esa forma. Lo quiero, pero como padre de mis hijos, no como pareja.

—Solo te digo que lo pienses, que tenéis algo único, exclusivo y lleno de amor que muchas personas no tendrán nunca, aun buscándolo durante toda la vida.

Bajo la mirada, mis ojos se llenan de lágrimas porque sé que lo que me está diciendo es cierto, mejor dicho, era cierto, pero ahora se acabó, no queda nada de ese amor único que nos profesábamos. Aunque me duele admitirlo, formábamos una pareja idílica, éramos la envidia de mis amigas y el ejemplo de pareja que quería para mis hijos, pero ya no queda nada de todo esto. Mi corazón está vacío y cansado. No puede callar más, necesita gritar, necesita cantar y poder volver a amar.

La puerta de casa se abre de golpe sacándome de mis pensamientos. Me seco las lágrimas con las mangas mientras Antonia ya se ha puesto en pie. Se coge bien el bolso, se dirige a la puerta y con un tono de voz demasiado silencioso le dice algo a Manu. Aunque no tarda en gritarle y darle un buen tortazo antes de salir por la puerta. ¡Qué mujer!

Manu se ha quedado congelado entre el jardín y la entrada, boquiabierto en el marco de la puerta y no puedo dejar de mirarle. Sigue igual de guapo que cuando lo conocí, bueno, algo cambiado, con una pequeña barriguita y algo menos de pelo, pero sigue siendo atractivo hasta con esas canitas que empiezan a asomarle.

Cuando por fin se gira a mirarme, un breve rayo de electricidad surge de la nada. Su duración es corta y se desvanece al acto con las palabras de Manu.

—Ya les hemos dado la noticia. Ahora solo queda hablar con un abogado y decidir quién empieza con la custodia. Mis padres han aceptado que yo me instale en casa de mi abuela las semanas que no esté aquí. Y me han confirmado que podemos contar con toda su ayuda.

—Bien, una preocupación menos. Yo… he sido muy impulsiva, no quería… pero es que la situación me está superando. Te pido disculpas.

—Tranquila, no pasa nada. Yo no sabía cómo decirlo y tú te has tirado al vacío sin paracaídas.

—Lo siento, de verdad. ¿Y los niños?

—Tranquila, están en el parque con mi hermana y Dani.

—Bien. No me apetece ver a nadie. Me gustaría estar sola.

—De acuerdo, yo iré con los niños. Puedes descansar y relajarte durante un par de horas.

—Muchas gracias.

Apenas acabo de decir mis últimas palabras y Manu ya ha salido por la puerta. Cada día me confirma más que no quiere compartir su vida conmigo. Puede que Antonia tenga razón y hayamos tirado la toalla demasiado rápido, pero han sido tantas las conversaciones y discusiones en Ámsterdam que ya no me quedan fuerzas para aguantar y seguir tensando la cuerda. Cuando al fin decidimos trasladarnos y separarnos, fue como una bocanada de aire fresco, como si el último rayo de luz hubiera entrado por la ventana y se hubiera instalado entre nosotros. Las discusiones cesaron hasta que nos vinimos aquí, simplemente no nos dirigíamos la palabra, no conversábamos, solo nos dábamos órdenes en el momento en el que teníamos que atender a los niños, pero eso no es amor, eso es sobrevivir, nada más.

Por eso estoy convencida de que esta es la mejor decisión para los dos. Y él me demuestra que también lo sigue pensando. Sigo sentada en el sofá en la misma posición que durante la conversación de Antonia. No es demasiado cómoda, pero permite que mis lágrimas vuelvan a resbalar por mis mejillas y caigan a las manos que sostengo encima de mis piernas. Sigo lamentándome más tiempo del que debería, hasta que decido que ya tengo suficiente. Voy hacia mi habitación y observo las maletas que todavía tengo por deshacer. Empiezo a pensar cómo vamos a organizarnos y mientras lo hago, abro el agua de la bañera para prepararme un buen baño y poder coger fuerzas para el resto de la tarde.

Capítulo 10
ADIÓS



Hace ya dos semanas que les dimos la noticia a mi familia y no ha pasado un solo día en el que mi madre no me haya llamado para ver si lo habíamos arreglado.

—Hijo, ¿has podido hablar con Violeta? Seguro que sí, y ¿qué habéis decidido?

—Mamá, ya decidimos hace meses que esto iba a pasar, que vendríamos aquí y cada uno viviría por su lado.

—Es muy bonito vuestro propósito, sobre todo para vuestros hijos. Yo diría que es lo mejor que podía suceder. ¿Pero no ves que debéis estar juntos, que vuestro amor es incondicional? —Sí, sé que tiene razón, pero no puede ser.

—Mamá, si quieres algo más dímelo, si no tengo mucho trabajo que hacer.

—Sí, eso también, ya lo sé, tienes muuuuucho trabajo… —Su tono es demasiado irónico para seguir escuchándola.

—Adiós, mamá.

Los primeros días era más amable, lo reconozco, hoy ya no he cogido ni el teléfono. Sé que será peor, que cuando me vea me regañará, sin embargo, no puedo aguantar la misma cancioncita ni una sola vez más. Primero me recrimina que nos separemos y después que no consiga un trabajo. Porque sé que es mi madre y que debe quererme, porque lo que es demostrarlo…. A la mujer le cuesta, la verdad…

Violeta ha estado toda la semana trabajando. Vuelve a sonreír, vuelve a ser la misma chica risueña de la que me enamoré. Cada día, al entrar por la puerta, consigue que mi corazón se detenga, como hacía cuando éramos jóvenes y no podíamos dejar de besarnos y tocarnos. Pero esa época ya pasó, aunque ella vuelva a provocar en mí las mismas emociones y siga queriendo comerla a besos, soy consciente de que ella no piensa lo mismo. Conforme iniciamos la rutina vuelven a florecer los mismos reproches de cada tarde, las mismas palabras dañinas de todos los días y sé que eso solo es el anuncio a gritos de que ella está deseando con todas sus fuerzas que cada uno siga su camino.

Al finalizar el día y acostar a los pequeños, ella se va a leer a su habitación y yo me quedo en el sofá hasta que acabo dormido y me voy a la cama de Leo. Esta noche ha sido diferente, esta noche sí que ha querido hablar conmigo.

—¿Cómo ha ido esta semana la búsqueda de trabajo?

—Sin demasiados resultados, un par de currículums enviados, pero ninguna noticia.

—¡Uuuuuuuhhhhhh! Un par de currículums, todo un éxito, ¿verdad? —Su sarcasmo resuena en mis oídos—. Lo siento, Manu, pero no podemos seguir así. No puedo esperar a que encuentres trabajo enviando solo dos currículums en una semana. Tenemos que empezar ya con la custodia de los niños y a buscar nuestros caminos separados. Necesitamos nuestro espacio y tú necesitas un trabajo urgentemente.

—Lo sé. —Soy consciente de ello, pero esto es un pueblo, ¿dónde voy a encontrar una gran empresa que precise de mi talento?

—Creo que esta semana tendríamos que hablar con los niños y el fin de semana siguiente empezar ya a ir cada uno por su lado. —Sus palabras duelen, se clavan en mi corazón a fuego lento.

—Me parece genial, ¿por qué no empezamos ya este fin de semana? Mañana hablamos con los niños y por la tarde me voy a casa de mis padres. Para qué alargarlo más, ¿no crees? Cuanto antes lo hagamos, antes descansaremos. —Sin querer he dado un golpe en la mesa algo más fuerte de lo que me hubiera gustado, pero ya está hecho, no hay vuelta atrás, quiere que sea rápido, que sea cuanto antes, pues mañana mismo lo preparamos todo.

—De acuerdo, si tanta prisa tienes, mañana se lo decimos a los niños y no hace falta que se lo digas de golpe a tu familia. Ya me voy yo esta primera semana.

Se gira y desaparece escaleras arriba tan rápido que ya no puedo añadir nada más. La decisión está tomada y mi estómago empieza a apretarme, un nudo se forma en la entrada que no me permite hablar ni respirar hasta que un llanto silencioso sale de mi garganta e inunda mis ojos. Debo reconocer que duele, duele más que el día que tomamos la decisión. Mis ojos me queman y mi garganta ahoga los gritos de dolor que piden por salir. Vuelvo a golpear la mesa y decido salir a correr, incluso con los vaqueros y la camisa que llevo puesta.

Corro rápido, veloz, las lágrimas resbalan por mi rostro y acaban perdiéndose en el aire. Decido adentrarme en el campo, lo hago sin pensar, cogiendo cada vez más velocidad, hasta que mi cuerpo me pide que pare, mi respiración me advierte que necesita recuperarse y un mareo me sobreviene. Nada más detenerme, mis cinco sentidos se ponen en alerta en cuanto veo a una familia de jabalís desenterrando algo en la tierra. No se han dado cuenta de mi presencia y así debe seguir siendo, ya que tienen crías y sé que las madres pueden atacar si ven que sus crías corren peligro. Me quedo inmóvil observando cómo se ayudan entre ellos, cómo se proporcionan la comida que necesitan. Yo haría lo mismo por mi familia, aunque en algún momento he decidido separarla y seguir un rumbo diferente. Espero no estar equivocado, espero haber tomado la decisión más acertada y mejor para todos, no solo somos Violeta y yo, sino que también están implicados nuestros hijos, pero lo haremos bien, igual que los jabalís que tengo delante de mí, nos ayudaremos, nos protegeremos y creceremos igual que si estuviéramos juntos. Lo sé. Confío en que será así.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por más jabalís buscando comida en el campo. Sin darme cuenta me han rodeado y tengo complicada la escapatoria. Empiezo a preocuparme y sin querer mi respiración vuelve a agitarse. Me digo a mí mismo que no me han visto, que no me harán nada, pero mi mente es más poderosa y en el fondo creo que de un momento a otro alguno de estos animales se dará cuenta de que puedo ser una amenaza y hacerme daño. Así que «piernas para qué os quiero». Con mucho sigilo voy desplazándome hacia un pequeño agujero que diviso entre unos cuantos ejemplares. Intento no hacer ruido, pero las hojas, piedras y plantas parece que quieren avisarles de que estoy allí. En cuanto cruzo el pequeño espacio que han

liberado, me lanzo a la carrera sin mirar atrás. Mis pasos aumentan de velocidad gracias a la pequeña bajada que hay hasta la calle principal del pueblo, los sigo escuchando y no puede ser porque ya me he alejado mucho, pero ya no sé si es una pesadilla o me están siguiendo. Sigo corriendo y sigo escuchando su ruido. Al entrar en la calle y mirar alrededor, observo que los jabalís también se han adueñado de las calles del pueblo y están revolviendo basuras y contenedores. A toda prisa, entro en mi pequeño jardín delantero y cierro la puerta, ¡por fin a salvo! Respiro y me acerco a la entrada y es en ese instante que el miedo vuelve a adueñarse de mi ser. ¡No me he llevado las llaves! ¿Cómo es posible? Sigo escuchando el ruido de los jabalís mientras intento acceder de alguna forma a mi casa. Imposible. Tampoco llevo el móvil. Es lo que tiene tomar las decisiones sin pensar y con algo de ansiedad en el cuerpo. Después de varios minutos e intentos de acceder de alguna forma, me rindo y tomo la peor de las decisiones: tocar el timbre.

Capítulo 11
DESLIZ



Me despierto de un sobresalto alarmada por una campana y acto seguido escucho cómo Carla empieza a llorar. Voy a atenderla e inmediatamente Lúa se suma al llanto de su hermana. Las tranquilizo como puedo mientras miro en la cama de Leo si Manu está en ella y confirmo que otra vez debe haberse quedado dormido en el sofá. Las niñas se calman y vuelven a quedarse dormidas y, de nuevo, el sonido del timbre de casa las despierta y a mí me alarma más de lo normal, ¿quién será a estas horas de la noche?

Carla y Lúa vuelven a desvelarse y su llanto empieza a alcanzar decibelios que logran despertar a Leo que empieza a llamarme desesperadamente. Empiezo a estar de los nervios y me faltan manos y pies para poder calmar a mis hijos. El timbre vuelve a sonar y yo estoy a punto de gritar hasta que Manu se despierte, mira que es dormilón.

Dejo el concierto de llantos arriba y bajo las escaleras nerviosa, furiosa y algo preocupada al percatarme de que no hay nadie en el sofá y el timbre vuelve a sonar insistentemente. ¿Y si ha pasado algo grave? En los pocos metros que separan las escaleras de la puerta de entrada, mi cabeza llega a imaginarse hasta que unos alienígenas lo han abducido. ¡Qué imaginación la mía! Al abrir la puerta y ver su cara de «puedes matarme», mi semblante se oscurece y pido una explicación racional a esta noche magnífica que parece que vamos a pasar. Mientras la espero, los llantos deben haber despertado hasta a los vecinos de tres pueblos de alrededor.

—Lo siento —su voz suena arrepentida y su rostro está desencajado, algo grave ha tenido que sucederle—, he salido a correr y se me han olvidado las llaves. No tenía forma de entrar. —Conforme sus palabras entran por mis oídos, mi cabreo va en aumento. Los llantos de los niños traspasan las murallas y siento que mi boca va a empezar a escupir fuego. «Cálmate, Violeta»—. Ya subo yo a calmar a los niños.

Y no sé si dejarlo pasar o estamparle la puerta en las narices. Con un sutil gesto me pide paso y sale volando escaleras arriba. Respiro el aroma puro de la noche, la humedad y el olor a jazmín me reconfortan y me ayudan a calmarme. Minutos más tarde subo a ayudar a Manu. Ha conseguido que el grande se calme, pero las pequeñas…, estos dos torbellinos tienen pila para rato. Decido llevarme a Lúa abajo, que es la que más nerviosa está. Consigo calmarla en poco tiempo, aunque en sus planes no está el seguir durmiendo. Nos sentamos en el sofá y pongo la

televisión, pero no sé cuál de las dos conseguirá dormir antes. Me pesan los párpados demasiado.

—Vete a dormir, ya me quedo yo con ella. —Manu ha conseguido dormir a Carla.

—Faltaba más, tú nos has despertado.

—Casi me devoran los jabalís. ¿Sabes que el pueblo y los campos están llenos?

—Bajan en busca de comida. En el jardín no habría ninguno, ¿no? Buenas noches.

Y doy por acabada la conversación. Puede que haya dado la impresión de que no me importaba, pero solo quería asegurarme de que no podían entrar en el jardín. Antes de meterme en la cama y como un acto inconsciente, abro la ventana y con la linterna del móvil compruebo que en nuestro jardín no hay nada. Qué alivio. Por fin vuelvo a la cama, aunque sin mucho éxito. El concierto de llantos y los nervios me han desvelado y no consigo adormilarme. Mi mente se dispone a proyectar lo que pasará el día de mañana. Maletas, conversaciones, lágrimas, despedidas, preguntas y demás imágenes llenan mis pensamientos provocándome un estado de alarma y ansiedad difícil de controlar. Mil preguntas se amontonan en mi cabeza abriendo puertas infinitas, llenas de más interrogantes y sin sentido. ¿Qué estamos haciendo? ¿Será un error o un acierto? ¿Podrán mis hijos perdonarme algún día? ¿Podré yo perdonarme a mí misma? ¿Será la mejor solución? ¿Cómo nos vamos a organizar si una noche se ponen a llorar los tres como ha pasado hoy y estamos uno de los dos solos? Las dudas me invaden y en mi garganta se acumulan lágrimas pidiendo a gritos salir al vacío.

Escucho a Manu que sube y deduzco que Lúa se ha dormido. Espero unos minutos a que Manu se meta en su cama y decido levantarme a prepararme una infusión. En mi estado de ansiedad necesito ordenar algunas ideas y relajar mi corazón y mi cabeza que están a punto de estallar. Salgo de la cama con mucho sigilo y bajo al piso de abajo. La luz de la cocina está encendida y entro sin dudar, supongo que se nos ha olvidado apagarla. Y ahí está él, en calzoncillos, con ese cuerpo que quita el hipo. No sé por qué, pero me ruborizo, me exalto y mi corazón vuelve a acelerarse, pero esta vez es una aceleración diferente, bombea sangre a otras zonas de mi cuerpo donde hacía meses que no conseguía que llegara ni una gota.

—Violeta, ¿estás bien? —Su voz ronca no consigue calmarme, todo lo contrario.

—Eh… Mmmm sí, bueno, algo nerviosa. No puedo dormir, me haré una infusión y te dejo tranquilo.

—No tienes que irte. Puedes quedarte. Yo me he desvelado demasiado. También me iría bien una infusión. Siéntate. Ya las preparo.

Accedo, me siento y me dispongo a disfrutar del espectáculo. No parece molesto porque lo observe, todo lo contrario, se le ve tranquilo, calmado, incluso diría que se está recreando. Mis ojos se fijan en su culo, respingón y duro. «¡Basta ya, Violeta!, ¿qué estás haciendo? ¿Has perdido la razón? ¡Os vais a separar! ¡Mañana se irá de casa!». Me recrimino a mí misma. Pero parezco una gata en celo y no dejo de mirarle y él disfruta con cada mirada. Le he pillado fisgoneando de reojo.

Se sienta a mi lado algo más cerca de lo que yo necesito. Mi cuerpo emana fuego, mi corazón vuelve a bombear sangre con más fuerza y hacia mis zonas más íntimas. Siento que mi respiración se entrecorta por la corta distancia en la que ahora mismo nos encontramos.

—Violeta… yo… no sé si esto… —No le permito acabar, cierro su boca con mis dedos, no quiero escuchar lo que tenga que decirme. Si va a suceder algo que sea ya o prometo que voy a explotar de deseo.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse, después de meses, después de miles de discusiones, después de miles de reproches. Esas miradas deseosas el uno del otro, ardientes por tocarnos, llenas de fuego por disfrutarnos y saborearnos. Besa mis dedos, mi mano y yo me dejo. Cierro

los ojos y el deseo acumulado de todo este tiempo se desata. Su mano acaricia mi rostro, sigue por mi cuello y se acomoda en mi nuca. Yo me pongo cómoda. Cuando vuelvo a abrir los ojos ya no necesita mi permiso, sabe que lo tiene, que puede hacer conmigo lo que más desee, y así es.

Retira un poco su silla para tener más espacio y me levanta haciendo que me coloque encima de él. Nuestros labios se unen, se saborean profundamente recorriendo cada rincón de nuestras bocas. Sus manos recorren mi cuerpo y saben cómo hacerlo para proporcionarme ese placer que solo él sabe conseguir. Nuestros gemidos empiezan a sucederse.

—¡Violeta! ¡Cuánto te he echado de menos!

—No hables, solo sigue.

Y cumpliendo con mis deseos, conduce sus manos buscando mis puntos de placer que bien sabe cómo encontrar. Yo sigo sus movimientos mientras noto su erección buscando salir de su bóxer. Intento tocarla, él se deshace de forma casi mágica de sus calzoncillos y se introduce en mí. Es ese momento de conexión el que hace que no pueda más y llegue al clímax tan rápido que mi cuerpo se desploma encima de él. Solo algunas embestidas más y Manu emite un gruñido ensordecedor. Nuestras respiraciones intentan volver a su ritmo natural. Sus brazos cubren mi espalda, sus caricias se suceden arriba y debajo de todo mi cuerpo. Puede que mañana hagamos las maletas y nos separemos, pero hoy, ahora, voy a disfrutar de este momento, de este sueño que espero que sea real.

Sin querer, nos hemos adormecido abrazados en una posición casi imposible. Mi cuerpo empieza a enfriarse y me levanto con cuidado. ¿Y ahora qué? Nuestras miradas que hace un rato emanaban deseo y fuego, ahora se evitan. Es incómodo, la tensión ha hecho acto de presencia de nuevo inundando la cocina y dando paso a un sentimiento de culpa. Me coloco bien el camisón y me dispongo a irme a la habitación. No es momento de tomarme la infusión, creo que ya me he destensado bastante por hoy.

—Me voy a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches, Violeta.

Y hecha un manojo de sentimientos contradictorios, voy directa a la cama, aunque sin poder conciliar el sueño. Pensaba que estaría más relajada, pero en lugar de conseguirlo, el sexo ha hecho el efecto contrario. Rememoro el momento vivido y sinceramente no sé en qué estábamos pensando. Suerte que después de tener a las gemelas me puse el DIU, si no, no sé qué habría podido pasar esta noche. Poco a poco veo pasar las horas en el reloj y acabo quedándome dormida casi de madrugada.

Capítulo 12
¿Y AHORA QUÉ?



¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer? He pasado toda la noche dando más vueltas en la cama que una peonza. Mi mente no deja que Morfeo acuda a mí. Ya veo algo de claridad por las rendijas de la ventana y cuando parece que por fin empiezo a cerrar los ojos y descansar, escucho a las pequeñas y ellas no tienen los mismos planes que yo. Así que antes de que despierten a Leo me pongo en pie y bajo a darles el desayuno.

Violeta duerme plácidamente y casi lo prefiero. Me debato entre hacer que ayer no pasó nada o imaginar que volvemos a ser la pareja que éramos. Me desconcierta de un modo imprevisible. Mientras preparo los biberones y los sirvo, mi mente recuerda cómo ayer volvimos a ser todo lo que un día fuimos. Una sensación de calidez me recorre el cuerpo, con ella no me hace falta nada más. Juntos podemos llegar donde nos propongamos. Recuerdo sus manos sobre mi cuerpo, sus besos dentro de mí, su boca pidiéndome que la ame, sus caricias tan delicadas y a la vez deseosas de placer. Podría ser un nuevo comienzo, el principio de algo que hace meses murió con nosotros, pero que podría volver a renacer.

Leo hace acto de presencia con hambre y más mimoso que de costumbre. Al tocarlo lo noto caliente y eso solo quiere decir que empieza a estar enfermo.

Violeta se despierta y se sorprende al vernos a los cuatro en el sofá.

—Algún virus ronda a los peques. Están demasiado tranquilos y Leo está muy caliente.

—Oh, no, cariño…, ven con mami. —Vaya, por un segundo pensaba que se refería a mí, que me había llamado cariño. Qué desilusión.

—Sí, tiene fiebre y se ha querido volver a la cama. Me quedo con él arriba. Si quieres, sal al parque con las pequeñas. Mientras estoy con Leo en mi habitación iré haciendo las maletas. —No lo puede decir en serio. Para ella lo de ayer no significó nada.

—Genial, las visto y las llevo al parque. Volveremos para comer.

Empiezo a prepararlas y salgo con ellas de paseo. Mi humor se va convirtiendo en agrio y al llegar al parque, no me doy cuenta de que mi hermana ya está allí.

—Vaya cara, hermanito. ¿Qué sucede?

—Nada, Violeta está haciendo las maletas para irse esta misma tarde. —No es cuestión que le explique a mi hermana nuestro desliz de anoche.

—Entiendo. ¿Cómo estás?

—Si me pinchas no sacas sangre. —Poco humor puedo hacer—. No estoy preparado, o sí, lo cierto es que tengo dudas de todo. No quiero que se vaya, pero nuestra convivencia es horrible. Simplemente compartimos casa e hijos, pero no hacemos vida de pareja, no somos un matrimonio y eso hace que tampoco nos veamos a nosotros como una familia. Por ello, entiendo que es lo mejor para todos, incluidos los niños. —Hago una pausa mientras mi hermana me observa—. Todavía son pequeños, supongo que sabrán asimilar la nueva situación y serán capaces de adaptarse. O eso quiero creer, ¿no?

—Seguro que su capacidad de adaptación es mejor que la vuestra, no tengo dudas. En muchas situaciones los niños nos han dado lecciones de vida, pero debéis estar vosotros dos seguros.

—¿Los dos? ¿Seguros de qué? —Vaya, la que faltaba.

No es que no quiera a mi abuela, o que me moleste, pero es una mujer de armas tomar y la noticia de nuestro divorcio no le resultó muy agradable, además del golpe que me arreó con su bolso, que, aunque sea una ancianita, tiene fuerza la mujer y el golpe dolió lo suyo.

—Hola, abuela. ¿Cómo estás? —Escurro el bulto como puedo mientras le doy un fuerte beso en la mejilla.

—Yo estoy bien, ya lo sabes. ¿Y tú y Violeta? ¿Ya lo habéis arreglado? ¿Ya os habéis dado un buen meneo? —Casi me atraganto con mi propia saliva. Dirijo la vista hacia mi hermana que se está tronchando y no parece decidida a echarme un cable—. ¿Lo habéis hecho o no? —Si tú supieras, abuelita…

—Pero, abuela, ¿qué vamos a hacer? —¡Tierra, trágame ya y escúpeme en el Caribe, por favor!

—Pues buscar la solución. No podéis abandonar en cuanto las cosas se complican. Habéis tenido tres hijos, los tres pequeños y eso es mucha responsabilidad, mucho desgaste físico y psicológico y mucha carga, pero ¿qué pasaba antes cuando las mujeres tenían seis, siete o más hijos? Yo no conozco esta epidemia de divorcios que hay ahora, en cuanto las cosas se complican, salimos corriendo. Pues no, hay que apechugar con las decisiones y con los hijos y todo lo que comporta el matrimonio. Y agotar hasta la última chispa que queda. No te confundas, parece que soy tradicional con mis palabras, pero no es así. No creo que dos personas que no se quieran deban estar juntas, haya o no haya niños de por medio, pero os conozco y sé que no es vuestro caso. Si en algún rincón de mi corazón yo viera que os hacéis daño, que habéis dejado de quereros o que os hace más mal que bien el estar juntos, yo sería la primera que os diría que esto debe acabar. Dos personas que no se importan no pueden disimularlo. Pero no es vuestro caso, vosotros no sois ninguno de esos ejemplos que acabo de nombrar. En vuestras miradas se ve amor, en vuestros gestos se ve pasión. Sé que no me crees, que no lo ves ahora, estás demasiado cegado viendo la salida fácil, porque quedarse es lo difícil, quedarse y arreglarlo es lo complicado, pero se puede, todavía no es tarde y podéis hacerlo. El tiempo me dará la razón, pero tú debes darle la oportunidad al tiempo. Créeme, cariño. —Y dicho esto se acerca a sus bisnietos y se sienta en el banco junto a ellos a observarlos y decirles palabras bonitas.

—¿Cómo te has quedado? Porque yo sigo en shock. —Clara espera una respuesta por mi parte que no va a llegar—. Vaya discursito te ha soltado. ¿Sabes que desde que vine aquí siempre me ha aconsejado y la mayoría de las veces, por no confirmar todas, ha tenido razón? —Mi estado de ánimo va empeorando por momentos, más que nada porque sé que Violeta sigue haciendo las maletas y yo sigo petrificado digiriendo las palabras de mi queridísima abuelita.

Sé que no debo dar explicaciones, que lo que pase entre Violeta y yo, solo nosotros debemos

arreglarlo, pero le temo al momento en el que le confirme a mi abuelita que ya no somos una pareja, que ya no somos una familia. Que nos hemos cansado de luchar y que a partir de ahora estaremos o uno o el otro con los niños.

Clara se ha ido a jugar con los pequeños y yo he aprovechado para sentarme en un banco. Después de algunos minutos, es posible que algo más, las niñas empiezan a tener hambre y sueño y regreso a casa.

Al llegar, Violeta ya le ha explicado a Leo que se marcha, pero que vendrá cada tarde a verlos.

—Si no te importa… —me interroga con la mirada.

—No, puedes venir siempre que quieras. Esta también es tu casa, y, de hecho, llévate una copia de las llaves por si algún día la necesitas.

—Gracias, es buena idea. —Muestra una sonrisa triste de agradecimiento y yo sigo sin creérmelo.

Violeta sigue arriba y abajo preparando sus cosas y yo me dedico a los niños. A partir de ahora va a ser así siempre, por lo que debo acostumbrarme a ser autosuficiente y mantener la calma mientras los atiendo. Por fin consigo que se duerman y preparo nuestra comida mientras recuerdo que hace tan solo unas horas éramos dos personas totalmente diferentes, dos personas que volvían a quererse, dos que se volvían uno. Pero pocas horas después aquí estamos, uno frente al otro sin dirigirnos la palabra y ni siquiera la mirada. Masticamos en silencio como si fuésemos dos perfectos desconocidos. Me debato entre hablar para abrir un melón para el que no estoy preparado o seguir en este silencio incómodo que los dos hemos creado y que cuesta romper.

Acabamos y recogemos la cocina y cada uno se dirige a su rincón. Ella a su habitación y yo me siento en el sofá y me pierdo en los canales de la tele.

—No voy a poder irme, he hecho las maletas para nada. Esta semana vas a tener que irte tú. —Oigo que me dice en tono triste y exigente.

—¿Qué pasa?

—Eva tiene a su hija. No había pensado en ello, pero queríamos hacer coincidir las semanas sin niños y esta semana su hija está con ella, por lo que tendrá que ser diferente. Tendrás que hacer las maletas tú y la semana que viene ya me iré yo. —Mientras acaba de explicármelo, coge las maletas y las vuelve a subir para deshacerlas.

Ahora sí que la noticia va a ir en vena, mis padres no saben que empezamos esta semana, no había querido decirles nada porque tampoco se trata de darles las noticias tan seguidas. Y como yo tampoco me iba a mover, ni tengo que ir a trabajar, pensé que con suerte no se enterarían hasta la semana siguiente. Pues va a ser que no. Que voy a aparecer en la puerta de su casa como si me hubieran echado de la mía. De hecho, más o menos ha sido así.

Como tampoco tengo trabajo, decido coger lo mínimo: una muda, el cepillo de dientes y el pijama. Durante la semana vendré aquí mientras Violeta trabaja y cogeré lo que necesite.

Los niños se despiertan y mientras las gemelas juegan, hablamos con Leo.

—Leo, cariño. Esta semana será papá quien se vaya a casa de los abuelos y la semana que viene me iré yo. —Le intenta aclarar Violeta.

—Muy bien, pero nos veremos, ¿verdad? —Su triste mirada se ilumina con mi respuesta.

—Claro que sí, todos los días después de la escuela. —Miro a Violeta esperando su aprobación que no tarda en llegar.

—Y si necesitas hablar con él o que venga a verte, solo tienes que decirlo y lo llamamos.

—¡Vale, guay! ¿Y cuándo volveremos a estar juntos los cinco? —Su inocencia nos coge por

sorpresa. Supongo que deberá esperar y asimilar la nueva situación y el resto vendrá solo.

—Habrá muchos días en los que estemos todos reunidos, en cumpleaños, en días especiales, en las fiestas, con los amigos… En todos los momentos importantes tuyos o de tus hermanas o de cualquiera de nosotros, estaremos juntos. —A ella siempre se le han dado genial estas respuestas, yo, por mi parte, soy más de abrazar y besar, y esto es lo que hago con Leo durante el tiempo que me deja.

—¡Vale ya, papá! —Se acabó mi abrazo—. ¿Puedo ir ya a jugar?

Y se une a sus hermanas que en pocos minutos han esparcido los juguetes por toda la casa. Prefiero no alargar más el tiempo de despedida, si hay que arrancar la piel, que sea rápido, y cuanto más rápido, menos indoloro. Así que me despido de las pequeñas con abrazos y besos, hago lo mismo con Leo, aunque me llame pesado y le digo un frío y seco adiós a Violeta.

—Si me necesitas, llámame.

Ella asiente con los ojos llenos de lágrimas y yo soy un cobarde una vez más. Cojo mi poco equipaje y cierro la puerta tras de mí. Dejo a mi familia en nuestra nueva casa cuando en realidad me muero por volver a entrar, abrazar a mi mujer, decirle que la amo, que todo lo que ha pasado podemos solucionarlo, que no quiero irme, que podemos con nuestros problemas, con los que tenemos y con los que vendrán, que quiero seguir formando una familia con ella, que sin ellos me cuesta respirar, me falta el aire y me sobra todo. Sin ellos no soy nada, no tengo nada.

Y así, sin más, llego a casa de mi abuela, donde también viven mis padres.

Capítulo 13
DE CERO



Sigo paralizado delante de la puerta de casa de mi abuela. No me atrevo a entrar, sé que ya deberían haber asimilado la noticia, pero soy un cobarde con mayúsculas y no quiero darles la buena nueva tan pronto. Pensaba tener una semana para ir dando pistas de nuestra decisión, pero ha sido más rápido de lo que esperaba y aquí sigo intentando dar a mis manos la orden de tocar el timbre.

Por fin me decido y acerco mi mano hacia la puerta a la que doy algunos toquecitos más débiles de lo que debería. No es que no puedan haberlos oído, es que están sordos y soy consciente de ello. Quiero retrasar lo más posible el encuentro en el que deba dar las explicaciones que sé que no voy a poder dar. Finalmente decido tocar el timbre, ya que, con los golpecitos y la televisión a todo volumen, aquí no me escucha nadie.

En esta ocasión es mi padre quien abre la puerta y en su rostro se refleja la tristeza que le produce el saber lo que estoy a punto de anunciarle. Con todo el cariño del mundo abre sus brazos y me da la bienvenida con un abrazo lleno de ternura y de palabras de consuelo que no se pronuncian.

—¿Quién es? —La voz de mi abuela nos saca de nuestro paréntesis.

—Es Manu, ahora entra. —Mi padre me da paso hacia el salón donde mi madre y mi querida abuela están esperando encontrarse con sus nietos.

Al verme entrar, la decepción se palpa en sus rostros y las ganas de recibir explicaciones en sus miradas.

—¿Puedo quedarme aquí durante esta semana? —Más vale pedir permiso antes de soltar la bomba, que después puede que me echen a empujones de casa y no me den opción a una cama.

—¡Una semana! Es el tiempo que tienes para solucionar lo que sea que hayas hecho. —Jo… con mi abuela. Sabía que era de armas tomar, pero tan directa y amenazante…

—Abuela, esto es difícil de solucionar, pero me gustaría contar con vuestro apoyo porque de lo contrario no tengo adónde ir. No tengo trabajo ni ganas de seguir en este sitio, solo quiero un lugar donde venir cuando no pueda estar en mi casa y así seguir cerca de mis hijos.

—Por supuesto, cariño. Puedes contar con nosotros para lo que necesites. —Por fin mi madre se pronuncia a la vez que se levanta y me abraza—. Vamos a arreglar tu habitación para que

estés cómodo el tiempo necesario. —Pasa cerca de mi abuela haciendo un gesto que no consigo descifrar.

—Claro que sí. —Mi abuela sigue los pasos de mi madre y se acerca a abrazarme—. Yo solo digo que puede quedarse siempre y cuando siga haciendo lo necesario para recuperar su matrimonio y su familia. —Su tono se convierte en algo menos distante y más amable. Su abrazo es sincero, aunque su último mensaje me vuelve a poner en alerta—. Ya hablaremos tú y yo —me susurra al oído para que nadie más que yo la escuche.

Como un reloj y antes de que suene la alarma de mi despertador, mi abuela aporrea la puerta de la habitación y me despierta con prisa para que baje a desayunar.

—Abuelita, es demasiado pronto para despertarme. Te recuerdo que no tengo trabajo, por lo que no tengo obligación de despertarme pronto.

—¿Crees que no tienes ninguna obligación? ¿Que vas a estar durmiendo todo el día para después volver a vivir el día de la marmota? —Mis ojos se abren con el gran desayuno que me ha preparado. Todo lo dura que quiere aparentar y lo único que demuestra es su cuidado hacia mí.

—Sí, tengo una obligación, buscar trabajo, aunque no sé por dónde empezar, dónde ir o qué buscar.

—Eso vamos a solucionarlo hoy mismo. Tú te vienes conmigo a la asociación.

—¿Dónde? No, no y no. Abuela, no puedo dedicar tiempo a la asociación, halago mucho el trabajo que hacéis allí, pero yo necesito un salario, y allí no me lo podéis dar, ¿o sí?

—¿Salario? —Sus carcajadas resuenan en el pueblo entero—. Si nos tuvieran que pagar por las horas que dedicamos a esa asociación, no sé si habría dinero en todo el país.

Sé que es una exagerada, una asociación debe de ser un lugar donde se reúnen las personas voluntarias y donan su tiempo a hacer manualidades y otras tareas con el fin de reunir un dinero para poder donarlo a alguna causa. Tampoco debe de ser muy difícil esa tarea, el único requisito será estar jubilado o no tener problemas económicos, porque debe de ser complicado dedicar muchas horas del día a realizar manualidades sin percibir ninguna remuneración. No, definitivamente esto no está hecho para mí. Sigo degustando el delicioso desayuno que me ha preparado mi querida abuela y en cuanto acabo, decido explicarle mis planes para hoy.

—Muchas gracias por esta delicia, abuela. Y gracias por tu ofrecimiento para mis planes del día, pero voy a salir a hacer algo de ejercicio y después me pondré delante del ordenador a buscar empleo.

—Me gustan esos planes que tienes. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso? ¿Una, dos, tres semanas…? —Noto el tono de desagrado que está cogiendo esta conversación, más que nada porque llevo meses haciendo eso cada día. Aquí no, solo desde que llegamos, pero en Ámsterdam llevaba más de un año intentando encontrar un empleo digno. Mi abuela sigue esperando mi respuesta. Al no llegar, sigue con su ataque—. Has podido comprobar por ti mismo que ese plan no da frutos de inmediato, bueno, ni de inmediato ni a largo plazo. A los hechos me remito. Deberías cambiar de estrategia, ¿no crees? Eso es lo que te estoy ofreciendo. En la asociación no hay trabajo remunerado, no podemos ofrecerte un sueldo, pero sí que hay personas que nos ayudamos unas a otras, son pueblos pequeños y lo que mejor funciona es el boca a boca, aquí no encontrarás nada por internet, eso tan moderno déjalo para otros. Aquí nos conocemos todos y nos ayudamos en lo que podemos. Quiero que me acompañes para que puedas comprobar por ti mismo que estos pueblos no son tan pequeños como parece y que hay opciones, hay empleos que pueden encajar contigo, pero no los encontrarás delante del ordenador. No voy a suplicarte que me acompañes, te lo estoy ofreciendo como una oportunidad. Deberías

reflexionar. Las oportunidades no siempre están esperando a que nos decidamos, ni sabemos si serán buenas o no, si acertaremos en ellas o hubiera sido mejor dejarlas pasar, pero lo más importante es poder tenerlas. Sabes que en la asociación donamos el dinero que recaudamos a diferentes causas, no tenemos una en concreto. Pero lo que sí puedo asegurarte es que las personas que reciben ese dinero no tienen tantas oportunidades como el resto, o no han sabido cogerlas. Yo te ofrezco una, una que puede ayudarte o no. Eso ya lo decidirás a su debido tiempo. Pero no voy a esperar a verte caer. Ya he dejado que durante estas semanas seas tú mismo el que compruebe que por aquí hay poco que hacer buscando por internet. Ahora puedes comprobar si con el boca a boca puedes conseguir tu oportunidad. En media hora exacta sale el autobús, te estaré esperando impaciente en la parada que hay junto al parque. Si apareces, sabré que quieres aprovechar tu oportunidad, de lo contrario, no creo que pueda volver a ofrecerte nada. Que tengas un buen día.

Sale de la cocina dejándome lleno de dudas, de interrogantes y de preguntas. ¿Me ha ofrecido trabajo? ¿Me ha dicho que tiene una oportunidad? ¿Qué me ha querido decir? No encuentro la respuesta, me lo ha dicho todo y no me ha dicho nada… Mi mente está demasiado dormida para filtrar tanta información, y no sé cómo la mente de mi abuela —que ya tiene una edad— está tan despierta a estas horas de la mañana. Recuerdo las palabras de mi hermana: «*¿Sabes que desde que vine aquí siempre me ha aconsejado y la mayoría de las veces, por no confirmar todas, ha tenido razón?*». El sonido de la puerta acaba con mis cavilaciones. Mi abuela ya ha salido y yo he de tomar una decisión que no estoy preparado para tomar. ¿La acompaño a la asociación?

Dicho y hecho, en menos de cinco minutos estoy saliendo por la puerta, duchado, arreglado y con solo las llaves de mi casa en el bolsillo, esa en la que deben de estar preparándose mis hijos para ir al colegio. No me dirijo hacia allí, si no que voy directo a la parada del autobús donde mi abuela sigue esperando al vehículo y que llega justo cuando me acerco a ella.

—Me alegro de tu decisión.

—Espero no arrepentirme. No he sabido descifrar qué has querido decirme con tus palabras, pero aquí estoy.

—Enseguida lo sabrás. —Una sonrisa pícara me confirma que tiene planes para mí.

Mi cuñado, el conductor del autobús, nos recibe con una gran alegría.

—Buenos días, señora Antonia, y buenos días, cuñado. ¿Cómo tú por aquí? —Esa frase acompañada de una brillante carcajada me dice que ya sabe que esto es obra de mi abuela.

—Dani, tengamos la fiesta tranquila, que hoy tenemos mucho trabajo en la asociación y Manu viene a ayudarnos.

Mi cara confirma que esos no eran mis planes y que me acaba de hacer una buena jugarreta.

—¡Suerte! —No puede disimular su asombro y picardía.

—Gracias. —Mi abuela me indica que su asiento está libre y que la acompañe.

—¿Violeta está bien? —Mi mirada se mezcla con la suya en un intento de conocer sus intenciones—. ¿Qué? Solo quiero saber si ella está bien. No pienses mal, nieto mío.

—Sí, ella y los niños están bien, supongo, es la primera mañana que están solos y seguro que ha ido genial. Es una gran madre.

—Y una gran esposa, aunque ahora te cueste verlo así. —Ya empezamos, ya sabía yo que esto tenía dobles intenciones—. Aunque parezca que no respeto vuestra decisión, no es así. Ten por seguro que soy anciana, pero que, si dos personas no se soportan, no pueden seguir juntas y lo mejor es hacer cada uno su camino. Pero vuestra relación es todo lo contrario. Y aunque ahora no lo veáis, estoy segura de que llegará el día que sí lo haréis.

—Por ahora no hemos podido verlo, abuela, y sí, no nos soportamos, así que la decisión está

tomada y es en firme. No hay vuelta atrás.

—Eso ya lo veremos… —Me sorprendo de su afirmación, sin embargo, no me da opción a contestarle.

Unas mujeres de su misma edad acaban de acceder al autobús y saludan a mi abuela que, sin más reparo, me presenta como un parado con tres hijos que no es capaz de encontrar trabajo. ¡Toma ya! Con esa descripción creo que me darán empleo solo por la pena que les voy a dar. Sus miradas así lo confirman. La pena y la tristeza se reflejan en sus ojos mientras me dan golpecitos en la espalda y ánimos de que todo se arreglará. ¿Esta es la oportunidad de la que me hablaba mi abuela? Que yo no quiero dinero por pena… Que quiero ganarme el pan con mi trabajo. Hoy va a ser un día duro, lo intuyo. Mientras estas mujeres empiezan su entretenida conversación, yo intento evadirme de sus cuchicheos y me cruzo con la mirada de mi cuñado por el retrovisor interior del vehículo. Sigue sonriendo como si supiera que estoy desesperado y pasando un apuro. Niego con la cabeza confirmando sus sospechas y desvío la mirada por la ventana. El verde que cubre los prados es precioso y todo se confunde en el horizonte, creo que hay unas viñas al final del prado que envuelven parte de la montaña. Están peladas ya que todavía no es época de vendimia. Aun así, todo está precioso.

Capítulo 14
MIS CHICAS PREMIUM



Primera semana superada. Después de mucho debatirme si podíamos arreglárnoslas solos con los tres niños, hemos podido organizarnos bastante bien. Manu los iba a buscar a la escuela y se quedaba con ellos en el parque hasta que yo tenía la cena y la comida del día siguiente preparada. Entonces era yo la que se quedaba en el parque y él se despedía hasta el día siguiente.

Nuestras relaciones sociales han ido aumentando con algunos padres y madres de la escuela. Y en «Chicas Premium», el grupo de WhatsApp de las madres, ya se está hablando de una cena para celebrar que se acercan las vacaciones de Semana Santa. Aprovechando que es mi semana sin niños, me he apuntado la primera. Quiero seguir conociendo a este grupo de mujeres que están tan hechas a la vida de pueblo.

Manu llega con poco equipaje y los niños se le echan encima. Pensaba que estaba preparada, pero esto va a ser más duro de lo que creía. Manu se da cuenta de mis miedos y pone las maletas en el coche y les dice a los niños que se despidan hasta mañana, que seré yo quien los recoja de la escuela y se quede con ellos en el parque.

Ya con el volante entre las manos, inicio la marcha hasta la que será mi casa durante la próxima semana. Las lágrimas se agolpan en mis ojos pidiendo salir y mi garganta exige que grite, que llore, que pierda el control durante unos segundos para reconstruirme. Y es lo que hago. Aparto el coche de la carretera y me desahogo hasta no poder más.

Reanudo el camino y llego a mi nueva parada. Eva me está esperando y me recibe justo como necesito ahora mismo, con los brazos abiertos para permitirme deshacerme en lágrimas en su hombro. Después de un buen rato abrazadas, nos separamos y llevamos las cosas a mi habitación.

—Venga, lávate esa preciosa cara y vamos a tomar algo.

—No estoy de humor para salir, Eva. Lo dejamos para otro día.

—¿Quién ha dicho nada de salir? —Me aclara con dos copas en las manos—. La fiesta la vamos a hacer aquí. Hoy no necesitamos salir. Mañana ya veremos. —Y empieza a llenar una de ellas con vino. El mismo vino que me puso la otra tarde cuando estuve aquí y acabé algo perjudicada, vale… bastante.

—Eva, no te pases, que no me sienta bien, ya lo viste el otro día.

—Será que no nos reímos. Tú tranquila, que hoy la cama la tienes más cerca. Puedes relajarte y disfrutar. —Me tiende una de las dos copas y brindamos—. Por un nuevo inicio.

—Por nosotras. —Me gusta Eva, me da que nos vamos a llevar muy bien.

Un par de horas después tengo que darle la razón. Empiezo a estar algo mareada y aunque esta tarde ha sido más tranquila que la otra, me lo he pasado muy bien. Nos hemos puesto al día con varios temas y ha conseguido sacarme algunas sonrisas cuando me acordaba o me preocupaba por cómo estarían mis hijos.

—Están con su padre, ¿no? ¿Pues cómo van a estar? ¡Genial!

Y sé que tiene razón, que Manu es un padre estupendo, pero también sé lo difícil que es estar solo ante el peligro. Después de algunas confesiones y risas, nos vamos a dormir. Me cuesta conciliar el sueño, entre esta nueva situación y mi desconocida cama, doy algunas vueltas antes de quedarme totalmente dormida. El vino ayuda bastante y consigo caer rendida y afrontar el primer día de mi nueva normalidad.

Los días van pasando y empiezo a asimilar esta rutina extraña. Cada día recojo a mis hijos de sus escuelas y paso la tarde en el parque con ellos. La despedida es dura, cada tarde, al subir al coche, hago el camino hacia mi nueva casa con lágrimas en los ojos y, al llegar a mi hogar, vuelvo a desahogarme hasta el día siguiente. El viernes llega y he quedado para cenar con las madres de la escuela de Leo. Hay un grupito de siete madres en total que entienden nuestra situación y están dispuestas a apoyarme y sacarme de este bache que estoy pasando. Porque deseo asimilar esta nueva situación y volver a sonreír.

—¿Preparada para pasarlo en grande? —Las chicas han venido a recogerme para ir al restaurante que hay en un pueblo cercano.

—Estoy lista. —Sonrío intentando parecer conforme a la cena.

—Poco te conocemos, Violeta, pero sabemos que esa sonrisa no es del todo sincera, oculta miedo y tristeza. Puedes estar tranquila, aquí nadie juzga, simplemente entendemos cómo puedes sentirte y podemos ayudarte en la medida que tú quieras. —Sus palabras son sinceras y me dan libertad para explicar todo lo sucedido entre Manu y yo, y cómo me siento.

Esta noche soy el centro de la velada. Estas chicas son capaces de escuchar con sus cinco sentidos y de saber aconsejar sin dar consejos. Es lo que más necesito, ya que en este momento ni yo misma sé cómo me siento.

Al acabar mis explicaciones y, debo admitir que también mi desahogo, solo se les ocurre empezar a exaltar la buena labor que hace Manu con los niños, lo buen padre que es y lo felices que mis hijos están con él. Todos sus comentarios, fuera de molestarme, me gustan, ya que lo único que deseo es que mis hijos vivan felices y que estén igual de cuidados conmigo que con su padre.

Después de la cena nos acercamos a un pub cercano donde nuestros cuerpos se desinhiben al ritmo de las canciones de nuestra época y los gritos por disfrutar de ellas. Algún que otro moscardón se acerca a nosotras y mis queridas nuevas amigas no paran de halagar mis encantos y propiciar encuentros entre nosotros. No sé por qué, pero no me siento cómoda, aunque este último hombre baila de maravilla y me cuesta negarme a sus movimientos, me dejo llevar por sus manos y sus pies y le doy un bailoteo al cuerpo a ritmo de Roberto, mi nueva pareja de baile. Sus contoneos son rápidos, sabe manejar la situación y sabe mandar, cada vez lo siento más cerca y cada vez más pegado. El baile da paso a movimientos más sensuales y su cuerpo se pega al mío como si de una lapa se tratase. Entre eso y los varios susurros que inicia en mi oído, mi agobio es tal que en uno de esos movimientos en los que decide que ya va siendo hora de dar un paso más atrevido, arrimado y más cálido, mi rodilla se levanta un poco más de lo normal y con

poca fuerza, casi lo dejo impotente. No tarda en dar un grito y llevarse las manos a sus partes bajas. Su mirada me produce de todo menos ternura y sé que he querido que pillara que no estaba cómoda, pero tampoco quería dejarlo sin posibilidades de tener descendencia.

—Lo siento, ha sido sin querer… no sé cómo ha pasado, mi rodilla….

—Sí, sí, tranquila. Solo necesito unos minutos… —Sigue encogido y con las manos tapando sus bajos. Intenta disimular su dolor—. Si quieres descansamos en aquel sofá de allí. —Con la mano me señala un sofá que no había visto, apartado en un rincón del pub y bastante oscuro. En él ya hay sentadas algunas parejas haciendo de todo menos hablar.

Parece que no lo ha entendido, sí que soy buena actriz, no es hora de darme una palmadita en la espalda sino de decir la verdad y quitarme a este muermo de encima. Hoy no estoy para nada más. Antes de contestarle, busco a mis compañeras y no están demasiado lejos, eso sí no paran de reír y de hacerme gestos sobre lo que acaba de ocurrir.

—Lo siento, pero hoy no va a poder ser. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Venga, todavía es pronto.

—Mejor lo dejamos para otro día. Tengo que irme.

—¿Me das tu número de móvil? —¡Ni en sueños, baboso!

—Sí, apunta… 6…… —Pobre de la persona a la que llame, porque me acabo de inventar el número de teléfono. Violeta, no tienes dieciséis años, no debería ser tan difícil decir que no, pero hoy no quiero dar más explicaciones—. Cuando quieras me llamas. ¡Chao!

—¿No me vas a dar dos besos? —Si lo que yo diga, es un baboso y un besugo. Solo he venido a bailar y reír, ¿en qué momento he querido bailar con él?

En contra de mi voluntad, me acerco a Roberto y le planto dos besos en las mejillas más rápidos y más lejos de su boca de lo que él espera. Sin despedirme más, me marcho cerca de mis nuevas amigas. Creo que no ha insistido más porque tenía las manos ocupadas, cubriendo la que creerá que es su parte más importante. Gracias a ese pequeño detalle puedo huir hacia las chicas que siguen riendo y sin creer que haya podido agredirle de forma tan sutil.

—Justo cuando le has propinado la patada en todos sus huevecillos, estábamos yendo a rescatarte.

—¡Qué pesado! No sabíamos si lo estabas pasando bien, pero al ver tu cara en uno de los giros, hemos intuido que no y nos dirigíamos hacia ti. Pero ya hemos visto que no nos necesitabas.

—¡Bien hecho! —Me halagan.

—¡Oh! Muchas gracias. —Me quedo observándolas mientras siguen comentando la jugada. Sus carcajadas hacen que me contagie y me sienta fuerte y poderosa. Sienta bien saber que estaban pendientes de mí y de si estaba cómoda o no, aunque esta noche he sabido defenderme solita.

Parece mentira que tengamos que sentirnos así, que no podamos ser libres para quitarnos de encima a alguien que nos molesta y nos hace sentir incómodas, pero por lo menos me siento protegida por si en algún momento la cosa se hubiera puesto peor. Observo a mis nuevas compañeras y sé que podemos llegar a ser algo más que madres de la escuela. Doy gracias por haberlas encontrado en mi camino.

El resto de la noche la pasamos entre risas, secretos y comentarios más personales. Nuestros cuerpos no dejan de bailar al son de las canciones de nuestra época y los gritos que damos refuerzan la diversión. Ya va siendo hora de recogernos, yo no tengo que madrugar, pero entiendo que a ellas mañana por la mañana les despertarán sus hijos y deberán afrontar un nuevo día.

Con una sonrisa y llena de vitalidad, llego a casa y consigo caer rendida en la cama esperando poder tener y vivir más momentos como los de esta noche. Vivencias llenas de personas encantadoras y con ganas de compartir risas, confidencias y penas.

Capítulo 15
ZASCA



Durante la primera semana de mi divorcio —lo llamo así por ponerle nombre, porque todavía no tenemos papeles escritos ni nada firmado, solo un acuerdo verbal—, he acompañado todos los días a mi abuela a la asociación. Lo cierto es que me sorprendió gratamente la labor que allí se dedican a hacer. Aunque debo decir que sigo esperando mi oportunidad… esa de la que tanto me ha hablado mi abuela y que no consigo encontrar por ningún sitio.

Entre otras tareas que mi abuela ha ido pidiéndome que les ayudara, he estado organizando muebles y montando armarios y estantes para algunas tiendas o ferias donde exponer los productos que realizan. Además, he hecho algunas compras por internet de materiales que necesitaban para sus manualidades y que no encontraban en tiendas cercanas. Para que después mi abuela me diga que internet en este pueblo no sirve de nada. ¡Ja! Aunque no se lo he dicho, he preferido guardarme la carta para otra ocasión.

El mismo lunes que mi abuela casi me obliga a ir a la asociación, Dani me dijo de tomar algo después de dejar a mis hijos con su madre. Salimos del pueblo para encontrar un bar con ambiente más tranquilo donde poder hablar sin rodeos.

—Tu abuela, aunque no utilice las mejores técnicas, es muy buena persona y quiere ayudarte. Yo también veo lagunas en este plan que tiene para ti, pero mientras no encuentres nada más, como mínimo las ayudas en sus tareas.

—Sí, pero eso me quita tiempo de buscar empleo. Aunque ya no sé dónde más buscarlo, me empiezo a sentir atrapado en este pequeño lugar, solo y sin futuro. —Mis palabras cogen forma conforme las expulso por la boca. Poco me había parado a pensar en ello.

—Encontrarás algo y todo saldrá bien. Es normal que ahora lo veas todo más negro que blanco, pero seguro que lo consigues. Yo vine aquí sin nada y encontré lo mejor de mi vida. Puede que tu futuro también sea así, aquí cerca o algo más lejos, solo con el tiempo se verá. Por ahora no te agobies, no tenéis problemas económicos y si es así, podemos ayudaros.

—No, por ahora no es necesario, gracias. Tenemos ahorros y los ingresos del alquiler del piso de Ámsterdam que nos ayudan a pagar facturas y a pasar el mes. Pero eso algún día se acabará, si no el alquiler, los ahorros, y no puedo esperar a que eso pase.

—Y no pasará, estoy seguro de que podrás encontrar algo antes de lo que piensas. Incluso

antes de que acabe la semana. Espero que pronto me des esa buena noticia.

Pasamos la tarde poniéndonos al día con la familia y demás y el resto de la semana volvemos a encontrarnos, aunque sin las buenas noticias que mi cuñado pensaba que tendría.

Al fin es domingo y es el día del cambio de hogar. Las pocas cosas que he ido llevando a casa de mi abuela, las vuelvo a llevar a mi casa y en esta ocasión es Violeta quien se marcha con una maleta algo más grande que la mía. Entre lágrimas se despide de nuestros hijos mientras yo la ayudo a que esa despedida sea un poco dulce y menos dolorosa para los pequeños.

Si el día a día de dos adultos con tres hijos es duro, imaginaos el de un adulto con ellos. Es más que duro, es complicado, es cansino y bastante al límite de dejarlo todo y huir. Pero sobrevivo con la ayuda de Violeta y con la de la asociación de mi abuela. Todo se tiene que decir… Durante la semana he seguido yendo a colaborar, aunque algunas horas menos que la semana anterior. Primero debo dejar a mis hijos en la escuela y volver a recoger la locura de casa que dejamos cada mañana cuando salimos corriendo y tarde hacia las respectivas escuelas. Después de recoger y acomodar la casa, me subo al autobús y me dirijo a la asociación. En este horario, el conductor del autobús no es Dani, así que no puedo aprovechar el tiempo para compartir conversación con nadie. Me dedico a mirar por la ventana el hermoso paisaje que se observa en hectáreas a mi alrededor.

Esta semana, Gustavo, el amigo de mi abuela, me ha estado hablando de su vida y de un hermano que tiene que está a punto de jubilarse. Me ha comentado que tiene los viñedos que se ven al final del valle y en medio de la montaña y que no sabe qué hacer con ellos. Sus hijos viven en la ciudad y no pueden hacerse cargo del negocio, pero no quiere deshacerse de ellos, pues durante todos estos años les ha estado ayudando, ya que el negocio da grandes beneficios.

Hoy es jueves y después de dejar a los niños en la escuela y de recoger la casa como cada día, me presento en la asociación en la que me están esperando todos con una gran sonrisa. No es que el resto de los días no me recibieran bien, pero hoy hay un ambiente distinto, noto un sexto sentido que me produce miedo a la vez que me desespera saber que todos son conocedores de lo que está pasando menos yo.

—Buenos días, Manu, ya te echábamos de menos. —Y tienen razón, al mirar el reloj me doy cuenta de que hoy me he retrasado más de lo habitual.

—Sí, he llegado un poco más tarde, pero no tenía nada que hacer antes, ¿cierto?

—No, pero quería presentarte a mi hermano Juan. —Acabo de cerciorarme que al lado de Gustavo hay un hombre unos años más joven que él, pero que es su viva imagen.

—Encantado, Manu, o ¿Manuel? —Juan me extiende su mano que no tardo en aceptar.

—Manu, prefiero Manu. —La verdad es que a mis padres nunca les ha gustado que me acorte el nombre, pero siempre me ha gustado más el diminutivo. La única persona que me llama Manuel es mi abuela, y cuando lo hace ya puedo temerle.

—Manu, me gustaría hablar contigo, tengo algo que puedo ofrecerte en un tiempo no muy lejano. ¿Puedo invitarte a un café? —Juan me ofrece el café que creo que necesito.

—Por supuesto.

—Yo voy desmontando esas estanterías y en cuanto vuelvas montamos las nuevas. —Me indica Gustavo con una gran sonrisa.

Salimos de la asociación a la cafetería cercana. En pocos minutos me pone al día de su situación, que ya conocía por Gustavo, y me quedo esperando exactamente cuál es su ofrecimiento.

—Muchas gracias por darme todas estas explicaciones. Pero no entiendo dónde encajo yo en toda esta ecuación.

—Ya veo que no he sido muy transparente. —Juan se aclara la voz y se acomoda en el asiento mientras cruza sus manos, dispuesto a seguir con su propuesta—. Me gustaría que conocieras mi trabajo y lo que hago en mi empresa. Tengo empleados, pero ninguno me ha dado la confianza suficiente para quedarse a cargo del negocio. Sé que tú estás buscando empleo y, por lo que me han comentado, estás dispuesto a echar raíces por estas tierras. Yo podría ayudarte con ello. El empleo sería tuyo durante el tiempo que yo siga sin jubilarme, y a la que me jubile, si has demostrado que sabes llevar el negocio y que puedo confiar en ti, seguirías al mando de la empresa, aunque yo y mis hijos estaríamos revisando todos tus movimientos y no te dejaríamos solo en ningún momento. Sé que es una idea alocada, pero confío plenamente en mi hermano, que me ha hablado muy bien de ti y del tiempo que llevas ayudando en la asociación. Además, tu abuela es una mujer encantadora que no creo que tenga un nieto en el que no se puede confiar. Pero ya te digo, nosotros estaríamos siempre presentes. Tú solo serías el ejecutor y la persona que puede ayudar a que el negocio crezca. Esto lo sé por el trabajo que me han dicho que tenías en Ámsterdam.

Me ha dejado sin palabras. ¿Yo dirigiendo una empresa de vino? No puedo creerlo. No tengo las nociones del negocio, y tengo mis dudas sobre si podría aprender y qué podría aportarles. Así que debo pensarlo y tener más información.

—Muchas gracias, Juan, por pensar en mí. Es una gran oportunidad, sobre todo porque no tengo nada más. Y me encantaría decirte que sí, pero creo que lo mejor sería que lo pensara, y tú también deberías pensarlo. No tengo conocimientos de vino y puede que en algún rincón de esta zona de la tierra tengas a otra persona mejor preparada para ello.

—Créeme, la he buscado, llevo años buscándola, pero no la encuentro. He encontrado a otras personas, no voy a negártelo, pero el trabajo es duro, los conocimientos complicados y esto es un pueblo. Lo que sí debo decirte es que he ayudado a mucha gente a dar el salto a las grandes empresas. Yo les daba la primera oportunidad, les enseñaba todo lo que sé, les ayudaba y les daba sus primeros meses de trabajo con los que después ellos podían presentar su currículum en otras empresas lejos de estos pueblos. Yo les he dado la oportunidad de encontrar empleos en las ciudades. Y no quiero eso otra vez. Quiero a alguien que me dé la confianza y seguridad de que va a estar conmigo, que va a seguir conmigo, que no me va a dejar en cuanto conozca el negocio y aprenda todo lo que yo sé. He invertido mucho tiempo en formar a esas personas y ellas me lo han pagado dejándome solo de nuevo al frente de la empresa. Necesito a alguien que quiera echar raíces en estas tierras, que yo me asegure que va a seguir conmigo mucho tiempo y muchos años y que no me va a abandonar nada más conocer el negocio para ir a mostrar sus conocimientos a otros.

—Te entiendo, pero sigo dudando si soy la persona acertada.

—Piénsatelo, no hay prisa, Manu. Tendrás todas las facilidades necesarias para adaptarte a tu ritmo de vida. Sé que tienes una situación difícil, que tienes tres hijos y que ahora tu matrimonio no pasa por un buen momento. Por eso te ofrezco un horario flexible y adaptable a tus necesidades, sobre todo porque yo seguiré a tu lado durante algunos meses o incluso años y podrás tener esa facilidad. Eso sí, el sueldo también irá acorde a tu implicación. Cuanto más te impliques mayores beneficios para ti, aunque con la implicación base, ya te confirmo que podrás obtener lo suficiente para vivir tranquilo por esta zona. No quiero insistir más, piénsatelo todo el tiempo que necesites, no hay prisa, pero sí quiero una respuesta en cuanto la tengas. Gracias por tu tiempo, Manu. —Sin nada más que añadir, se levanta de la mesa ofreciéndome su mano, pide la cuenta para pagar y sale del bar.

Yo sigo digiriendo sus palabras, que van surgiendo en mi cabeza como si de un duendecillo

dando volteretas en mis oídos se tratara. «Empleo, raíces, sueldo, conocimientos, implicación, flexibilidad, matrimonio, tranquilidad…». Lo mire por donde lo mire todo son ventajas, pero no tengo ni idea de vinos. Bueno, sé reconocer cuando un vino me gusta y cuando no, pero, aparte de eso, no tengo ni idea de nada más.

Lo que sí entiendo es la razón por la que me ha hecho esta oferta, pero esa misma razón es la que me hace tambalear. Igual que el resto de las personas que ha contratado, yo no sé si es aquí donde quiero echar raíces. Que bueno, las raíces ya están echadas, solo que por ahora estamos sin una tierra donde quedarnos a vernos florecer. No sé si me explico, si Juan me hace el favor de darme empleo y explicarme el motivo, porque confía que no le dejaré tirado, no puedo aprovecharme de esta situación, lo que se resume en que empezaré a trabajar y me quedaré viviendo en este pueblucho hasta el fin de mis días. Y eso debo pensarlo mucho. Es un pensamiento que me ahoga y me atormenta desde que llegué, mejor dicho, desde que me lo propuso mi querida hermana. Que ella haya encontrado aquí la felicidad tan esperada, no significa que yo también lo vaya a hacer. Debo reflexionar y meditar bien la decisión, porque implica no volver a la gran ciudad hasta mi jubilación, y para eso todavía faltan muchos años.

Me quedo allí sentado delante de mi café helado que ya no quiero tomar, aunque pronto algo me devuelve a la realidad. Un golpe seco en mi nuca hace que toda la mesa se tambalee y el café se vierta en el plato. Al girarme con ganas de pegar al propietario de tal *zasca* que me ha propinado, este se adelanta y me espeta con un discurso perfectamente preparado.

—¿Qué es eso de que te lo tienes que pensar? ¿Qué tienes que pensar? ¿Qué? Te han hecho la mejor oferta de trabajo que vas a poder encontrar por aquí, una de las mejores personas que vas a poder tener como jefe, y tu respuesta es… «Me lo tengo que pensar». De verdad, Manuel, no te entiendo y prefiero no saber el porqué de esa contestación. Solo espero que esa respuesta sea la correcta y que, aunque deseches esta oportunidad, sea porque tienes otra delante de ti mucho mejor.

—Abuela, vaya golpe, qué bruta eres. Por poco no te doy un puñetazo. ¡Cómo pica! —Lo digo mientras me rasco la nuca y miro cómo se recoloca el arma con la que me ha arreado tal torta. Ese bolso negro que ya me presentó hace algunos días.

—No seas quejica, Dani nunca se quejó tanto y a él sí que le di con fuerza. —Pobre Dani, no quiero ni pensar cómo se conocieron ni los *zascas* que pudo llegar a recibir. Una sonrisa se escapa de mis labios.

—Abuela, has sido tú la que ha propiciado esta oferta de trabajo, ¿verdad?

—No te equivoques, Manuel, yo puedo parecer muchas cosas, yo puedo mover muchos hilos, pero estos los has creado tú solito. Día a día te has ganado el cariño y la confianza de las personas de la asociación, de todas y cada una de ellas, y en esta vida todo te es devuelto. Si haces el bien te lo devolverán con buenas acciones, a lo largo de la vida, no quiero decir que sea instantáneo, pero eso se devuelve, igual que si te dedicas a hacer el mal. Eso también es devuelto. Por eso yo sabía que la oportunidad te llegaría, que cuando las personas te conocieran y vieran de todo lo que eres capaz, que eso te sería recompensado. Y aquí tienes tu recompensa. Y tú vas y la desperdicias. Yo no sabía nada hasta esta mañana que Gustavo, muy feliz, me lo ha explicado, pero no me esperaba que mi nieto fuera tan cabezota. Esta es una oportunidad única, de ti depende si la coges o no, porque puede que lleguen otras, pero mientras, ¿qué piensas hacer?

Capítulo 16
VIVIR EL MOMENTO



Vaya semanita. Después de la noche de chicas, mi teléfono no paraba de sonar, poco más y lo veo echando humo. La noche fue divertida y llena de anécdotas, así que ya están organizando otra cenita para que mi cuñada Clara pueda unirse a nosotras y disfrutar. Hoy vuelvo a casa con mis hijos. Recojo algunas cosas que necesitaré durante la semana y me despido de Eva.

Al llegar a casa, mis terremotos me asaltan como cualquier otro día que me ven al salir del colegio. Los dos primeros minutos me comen a besos y abrazos, sin embargo, pronto se entretienen con algunos juguetes desperdigados por la casa y vuelven a la normalidad, como si todo fuera como antes. Me sorprendo de su facilidad de adaptación, no paran de darme lecciones de cómo asimilar nuestra nueva vida.

La mirada de Manu me devuelve a la realidad y no sabría descifrar esa mirada penetrante que me dedica, tan pronto parece que me produce calidez y confianza como todo lo contrario. Ahora mismo me siento arropada, que este es mi lugar, que esta es nuestra vida conjunta, la que un día nos prometimos, pero que nos hemos encargado de romper en pedazos. Esos pedacitos cuya mirada poco a poco parece recomponer.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunto para romper la carga magnética que se ha formado entre nosotros.

—Bien, no es fácil, pero me las he apañado.

—Lo sé, sé que no es fácil, pero también sé que eres un buen padre y que sabes salir adelante.

—Violeta, me gustaría quedarme a cenar con vosotros. Tengo algo que contarte, bueno, más bien algo que preguntarte.

—Sí, mamá, sí, todos juntos otra vez. —Leo se pone a festejarlo antes de mi respuesta y las niñas lo siguen corriendo por toda la casa. La alegría es evidente, sin embargo, yo no sé si es lo más correcto, la última vez acabamos...

—No sé si es buena idea. Los niños se confundirían.

—No es nada raro, somos personas civilizadas con unos hijos en común, simplemente vamos a cenar, nada más. Le damos la cena a las niñas y después cenamos con Leo. Quiero explicarte una cosa. —Dudo por un instante, pero no puedo negarme a la felicidad que mis hijos sienten.

Aunque también estoy intrigada por lo que Manu quiere decirme, así que suelto el equipaje y asiento a su ofrecimiento—. Genial, vamos a preparar la cena.

Y ese genial me suena a algo más. Descubro mis sentimientos escondidos durante meses, mis sensaciones reviven y estoy segura de que lo he echado de menos, de que mi cariño y mi amor por él siguen vivos y que en estos momentos me gustaría que nada de lo que ha sucedido hubiera pasado, que nuestro mundo volviera a ser uno y que volviéramos a ser pareja, a ser la familia que éramos, que todo lo que siempre soñamos volviera a nosotros. Y mis esperanzas están puestas en eso que quiere decirme, eso que tiene tantas ganas de contarme, ¿será que se ha dado cuenta de que me quiere? ¿Me dirá que esto ha sido un error? Creo que estoy desvariando y no sé si ha sido buena idea esta cena familiar improvisada.

Mientras les damos la cena a las pequeñas, Manu me explica algunas cosas que ha estado haciendo en la asociación de su abuela. Parece que se está ilusionando con algo y eso me gusta. Desde que llegamos aquí no le había visto sonreír y estaba más apagado que antes. Es lo que tienen las ilusiones en los proyectos, que poco a poco vuelven a hacerte sentir vivo. Sé que su mundo empezó a tambalearse cuando su querido amigo y jefe lo despidió y además se aseguró de que no encontrara otro trabajo en la ciudad. En ese momento se sumió en una tristeza profunda de la que solo con Leo era capaz de salir por unos minutos. Al nacer las gemelas, la rutina y el estrés nos engulleron de tal forma que perdimos nuestra esencia de pareja y los problemas iban en aumento en una ciudad donde nada nos favorecía. Estábamos solos, sin trabajo los dos y consumiendo los ahorros que no durarían mucho con tres niños. Por lo que no vimos otra salida que venir a este sitio en el que ahora estamos. Pero si en Ámsterdam, Manu no era feliz, aquí su luz se ha apagado del todo. Diría que está sumido en la más profunda oscuridad, sus ojos están apagados y su humor ha desaparecido. Por lo que al escucharlo hablar de la asociación con esas muestras de alegría y saber que ocupa su tiempo en alguna cosa que le hace bien, me conmueve, me produce cierta tranquilidad, aunque sé que en su camino hacia la felicidad todavía hay mucho que recorrer.

Por fin acostamos a las pequeñas y durante la cena nos centramos en Leo, que está más feliz que cualquier otro día. No para de hablar, contarnos y explicarnos sus intereses, sus dibujos preferidos y nos sorprende hablando de sus amigos de la escuela. No podemos dejar de sentirnos felices por esa energía que nos transmite, así que le escuchamos poniendo toda nuestra atención y dejando a un lado ese asunto que Manu quería explicarme.

Ahora sí, ya hemos recogido la cocina y acostado también a Leo. Por lo que podemos sentarnos y hablar con tranquilidad. No puedo negar que mi cabeza ha estado dándole vueltas todo el tiempo a ese tema del que tanto interés tiene en explicarme. Hasta creo que me he hecho ilusiones, no sé qué le contestaría si me dijera que quiere volver a estar junto a mí, que me quiere, que no soporta que me vaya de nuevo… estoy desvariando, lo sé, pero es que creo que es lo que más deseo ahora mismo. Lo observo mientras limpia los platos y yo los seco. Está en silencio y más apagado que de costumbre, pero sigue siendo atractivo y no paro de recordar la última noche que pasamos juntos. Fue aquí, en esta misma cocina, ¿estará pensando en repetir? Me encantaría, mi cuerpo se estremece solo de volver a pensar en ello y de imaginarme ahora mismo en esa tesitura. Y es que hace ya días que no me he dedicado nada de tiempo, que no he estado atenta a lo que mi cuerpo deseaba. Pero ahora mismo, lo que más quiero es que me diga que él también me desea, que nos fundamos en uno y volvamos a ser lo que éramos. Sus palabras logran sacarme de mis pensamientos, y menos mal, porque en pocos segundos mi cabeza y mi cuerpo están deseosos de él.

—Quería hablar contigo sobre una cosa que me pasó el jueves y que llevo cuatro días

dándole vueltas sin saber qué hacer porque no veo mi futuro claro.

Sí, Manu, yo tampoco veo mi futuro claro sin ti, así que sí, quiero volver junto a ti, quiero estar contigo. Sin darme cuenta mi cara se ilumina y mi sonrisa se hace visible. Dejo el plato que estoy secando y suelto el trapo, dispuesta a que vea que quiero estar con él.

—Ya veo que mi abuela te lo ha explicado, que ya sabes de qué va esto.

¿Que tu abuela me ha explicado que quieres estar conmigo y hacerme el amor en este mismo momento? Creo que no estamos pensando en lo mismo. Así que vuelvo a coger el plato y el trapo y borro la sonrisa picarona que tenía en mi cara. Mis ganas de sexo costarán más de hacerlas desaparecer, pero de eso ya me ocuparé yo sola más tarde. «Ahora atenta, escucha bien y no te hagas ilusiones, Violeta», mi mente me hace volver a la realidad.

—¿Pasa algo, Violeta? De pronto estás más seria.

—No, no pasa nada, dime.

—Como te iba diciendo, quería comentarte que el jueves me hicieron una oferta de empleo en unas bodegas que hay en el pueblo.

—Eso es genial, Manu. —No tan genial como la idea que tenía en mi cabeza de lo que quería hacer, pero sé que es una buena noticia—. Pero… ¿tú sabes algo de vinos?

—No, esa es una de las pegas que le veo, aunque me han asegurado que puedo aprender y creo que esa pega es la menos grave. —Pausa su explicación mientras toma asiento en la mesa de la cocina.

—¿Y cuáles son las otras pegas? —pregunto para quitar de mi mente nuestra última escena vivida en esa mesa que vuelve a mi cabeza.

—Pues entre otras lagunas que le veo a la oferta, la primera es que el hombre que regenta las bodegas busca a una persona que se ocupe de ellas durante mucho tiempo, no quiere a alguien que esté aquí por unos meses o años y después se vaya.

—Perdóname, Manu, pero no entiendo tu preocupación por eso. O… ¿tienes intención de irte a otro sitio tú solito? —Y en mi cabeza empiezo a ver cómo Manu se va a vivir a una gran ciudad, se casa con otra mujer, tiene hijos y solo viene a ver a nuestros hijos un fin de semana al mes porque está muy ocupado con su trabajo, su otra familia y no tiene tiempo. Vale, me he hecho una película, soy muy peliculera últimamente. Es que necesito… necesito cariño, solo un poquito…

—Bueno, no sé, no me veo viviendo aquí muchos años. Ya sabes, me cuesta estar rodeado de tanta paz y tranquilidad, me gusta la rutina y el estrés diario de la ciudad, las personas, el ruido… Aquí me ahogo, me aburro, no es que no esté bien, que sí, pero solo durante un tiempo, no sé, tres, cuatro o cinco años, como mucho. Después podríamos irnos a otro sitio, nuestros hijos serían mayores y no necesitaríamos tanto la ayuda de mis padres. Podemos esperar un poco y después mudarnos a una ciudad con algo más de vida.

—¿Tú crees que podemos estar yendo de un sitio a otro con nuestros hijos? ¿Que ahora les vamos a hacer adaptarse a una vida y de aquí a tres o cuatro años tendrán que volver a empezar? ¿Es necesario? Además, a mí me está gustando esto. Llevamos muy poquito viviendo aquí, pero estoy tranquila y cómoda, estoy haciendo amistades y tengo tiempo para mí, y no solo porque hay una semana en la que no estoy con mis hijos, sino porque aquí el tiempo me pasa más lento, lo disfruto, no voy todo el día corriendo, puedo caminar y relajarme, puedo hablar, mirar el paisaje, los senderos, pasear, estar en el parque tranquila… no veo la necesidad de cambiar.

—Pues yo no estoy bien, me paso el día haciendo lo que los demás quieren, voy con mi abuela a la asociación, que no es que me disguste, pero preferiría estar en un buen trabajo con un equipo a mi cargo que no montando muebles de forma altruista. Que no me sabe mal por un

tiempo, pero no estoy hecho para vivir así, además de que económicamente es imposible.

—Ahí tienes la respuesta. Necesitas trabajar y esto parece una buena oferta, ¿por qué no te lo planteas?

—Porque solo de pensar que voy a entrar a trabajar ahí para el resto de mi vida, que voy a estar dedicado a un trabajo del que no entiendo nada y voy a pasar el resto de mis años en este pueblucho… me agobio, me ahogo, me entra la necesidad de gritar y de salir huyendo.

—Manu —pongo mis manos encima de las suyas para intentar tranquilizarlo—, no sabemos lo que nos deparará el futuro. Nadie sabe qué pasará mañana, ni la semana que viene. Podemos hacer planes, podemos imaginarnos dónde estaremos de aquí a un año, pero nadie sabe lo que pasará en realidad. Pero ahora mismo sabemos que no tienes más opciones y que esta es una buena, que se adapta a ti, a nosotros y que podrías intentarlo. Si no resulta, ya veremos dónde nos lleva el futuro, pero no pienses en que vas a defraudar a ese hombre o a nosotros, lo único que debes pensar es en no defraudarte a ti mismo, porque eso sí que sería un gran fracaso. Piénsalo, pero piensa en hoy, en este momento, no en lo que pase de aquí a una semana o en dos años, porque nadie lo puede saber. Y, ahora mismo, pocas opciones tenemos, tanto tú como yo. Estamos como estamos y hay poco donde escoger. No digo que sea una opción para toda tu vida, en cambio, podría ser una opción para unos cuantos años. Y si no funciona, si no te gusta, si no consigues aprender, que lo dudo, volvemos a hablarlo.

—Gracias, car…, Violeta. Muchas gracias. Acabaré de pensarlo y le daré una respuesta a Juan. Pero me has ayudado mucho, de verdad. Mejor me voy ya, que mañana tienes que ir a trabajar y a mí me despertarán temprano para ir a la asociación. —Vaya, ¿ha sido un «cariño»? ¿Me ha llamado «cariño»?

—Eh… Sí, vete ya. Buenas noches, Manu. Qué descanses. —Me acerco lentamente y le doy un beso en la mejilla mientras me deleito con su aroma. Creo que es lo único que tendré esta noche.

—Buenas noches.

Ha sido una despedida con sabor amargo, de esas en las que querrías decir y expresar tantas palabras que no sale ninguna por la garganta. Así que no me queda otra que ver como coge sus cosas y cierra la puerta.

Capítulo 17
NO ENTIENDO NADA



Una sensación extraña recorre mi cuerpo en el mismo momento en el que cierro la puerta. Se ha acabado, mi momento feliz se ha evaporado, ella se queda en nuestro hogar con los niños y yo me dirijo a casa de mi abuela a pasar una semana fuera de mi hogar. Hubiera preferido que me dijera que me quedara, que se sentara a mi lado en el sofá y que compartiéramos una película abrazados como antes, que durante toda la semana estuviera aquí, a mi lado y que nada de lo que decidimos hace algún tiempo se hubiera hecho realidad. Empiezo a extrañar nuestra convivencia, nuestra magia, a ella. Sé que no éramos felices, que juntos todo era negativo, nuestras miradas no eran precisamente de amor, nuestras palabras no profesaban cariño y nuestros cuerpos no sentían ni el más mínimo atisbo de amarnos, aun así, la extraño, la echo de menos, le habría expresado mis sentimientos, aun sabiendo que no son correspondidos. Pero no hay vuelta atrás, por lo que voy a pensar en sus sabias palabras y a decidir si acepto o rechazo la oferta de trabajo de Juan.

Los días pasan siguiendo la rutina que hemos establecido con los niños y nuestros quehaceres. Cada día cuando dejo a los niños en casa y me marcho, es una despedida amarga, y no hablo por lo que concierne a mis hijos, es más bien el sabor que siente mi corazón cuando la veo quedarse en casa y yo debo cerrar esa puerta. Esto va a ser más difícil que las primeras semanas, más complicado que en nuestros planes.

El viernes por la mañana, al llegar a la asociación, mi abuela decide que ya va siendo hora de entrometerse en mis asuntos, así que me invita a desayunar con una clara intención.

—Hace más de una semana que espero, ¿dime que no he tenido paciencia? —Asiento con la cabeza porque sé que si por ella fuera me hubiera obligado a decidirme al día siguiente—. Pero como en todo, hay un límite y creo que ya lo has sobrepasado. No voy a obligarte a escoger ni a decidir nada, solo quiero que sepas que me gustaría que fueras feliz, que esta cara que llevas últimamente de manzanas podridas cambie. Para ello no creo que necesites este trabajo, ni ningún otro, lo que necesitas es otra cosa que ya abordaremos en otro momento, no te creas que me he olvidado. —Miedo me da el día que suelte por esa boquita lo que cree que necesito—. Pero mientras encuentras lo que buscas, sé feliz con lo que tienes, no puedes pasarte la vida buscando algo que ni siquiera sabes que buscas, porque no lo encontrarás o cuando lo encuentres ya se habrá pasado la vida. ¿De verdad quieres eso? Yo no quiero eso para ti. Eres mi nieto, una

de las personas que más quiero, adoro y admiro, aunque todo hay que decirlo, ahora mismo mi admiración hacia ti está por los suelos. —Hace una pausa mientras baja la vista a la taza de café y yo alucino con su sinceridad—. Pero volviendo al tema, quiero que vuelvas a sonreír, a ser feliz en la vida como lo eras hasta hace algún tiempo y para eso tienes que pensar y saber bien qué es lo que quieres. Si ya sabes qué buscas, ve a por ello, muévete, haz lo necesario para poder encontrarlo, pero si, por el contrario, estás perdido y no sabes qué buscar, ni dónde, piensa en todo lo que tienes, que es mucho, y sé feliz con ello. El resto llegará solo, siempre y cuando tu felicidad sea sincera y verdadera.

—Sé que tienes razón, abuela, que debo tomar una decisión, pero, aunque no te lo creas, no es una decisión fácil y esa respuesta conlleva un estilo de vida para el que no estoy preparado. Esta paz que se respira por aquí debería gustarme, lo sé, pero no es así, me ahoga, no me deja respirar.

—Manu, la vida es demasiado corta para perder el tiempo. Ya te lo he dicho muchas veces. Y tú ahora mismo lo estás perdiendo. Estás en una carrera sin final. Debes marcarte unos objetivos, unos cuantos, pequeños, no muy grandes e ir trabajando hacia ellos para llegar a alcanzarlos algún día. El primero podría ser empezar a trabajar, por ejemplo. El segundo reconquistar tu matrimonio… —Pero esta mujer no se entera—. Y así, paso a paso, volver a tener ilusión y ganas de vivir, de amar, de sonreír y de ser feliz. Seguir anclado en el pasado, en lo que pudo ser y no fue, o en el futuro, en lo que quieres que sea y hoy por hoy no puede ser, jamás te hará feliz. Vive aquí y ahora, vive la vida y disfruta hoy, en este momento, en este preciso instante. No malgastes ni un solo minuto porque eso sería perder el tiempo. Y lo más importante, recuerda quién eres. ¿Lo sabes? ¿Te conoces lo suficiente? Empieza por ti para poder conseguir tus metas. Y te lo vuelvo a decir, paso a paso, pequeños objetivos a tu alcance que te hagan ver la meta de tu felicidad más cerca.

—Sé que tienes razón, abuelita. Gracias por tus consejos y acabaré de pensarlo este fin de semana. El lunes intentaré tener una respuesta.

—Qué paciencia la mía. Si vieras las cosas con mis ojos, con mi experiencia, con mi paso por la vida, no tendrías tantas dudas. Pero créeme cuando te digo que lo entiendo, que esta vida es un aprendizaje para cada persona y tú todavía tienes mucho que aprender. Así que más que por mí o por Juan, hazlo por ti. Decídete por ti mismo sin pensar en nada ni en nadie más. Y cuanto antes te decidas, tanto si es para aceptar la oferta como para rechazarla, antes te sentirás mejor. Porque la indecisión pesa, aunque no la veas, y gasta tus energías, unas energías que deberías emplear en otros asuntos. Así que, por tu bien, acaba de decidirte lo antes posible. —Se levanta del asiento y antes de dejarme con un buen sabor de boca, cambia su semblante a uno mucho más serio y con una mano en mi hombro, pronuncia la última frase—. Mi paciencia también tiene un límite, Manuel.

Ahora sí que no entiendo nada. Con las palabras tan bonitas que me estaba dedicando mi abuelita, bueno, algunas no tan bonitas, y al final me suelta una amenaza. Y encima me hace pagar el desayuno cuando me ha dicho que me invitaba ella. Que estoy sin trabajo… Será posible. Bueno, a decir verdad, estoy sin trabajo porque quiero, porque no me decido… y sigo sin hacerlo. Estoy hecho un lío y de los grandes. Pero sigo alucinando con mi abuela. Tiene palabras muy sabias para todo, aunque también tiene las ideas muy arraigadas y no sé cómo lo hace, pero me ha revuelto la cabeza con solo una conversación de diez minutos.

Lo primero que siento que debo hacer es decidir si cojo o no ese empleo. Entre la conversación del domingo con Violeta y la de hoy con mi abuela, cada vez tengo más claro que debo probar esa oferta y aprovechar la oportunidad. Y, por otro lado, está ella, Violeta. Violeta

sin hijos y sin nada más que ella. Debo aclarar mis sentimientos hacia ella. Pero empezaremos por lo fácil, creo: Mi nuevo trabajo.

Nada más llegar a casa, decido hablar con mis padres que últimamente me rehúyen mucho. Decido invitarles a cenar para comentarles que el lunes aceptaré el trabajo y que me gustaría contar un poquito más con su ayuda, si puede ser. Decido ampliar la invitación a mi hermana Clara y a mi cuñado Dani y mi abuela se suma sin más.

—Por lo visto, hoy cenamos fuera. Suerte que tu madre me lo ha comentado, porque yo ya estaba pelando las patatas para empezar a cocinar.

—Sí, abuela, se me había olvidado, hoy cenamos fuera.

—Se te olvidan muchas cosas últimamente a ti. Tomar decisiones de trabajo, de pareja, avisar de las cenas en familia, mantener la llama encendida, hacer la cama y alguna que otra cosilla más de la que ya hablaremos. —Así, sin más, sale de casa dejándome con la palabra en la boca porque no sé qué significan la mitad de las cosas que ha querido decir.

«Mantener la llama encendida». Me cuesta creer que ella tenga esa información. «Hacer la cama». Vaaaale, hoy la he hecho, y ayer también. Pero es cierto, se me olvidaba, hasta que ayer, después de muchas veces de explicarme la importancia de hacer la cama, que yo todavía no se la veo, me arreó con el bolso tan fuerte que tuve que hacerla rápido porque perdíamos el autobús. Pero ahí tiene razón la mujer. «Tomar decisiones de trabajo». A eso voy ahora mismo. «Tomar decisiones de pareja». Ahí también tiene razón, eso sí que está por decidir. Y el resto de las cosillas, supongo que acabará por explicármelas. A estas alturas la conozco bien y sé que no tiene pelos en la lengua en cuanto a hacer comentarios hacia mí que digamos.

—¡*Empanaooooooo*!

—*Aiiiiiiiiiixxxxx*, ¡abuela! —Otra vez con el bolso, será posible.

Sin darme cuenta, mi abuela ha vuelto en mi búsqueda y al verme pensativo me vuelve a arrear. Esta vez algo más flojo, supongo que la última se pasó bastante y habrá decidido darme una tregua. Porque lo de la zapatilla ya es muy antiguo para ella, que está hecha una moderna, y ahora se lleva más lo del bolso. Eso me dijo ayer por la mañana cuando quise irme de casa con la cama por hacer.

Mientras cenamos, les explico a todos que aceptaré el empleo y que empezaré a trabajar tan pronto como Juan esté dispuesto a iniciar con los aprendizajes. Tendré que esforzarme al máximo, ya que no domino nada sobre este tema, pero será un reto para mí.

La cena pasa entre risas, pullas entre mi hermana y yo, pullas de mi abuela hacia mi reciente divorcio y muchas, muchas anécdotas de cuando éramos pequeños y de cómo se parecen nuestros hijos a nosotros. Tanto Àlex, el hijo de Clara y Dani, como mis hijos a mí. Me parece increíble que esté disfrutando tanto de este momento, de esta cena. Hace ya algunas semanas que fue nuestro último encuentro familiar y ese fue el día en el que todo detonó. Pero ahora mismo siento que esto es lo que quiero, que esto es lo que hay que vivir y disfrutar siempre que se pueda. Y siento que me faltan ellos, que estoy disfrutando de la cena con los míos, pero me falta mi familia. Recuerdo las palabras de mi abuela, esas que me explican que tengo que decidirme con Violeta. Porque el destino ha querido traernos aquí, estar todos reunidos de nuevo, pero me faltan ellos, sin ellos no quiero seguir. Así que debo tener una conversación con ella cuanto antes.

Llega el domingo y voy decidido a retomar nuestro matrimonio, nuestra rutina, nuestra familia. Pero al llegar al parque observo a Violeta que está hablando con un hombre. Ella no para de reírse y él no deja de hacerla reír. Al acercarme y saludarles, Violeta parece violenta con la situación y se despide de él sin tan siquiera presentármelo. Su nerviosismo me desconcierta, me

hace dudar de todas las cosas que quería decirle, que estaba decidido a expresarle y enseguida llama a los niños y se dirige con ellos a casa. Al entrar, se despide rápido de ellos y a mí empieza a recorrerme una rabia por todo el cuerpo.

—La cena está preparada. ¿Todavía no te has decidido con el trabajo? —Su tono es seco y muy distante.

—Sí, ya lo he hecho. Si no tienes nada más que llevarte, ya puedes estar tranquila y salir por la puerta.

—De acuerdo. Adiós, mis niños. ¡Buenas noches!

Sin más, sale de casa dando un portazo más fuerte de lo que debería. Seguro que ahora se va con él, que han quedado y tenía ganas de volver a sus brazos. No sé por qué me siento de esta forma, solo he visto lo nerviosa que se ponía ella cuando yo he llegado y lo rápido que se ha despedido. Y la rabia me ha recorrido todo el cuerpo. Espero que sean muy felices.

Capítulo 18
¡NO ES POSIBLE!



Después de la dura despedida del domingo con Manu, dura para mí, porque él no dudó de echarme de casa ni un segundo, la semana ha ido transcurriendo normal. Por la mañana trabajando, después un ratito de descanso hasta ir a recoger a los niños, un ratito de parque con ellos y después tranquilidad absoluta para mí. Las conversaciones con Eva y los momentos a solas con ella no tienen precio. Hemos estado hablando de nuestra vida pasada y de nuestros momentos de tranquilidad, hemos hecho sesiones de spa y belleza en casa y hemos dedicado algunas cenas a alguna copa de vino de más. Nuestro tiempo es oro. Este fin de semana, aprovechando que ninguna de las dos tenemos a nuestros hijos, decidimos salir a cenar y a bailar.

Eva es una auténtica experta en restaurantes y pubs de los pueblos cercanos y tiene muchas ganas de compartir sus anécdotas conmigo. Así que decidimos ir a cenar a uno donde ella ha tenido algún que otro lío con el camarero de turno. Nuestra cena se sucede entre conversaciones, risas y miradas de complicidad entre ellos dos en la lejanía.

—Prepárate que esta noche vamos a pasarlo bien —me dice Eva al volver de los servicios—. He hablado con mi chico y vamos a tomar algo con un amigo que tiene ganas de conocerte.

—¿Qué? Pero ¿cómo sabe de mí? ¿Me ha visto? Yo paso de citas, Eva, prefiero dejaros solos e irme a casa a descansar.

—No seas aburrida, solo vamos a bailar y a reír un poco. Bueno, yo posiblemente me lo pase mejor que tú, pero tú puedes pasar un rato divertido sin ningún tipo de compromiso. Además, ese chico ya te ha visto y dice que le gusta lo que ve.

—¿Quién es?

—Es el chico que hay en la barra, el que nos ha dicho qué mesa era la nuestra. Viene algunos días a echarle una mano a Iván, mi chico. —Mi mirada se dirige hacia él que ya tiene una sonrisa pícara dibujada en su cara. Y vaya cuerpo, es de los que te cortan la respiración, pero no es mi tipo.

—No sé, Eva, no me convence la idea de quedar con alguien.

—Tómatelo como un reto. El chico está buenísimo, no puedes negarlo.

—Sí, eso es cierto.

—Pues si consigue conquistarte, habrás superado a Manu, de lo contrario, deberías

replantearte darle una segunda oportunidad a tu ex. Ese del que no paras de hablar ni un solo día, ese al que no dejas de halagar con tus palabras y tus cumplidos, ese que según tú es el mejor tío del mundo y el mejor padre, de paso. Creo que no te has separado de tu marido, Violeta, que nunca has dejado de estar enamorada de él. Si no, ¿por qué no habéis firmado los papeles del divorcio? Si quieres sigo dándote mi opinión, pero debes estar preparada, podría dolerte, la verdad suele doler.

—Pero si ya me la estás dando sin que yo te la haya pedido… No creo que me guste lo que voy a escuchar, pero desembucha, no te lo guardes, que lo que no se dice se enquista y después da problemas.

—Tú lo has querido. —Da un buen sorbo a su copa de vino y vuelve al ataque—. Tú y tu marido llevabais mucho tiempo pasando un mal momento, una época en la que todo se tornó de color negro, solos en un país extranjero, sin trabajo, sin ayuda y con tres niños, los cinco encerrados todo el día en casa sin nada más que hacer y tomasteis la decisión de salir de ese hoyo, aunque a mi parecer, demasiado tarde. Vinisteis con ganas de cambios, con ganas de una nueva vida, pero sin intenciones de probar suerte desde cero. Así que lo fácil fue seguir con vuestros planes y empezar por separado un nuevo camino. Pero veo cómo hablas de él, escucho cómo lo añoras y quisieras estar junto a él, volver a tu lugar, a tu familia.

—No, no es así. —La interrumpo—. Estamos muy seguros los dos de esta decisión. No hemos firmado los papeles porque por ahora no los necesitamos, pero los firmaremos. —No quiero seguir escuchándola—. Por favor, ¿podemos irnos ya?

—Sí, tranquila, lo siento si te ha molestado, no volveré a hablar del tema.

—No, no es eso, es que ya llevamos mucho tiempo aquí sentadas sin hacer nada. Tengo ganas de mover el cuerpo. —De pronto la incomodidad crece dentro de mí, y no sé si es porque Eva opina sin saber la verdad de nuestros asuntos, o porque tan solo con unas semanas que hace que me conoce, ha sido capaz de dar en el clavo de mis sentimientos sin que yo haya sido consciente de ello.

Pagamos la cuenta y salimos del restaurante evitando cruzar la mirada con mi nuevo admirador. El aire fresco de la calle me ayuda a coger aliento y calmar mi respiración. Sé que Eva ha notado mi incomodidad y se dedica a seguirme para no dar ningún paso en falso de más. Eva enciende un cigarro y sin pensarlo se lo quito de las manos para quedármelo. Yo, que no he fumado en mi vida, absorbo la primera calada y de golpe siento que me ahogo, mis pulmones se llenan de un humo insalubre que no me permite respirar y de golpe creo que me muero, empiezo a toser y toser sin parar y le pido a Eva, con gestos, que me dé golpes en la espalda. Eva, nerviosa, empieza a gritar y darme tortas hasta que consigo recobrar el aliento y la respiración de nuevo. Así que lo vuelvo a intentar y vuelvo a ahogarme, aunque esta vez con más calma y con Eva a mi lado partiéndose de risa, mientras yo lucho por volver a respirar con tranquilidad. A la tercera vez que lo intento, Eva me coge el cigarro y lo tira al suelo pisándolo con tanta fuerza que creo que va a hacer un boquete en la acera.

—Ya lo has probado bastante por hoy, que no quiero acabar la noche en el hospital.

—Tienes razón. Mañana un poquito más.

—Mañana ya veremos si te dejo probarlo otra vez o dejo de fumar hasta yo. No había visto nunca a alguien a quien le costara tanto dar su primera calada.

—¿Vamos a bailar?

Eva asiente y nos dirigimos a uno de los pubs de nuestro pueblo, uno al que después no tengamos que coger el coche para volver a casa. Ella va decidida hacia la entrada, supongo que, porque ha quedado allí con los camareros, y yo me voy debatiendo entre si tendrá razón con sus

palabras o, por el contrario, estoy segura de la decisión que Manu y yo hemos tomado. Me gustaría consultar mi bola de cristal y ver en qué punto estamos, si debemos seguir nuestros caminos por separado o si en realidad debemos estar juntos. No tengo claros mis sentimientos, aunque sí los suyos. Estoy convencida de que esto es lo que quiere y no piensa en mí de ninguna otra forma. Así que más vale pasar página y cuanto antes. Total, dicen que un clavo saca otro clavo, ¿no? Y ese camarero está bueno de verdad, habrá que empezar a salir, a ver y conocer otras personas, aunque no sepa por dónde empezar, pero todo en esta vida se aprende y para todo hay una primera, segunda y hasta tercera vez.

Cuando entramos al pub yo ya estoy decidida a conocer un poquito más a ese hombre que no paraba de mirar hacia nuestra mesa con sonrisa picarona. Eva se pone a bailar cerca de la barra y me dice que todavía tardarán un poquito más en llegar, que tienen que cerrar el restaurante, así que, mientras, nos tomamos unas copas y empezamos a desinhibirnos poco a poco. Las canciones que suenan son bastante conocidas y la música acaricia mis oídos haciendo que pierda el sentido y baile sin parar.

Llevamos ya alguna que otra copa de más cuando noto una presencia cerca de mí y unas manos que me acompañan y me animan a bailar. Reconozco al camarero del restaurante y observo que Eva ya está demasiado cerca de su amigo. Me animo a bailar con Saúl, pues así me ha dicho que se llama entre baile y baile, y sin darme cuenta me vienen a la cabeza imágenes de mi baile con aquel baboso de la cena de las chicas. Siento su cuerpo demasiado cerca y empiezo a estar algo incómoda. Sus movimientos se pegan cada vez más a mi cuerpo y de forma más sensual, y sus manos están cada vez más cerca de mi trasero. Parece un pulpo intentando que su presa no pueda separarse de él. Mi agobio crece por momentos y recuerdo el movimiento de rodilla del otro día, aunque esta vez voy a ser más valiente y sincera con él.

—Lo siento, pero necesito más espacio.

—Sí, nena, el espacio que necesites. —Su aliento y su apariencia ya no me resultan tan sensuales como en el restaurante. Ni siquiera las copas que llevo de más me ayudan a encontrarlo atractivo. Sus palabras resuenan en mi cabeza. «Nena». No me gusta esa palabra pronunciada en su boca. Solo habría una persona a la que podría permitírselo. Manu, Manu vuelve a mis pensamientos y sin disimulo me alejo de Saúl.

—Lo siento, pero necesito espacio y tiempo. No estoy cómoda.

—Sígueme, conozco un sitio donde estaremos mucho más cómodos los dos.

—No, necesito pensar en todo esto. Hace poco que he dejado una relación y ahora mismo no tengo ganas de conocer a nadie.

—¿Quién necesita conocernos? —Una sonrisa pícara y demasiado alegre se dibuja en su cara —. Yo no necesito conocerte, simplemente me gusta lo que veo, y mucho. —Sus ojos se deslizan por mi cuerpo de forma sugerente y yo me siento incómoda, por un segundo me siento desnuda delante de él y quiero desaparecer. Huir de su lado y volver al lado de Manu. A mi lugar seguro, el sitio en el que quiero estar, junto a mi familia.

Me armo de valor y me despido de todos para volver a la casa en la que estoy viviendo con Eva. Su casa, no la mía. Busco a Eva y no la encuentro, pero sí veo a su amigo en la puerta del lavabo.

—¿Dónde está Eva? —le pregunto.

—Está dentro, saldrá enseguida. ¿Te lo estás pasando bien con Saúl?

—La verdad es que no. ¿Le puedes decir a Eva que me voy a casa?

—Sí, como quieras.

—De acuerdo, gracias. ¡Adiós!

Sin esperar a nadie, salgo del pub y me dirijo al piso que comparto con Eva. A los pocos metros, unos pasos detrás de mí me alertan y hacen que me apresure, que vaya más rápido de lo que es habitual. Al girarme, no veo con claridad, en la calle hay una luz tenue que no da buena visión. Distingo una sombra enorme, algo más ancha, que anda con torpeza, pero cada vez más rápido. Quiere cogerme. Vuelvo a girarme para retomar mi camino y escucho que sus pasos también se aceleran. Nerviosa, empiezo a buscar en mi bolso las llaves de casa sintiendo que siguen persiguiéndome y que cada vez están más cerca.

—No vayas tan deprisa, espera, quiero ir contigo. No corras que sé dónde vives… Tendrás que abrirme la puerta, aunque no quieras. —Una voz ronca y amenazante me persigue—. ¡Tienes que abrirme la puerta, yo no podré…! —grita más de lo normal y sus jadeos están cada vez más cerca.

Por primera vez me siento acorralada en este pueblo. No hay nadie por la calle con quien me pueda refugiar y pueda pedir auxilio. No encuentro a nadie, así que no me queda más que seguir corriendo y huyendo de quien sea que me persigue. Saúl se ha quedado desconcertado cuando le he dicho que me iba, pero enseguida se ha girado y se ha ido en busca de otra presa. Así que no sé quién viene detrás de mí. Mi miedo aumenta por momentos, mi ansiedad se hace cada vez mayor y lo único que se me ocurre es avisar a Manu por si puede ayudarme. Así que con las manos temblorosas rebusco mi móvil en el bolso y marco el nombre de Manu para pedir auxilio.

—¡Para ya de correr! Por favor, sé dónde te diriges y tendrás que abrirme la puerta porque…

Las siguientes palabras se difuminan con los tonos de llamada de mi móvil a Manu. No contesta, no coge la llamada y yo cada vez estoy más cansada y estoy bajando el ritmo de los pasos. Debo ir más deprisa o seré presa de este lobo que me sigue sin descanso.

—¡¿Quieres dejar de correr?! Todavía falta mucho para tu casa y llegaremos muy cansados a este ritmo.

Madre mía, sabe donde vivo. Siento miedo, estoy aterrada. ¡¿Qué intenciones tiene este individuo?! Llegar cansados, abrir la puerta, conoce mi casa. Manu sigue sin contestar, tres veces le he llamado y nada. Sigo corriendo todo lo rápido que puedo y que me dejan mis zapatos, estos que me están haciendo llagas en mis pies. ¡Pies, para qué os quiero! Estoy cerca, detrás de la esquina que diviso a lo lejos está mi casa. Mi casa, esa a la que quiero llegar antes que este individuo que me persigue y del cual desconozco totalmente su procedencia y sus intenciones. Necesito llegar, sentirme a salvo, cerrar la puerta y poner un armario detrás de ella. Eva, pienso por un instante en Eva y me sabe mal haberla dejado sola en aquel pub. Pero… estaba acompañada de Iván. Vuelvo a centrarme en mí y en mi acosador. Su voz suena cada vez más cercana, aunque con sus jadeos no entiendo demasiado lo que intenta decirme. Y Manu sigue sin contestar, sin coger el teléfono. Ya he perdido el número de llamadas que he hecho.

—¡Deja de huir! ¡Para ya de correr! Sé… sé dónde vives y… y deberás… deberás… abrir la puerta, no puedo ir a ningún otro sitio… no… no tengo donde ir….

Pues no está muy en forma el acosador que me sigue, puede que cuando llegue a mí no tenga ni fuerzas para lo que sea que quiere, aunque yo tampoco tendré demasiadas para defenderme, estoy agotada de la carrera y me duelen tanto los pies que me cuesta mantenerme recta.

—¡Estate quieta ya o…! —Ay, empieza a sentirse agotado y yo ya veo mi portería.

Al llegar, abro rápido sin mirar atrás y entro corriendo. En ese momento sus gritos se hacen más ensordecedores y desesperados, pero no me paro, cierro rápido la puerta y empiezo a subir por las escaleras hasta el tercero que es donde me alojo. Al llegar a mi piso, mientras abro la puerta, ya escucho como aporrea los cristales de la portería y pronuncia mi nombre, ha sido rápido el personaje, pero yo mucho más. Sabe mi nombre, ¿cómo puede haberse enterado? Mi

desconcierto crece por momentos y mi miedo también. Cierro la puerta y pican al timbre. Es cierto que sabía donde vivía. Sigo muerta de miedo, no voy a poder dormir así. Sabe donde vivo y, aunque nadie le abra la puerta a estas horas, me da miedo por si viene Eva y le hace algo. Así que, sin perder más tiempo, y mientras muevo el mueble del recibidor para ponerlo detrás de la puerta para impedir que pueda abrirla, marco el número de la policía local y mientras contestan, el timbre no deja de sonar. Me acerco a la ventana de la cocina y le escucho pronunciar mi nombre.

—Violeta, por favor, abre la puerta ya. No puedes dejarnos en la calle.

Madre mía, no es posible, ha dicho dejarnos en la calle. Hay más de uno. Pero qué quieren hacerme. Con disimulo, abro un poco la cortina de la ventana y me quedo en shock mientras la policía me contesta al otro lado del teléfono.

—Lo siento, no es nada.

—Señorita, ¿está usted bien o necesita ayuda? ¿Está en peligro o ha visto un accidente?

—No, ha sido un malentendido.

—Se siente presionada, haga una seña.

—No, todo está bien, lo siento.

Salgo corriendo hacia el interfono y abro la puerta de la portería. Inmediatamente después, retiro el mueble de detrás de la puerta y la abro esperando a que suba el ascensor. Entonces, la puerta del ascensor se abre y aparece el amigo de Eva llevando a esta a cuestas. Por eso jadeaba, por eso no podía llegar a mí. Por eso sabía donde vivía. Al mirarme, su odio se refleja en sus ojos.

—Podías haberme echado una mano y no haberte puesto a correr.

—Lo siento, no sabía que eras tú. Pensaba que… —Mejor no digo que pensaba que era un violador o un asesino. Ahora me siento un poco tonta por pensar eso y no escuchar o prestar más atención a ver quién venía tras de mí.

—Pero ¡¿tú sabes cómo me has hecho correr?!

—Pues haberte explicado.

—Si no he parado de gritarte que pararas, que no podía seguir tu ritmo con Eva en brazos, que me estaba ahogando, corriendo tanto detrás de ti.

—Vale, lo siento.

—¿Puedo dejar a Eva en su cama o no me vas a dejar pasar?

Con tanta disputa, no me he dado cuenta de que sigue ahí fuera, plantado en el rellano con Eva en brazos. Me retiro y le dejo pasar. Sabe muy bien donde está su habitación por lo que intuyo que no es la primera vez que viene.

Eva pide un cubo para vomitar y después se siente algo mejor. Le llevo una toalla mojada y le pide a su acompañante que se quede a cuidar de ella. Él accede sin dudar, así que les dejo en la habitación y con la adrenalina a tope y sintiéndome la persona más tonta del pueblo en estos momentos, me dirijo a mi cuarto. Al llegar, una llamada de un número desconocido entra en la pantalla de mi móvil.

—Señorita, ha llamado usted hace unos minutos a la policía. ¿Está bien?

—Sí, sí, ha sido un malentendido. Estoy perfectamente.

Casi hago que detengan al pobre amigo de Eva. Cuando mañana les explique por lo que he pasado, no se lo van a creer.

Capítulo 19
DESAPARECER



Afrutado, floral, cítrico, especiado, barrica, crianza, degüelle, desfangado y un sinfín de vocabulario, sabores nuevos y tipos de vinos. Por no hablar de las hectáreas de viñas y más viñas que encuentro cada día paseando por los campos, además de hacerme cargo de las bodegas y de la fabricación. Está siendo más complicado de lo que ya me parecía, sin embargo, Juan es un encanto de hombre y me anima cada día para que no me rinda y siga aprendiendo de él.

El lunes, en cuanto le confirmé que estaba de acuerdo con las condiciones y que quería el empleo, me hizo ir a ver la empresa y empezó a explicarme cómo funcionaba todo. Le hice una propuesta de horario en la que la semana que tuviera a los niños dedicaría menos horas al trabajo, y la semana que estuviera sin ellos empezaría pronto a trabajar y dedicaría más. Esta semana ha sido de las que tenía que dedicar pocas horas y lo agradezco, ya que en cuanto ha llegado el viernes, estoy tan agotado que me cuesta dedicar tiempo a mis hijos y caigo rendido en la cama.

Mi relación con Violeta tampoco pasa por su mejor momento. El lunes por la tarde le pregunté quién era el hombre con el que estaba el domingo pasado.

—Alguien que conocí hace algunos días.

—¿Dónde lo conociste?

—No tengo por qué darte explicaciones, Manu, pero no es nadie.

Esa fue nuestra pequeña conversación tras la que el resto de semana he evitado todo contacto tanto visual como verbal. Y ella ha respondido a ese trato con uno mucho más seco que el resto de las semanas que llevábamos con nuestro pacto. Puede que vaya siendo hora de llamar a un abogado y firmar los papeles del divorcio. No quiero ser el tercero en discordia, la tercera persona en medio de una relación de dos. Si ha decidido dar el paso y conocer a alguien, no seré yo quien se lo impida. Lo que más me importa es que ella sea feliz, y si debe serlo con otro, no soy nadie para entrometerme.

Es domingo y me despierto con el sonido de las gemelas. Preparo el desayuno y Leo baja las escaleras con muchas ganas de jugar. Después de desayunar salen al patio y me siento a observarlos desde el porche. Es tan idílico que me siento triste. Echo de menos a Violeta, me encantaría que estuviera a mi lado, los dos observando a nuestros pequeños mientras compartimos aquellas confidencias de antes. Reviso el móvil y descubro que tengo nueve

llamadas perdidas de Violeta. ¡Nueve! A eso de las cuatro de la madrugada. Algo le ha pasado. Un nudo se instala en mi garganta y sin perder más tiempo la llamo con las manos temblorosas. Por suerte me contesta al tercer tono con voz de moribunda, aunque enseguida puedo intuir que debe de ser cosa del alcohol que bebió anoche.

—¿*Diggggggaaaaaa*?

—¿Violeta, estás bien?

—¿*Gggguién* eres? —No puede ni hablar.

—Soy Manu, ¿te pasa algo o solo estás borracha?

—*Nostoy* borracha, solo *ddddormidddddaaaa*.

—Vale, pero es que tengo nueve llamadas perdidas a las cuatro de la madrugada.

—Sí, mmm…. P… pero *yastoy* bien, no pas… pasó nadaaaaa.

—Pues suerte que no me despertaste, porque me despiertas a esas horas de la madrugada para nada y entonces sí que hubiera pasado algo. Ale, descansa.

Y, antes de acabar de decir las palabras, me cuelga. Seguro que a su lado está aquel tío que vi el domingo. Pero sigo sin saber por qué me llamó. Mis hijos me reclaman y decido dedicar el día a ellos, ya que mañana ya no estaré aquí y es posible que no pueda verlos tanto tiempo como antes.

Aprovechando que mi hermana y mi cuñado están en el parque, salimos un rato a estar con ellos y enseguida aparece mi abuela de no sé dónde. Puedo asegurar que no estaba, que no andaba por aquí, pero parece que me huela, es salir al parque y viene directa a mí como si de una presa se tratara.

—Todo te está yendo muy bien, suerte que Gustavo me va diciendo, porque lo que es tú, nada de nada. Ah, ya sé, que se te olvida…. Y digo yo… Hablando de olvidar…

—Abu…

—Un momento, que primero te quiero preguntar algunas cosas. —Se recoloca el bolso y las gafas—. Hablando de olvidar, te has olvidado del temilla de tu matrimonio otra vez, ¿no? Lo digo porque el tema del trabajo ya lo tenemos solucionado, el de hacer la cama, espero que también, pero… Y el de deshacerla con tu mujer, ¿eso cómo lo llevamos?

—Abuela, no hay nada de lo que tenga que acordarme. Ese tema ya está hablado y los dos tenemos que pasar página. No te pre…

—Pasar página… ¿qué página? Tú sabes de lo que te estoy hablando. Esto… como lo decís ahora… amor no, revolcón, tampoco, chingar, no... Esto… ahora es… —Que no lo diga, que no lo diga, que no lo diga—. Ah, sí ¡FOLLAR! —Pues lo ha dicho, y a grito pelado. Miro a mi alrededor y la perplejidad se refleja en la cara de los padres y madres que están en el parque. Y en la de mi hermana y mi cuñado, puedo escuchar su risa interna hasta en los pueblos de veinte kilómetros a la redonda—. Sí, no me miréis así, mi nieto aquí presente necesita follar con su mujer. —Y lo dice señalándome por si alguien no se había enterado de que se refería a mí. Y me encantaría desaparecer, teletransportarme a otro país, apretar un botón y que se abriera a mis pies un agujero como si estuviera en aquel programa de *Ahora caigo*. Pero no, sigo siendo cuestionado por todas las personas de mi alrededor ante la atenta mirada de mi abuela que está esperando una reacción por mi parte. Y debería reaccionar, debería hacerlo antes de que vuelva a soltar alguna palabra por esa boquita que tiene. Pero es que no sé qué decir, no sé qué hacer. Así que ella sigue—. Y sé lo que estás pensando, que no tenéis tiempo y que, si lo hacéis, podríais volver a tener otro hijo o hija, o gemelos, como ya os ha pasado. En eso también he pensado. —No puede ser cierto, no se atreverá, como saque de ese bolso maldito lo que creo que va a sacar os aseguro que le arreo yo con él—. Ten, llévate esto por si acaso no tenéis y utilizarlo. —Y sin

pelos en la lengua o vergüenza ninguna, me entrega una caja de preservativos—. Solo hay doce, no había más grande, esto es un pueblo, ya lo sabes. Pero vete ahora mismo y no vuelvas hasta que hayas usado como mínimo uno. Nosotros nos quedamos con vuestros hijos.

—Abuela, mmmm… no voy a ir a ningún sitio. Y muchas gracias por el detalle, pero no voy a utilizarlo —se lo digo mientras le devuelvo la cajita escondiéndola como si nadie la hubiera visto—, así que, si tienes a otra persona que lo vaya a usar, entrégaselo. Eso sí, te pido algo más de discreción, un poquito de intimidad, por favor —me acerco a ella bajando el tono—, que medio pueblo se ha enterado de lo que me decías, y el otro medio sigue escuchando las risas de Clara y Dani. —Les dirijo una mirada amenazadora, aunque a estas alturas ya no disimulan, y siguen riendo a pata suelta.

—Este paquete lo he comprado para ti y los regalos no se devuelven, se agradecen. Podrías mostrar un poquito de esa educación que te hemos dado. Recoge el regalo, agradécemelo y utilízalo en cuanto puedas. Si hoy no puede ser, otro día. Pero hazlo, que te cambie esa cara de pocos amigos que llevas desde que llegaste aquí.

—De acuerdo, gracias, abuela. —Y decido guardar la cajita en la bolsa de las niñas antes de seguir exhibiéndola a toda esta gente que se va acercando a escuchar nuestra conversación.

—Y recuerda, cariño, que debes hacer en todo momento lo que te apetezca y desees, no lo que quieran o esperen de ti los demás. Una vida que no vives no es vida. Debes apostar por lo que deseas y jugar, si no lo haces, la vida pasa, porque ella va a pasar igualmente, sin esperar a que tú decidas vivirla. Vive, disfruta, sonríe, ama, sé feliz contigo mismo y el resto que piense lo que quiera, que haga lo que quiera, que hable lo que quiera, mientras tú seas feliz con lo que hagas y disfrutes de ello. ¿Y qué si han visto que te daba una caja de preservativos? ¿Qué crees, que la mitad de ellos no les gustaría que se la regalara? Y de paso, ¿que le regalara el tiempo necesario para utilizarlos? —Se acerca a mí y me abraza—. Cariño, intenta ser feliz. —Después de esas palabras se separa, me observa, se da la vuelta y se va a jugar con sus bisnietos. Y allí se queda un buen rato, chutando la pelota a punto de caer con cada puntapié.

—¡Te lo dije! Es muy sabia la mujer. —Clara sigue riendo a carcajadas.

—Y desvergonzada.

—Sí, eso también. Pero tiene razón. Hay que ser feliz, con Violeta o sin ella, pero intenta serlo, porque la vida es una, y pasa, tanto si quieres vivirla como si no. Ella pasa igual.

—Sé que tiene razón, pero creo que Violeta está con alguien.

—¿Violeta? ¿Está con alguien? ¿Con quién? —Mi hermana me interroga extrañada y con cara de creérselo muy poco.

—No lo sé, pero estoy casi seguro. El otro día los vi aquí y en cuanto me acerqué ella, se incomodó y se despidió de forma rápida y seca.

—Me extraña mucho, Manu. No veo yo a Violeta pasar página tan pronto. Además, esto es un pueblo, te aseguro que si estuviera con alguien ya lo sabrías, ¿no crees? —Me encojo de hombros porque no estoy seguro de ello. Violeta podría llevar su ligue muy escondido, sin embargo, todavía me cuesta creer que lo tenga.

Las niñas empiezan a inquietarse porque tienen hambre, así que me despido de mi familia y algunos padres del pueblo y me vuelvo a casa. Después de comer descansan un poco mientras Leo y yo miramos la tele y en cuanto se despiertan, Violeta llega para hacer el cambio de semana.

—Esta semana tengo trabajo, las semanas que no tenga a los niños tendré que dedicarle más tiempo, aun así, intentaré pasar cada tarde para verlos y ayudarte en lo que pueda.

Mientras le hablo, Violeta va preparando la bolsa de las gemelas del día siguiente.

—De acuerdo, supongo que estas primeras semanas serán más duras que de cos….

Violeta está dándome la espalda cuando se calla de golpe y se gira interrogándome con la mirada y mostrándome lo que acaba de encontrar en la bolsa del parque de las niñas. Noto mis pómulos arder y una carcajada se desprende de mi boca al recordar a mi abuela hace algunas horas y ver la cara de susto que padece ahora mismo Violeta.

—Sé que te va a sonar a tópico, pero no es lo que parece.

—Y… entonces… ¿qué es? —Me cuesta hablar por la incomodidad de la situación mientras Leo llega y le arranca de las manos la caja de preservativos a su madre—. Leo, no, esto no es un juguete. Devuélvemelo. —Leo se queda mirando la caja y después pregunta.

—¿Qué es? ¿Puedo jugar?

—No —contesta, con un tono más elevado que habitualmente, Violeta.

—No sirve para jugar, es un material muy delicado. Como los móviles de los papás, que no puedes cogerlos, pues esto es más o menos lo mismo.

—Pero a veces me dejáis los móviles para mirar una cosa. ¿Esto también me lo podréis dejar, a veces? —Leo y sus preguntitas.

—Bueno, sí, ya veremos cuándo te lo podremos dejar. —Le contesto para zanjar la conversación, aunque estoy convencido de que todavía tardará unos doce o trece años en poder utilizarlo, espero…

Leo, más convencido, me entrega la caja de preservativos mientras Violeta sigue con los brazos en jarra esperando una explicación a tal hallazgo.

—Ha sido cosa de mi abuela. No me mires así.

—¿Tu abuela?

—Sí, mi querida y dulce abuelita.

—Tu querida y dulce abuelita te ha dado esto… ¿Con qué finalidad? Mejor no me contestes, no quiero saberlo, no es asunto mío, tú y yo ya no somos nada. Puedes hacer lo que te dé la gana, y yo también. —Sin dejar de sacar las cosas de las bolsas, no para de hablar, sus palabras se mezclan las unas con las otras y sus movimientos son mecánicos y sin ningún objetivo en concreto—. Si ya lo sabía yo que esto iba a pasar. Y es normal que tu abuela te entregue eso, bueno… muy normal no, pero digo yo que, ya que te da una caja a ti, también me podría dar otra a mí. ¿O no? Ah, no, yo no tengo derecho, solo tú que eres su nieto, yo… —La cojo de los codos y me pongo frente a ella. La agarro de la barbilla y con el dedo índice le indico que se tranquilice y se calle.

—No es así. Ha venido al parque y me ha dicho delante de todos los padres y los niños del parque que necesitaba follar y después me ha entregado esta caja y me ha dicho que me fuera a buscarte y que la utilizáramos.

Violeta se paraliza y una sonrisa se dibuja en su rostro. Después intenta esconder una carcajada, pero no puede.

—¿Y todos la han escuchado?

—Sí, mi hermana y Dani pueden confirmarlo.

—¿Ellos también?

—Me cuesta creer que no los hayas escuchado reírse desde donde estuvieras, porque han estado un buen rato partiéndose de risa.

Y es ahora cuando veo a Violeta de nuevo, ella, la chica de la que me enamoré, aquella mujer que me hacía sentir, vibrar, estremecerme, vivir y soñar con solo una mirada y que en estos momentos está consiguiendo el mismo efecto en mí.

—¿Qué hacemos ahora con la cajita? —Violeta me devuelve a la realidad—. ¿Quieres

llevártela?

—No, guárdala en algún lugar de la casa, más que nada para que Leo no quiera jugar con ella.

—De acuerdo, la guardaré en algún cajón y ya te diré dónde está. Nunca se sabe cuándo vamos a tener ocasión de utilizarla. —Y arquea las cejas a modo de juego. Un juego que a mí no me hace gracia a no ser que se refiera a usarla conmigo. Entonces sí que sería perfecto, pero por su forma de referirse, creo que piensa en usarla con otra persona.

Sin añadir nada más, salgo de mi casa y me dirijo a la de mi abuela. Es el momento más triste de toda la semana, cuando dejo atrás a las personas con las que me encantaría seguir construyendo y continuar aprendiendo.

Capítulo 20
NUESTRA CASA



—Entre muchas otras tareas, también deberás encargarte de hacer alguna que otra cata de vino. Es un mercado que está en auge y deberíamos empezar a explotarlo también nosotros. Para ello, cuando estés preparado, la primera cata será con las personas de tu alrededor que quieras invitar. —Juan sigue sumando tareas a mi persona, mostrándome su confianza en los pocos días que llevo con él.

—Perfecto. —Y mis pensamientos van directos a Violeta. Ella es la primera persona en la que pienso cuando me visualizo en la cata de vinos.

No he sido consciente de cuánto echaba de menos a mi familia hasta esta semana en la que poco he podido disfrutar de mi tiempo con ellos. Mi agotamiento ha ido en aumento conforme tenía más conceptos para aprender y dedicaba más horas a conocer el negocio.

—Pareces cansado. Es mucha información en poco tiempo, ¿cierto? —Un compañero se acerca a mí con un refresco en la mano y me invita a sentarme.

—Mi nombre es Saúl, supongo que no lo recuerdas. —Y en ese momento me fijo más atentamente en él. Su cara me suena, lo conozco, sé que lo he visto en otro momento. Es normal, el primer día me presentaron a todo el personal, que no era demasiado, pero no me quedé con los nombres de todos. Sin embargo, la cara de este hombre me resulta conocida de otro lugar, o al menos eso creo. El primer día estaba tan nervioso que no me fijé bien en los que iban a ser mis compañeros, o, mejor dicho, mis futuros empleados, pero ahora que me estoy fijando más, sé que lo he visto en otro sitio fuera de aquí. Debe tener mi edad y parece una persona seria y responsable en el trabajo. Me sorprende que Juan no le haya ofrecido a él quedarse con el negocio.

—La verdad es que sí, demasiada información. Gracias.

—Ya verás como en unas semanas lo dominas, no es difícil, pero sí que debes tomártelo en serio. De lo contrario, todo el esfuerzo no servirá de mucho. ¿Cómo es la vida en Ámsterdam? —Sigo sin saber dónde lo he visto y me intriga que tenga más información él de mí que yo de él.

—Vaya, ya veo que sabes más de mí que yo de ti.

—Esto son pueblos pequeños y las noticias no corren, sino que vuelan de unos a otros. Ya lo comprobarás. —Asiento con resignación y mi cabeza no para de darle vueltas.

—Lo cierto es que la vida allí es muy diferente a la de aquí y no solo porque es otro país, sino que el ritmo de vida es distinto.

—Te acostumbrarás a esta tranquilidad. Es otro ritmo, pero tampoco se está tan mal. Acabarás cogiéndole el truco y disfrutando de estos campos y valles tan verdes.

—Espero que tengas razón. —Con un gesto de amistad, se despide y sale de la salita para seguir con el trabajo.

Yo hago lo mismo mientras sigo pensando en qué momento lo he visto con anterioridad. Sigo con el trabajo hasta la hora que creo que debo salir y pasar un rato por casa a ver a mis hijos y ayudar a Violeta en lo que pueda.

Nada más llegar a la casa, parece que se está librando una batalla. Leo intenta tranquilizar a sus hermanas mientras Violeta acaba de hacer las papillas para la cena. En su cara se refleja el cansancio que lleva acumulado y el estrés que se está generando en este lugar llamado hogar. Y, aun así, me muero por volver, me muero por formar parte de él, aunque ahora mismo sea peor que el caos que hay en mi cabeza con tanto vino, sabor, olor, color…

Sin dudarlo entretengo como puedo a las pequeñas y Leo me ayuda a hacerlo con una gran sonrisa cómplice llena de felicidad por mi llegada. Violeta llega rendida con las papillas y nos las entrega a Leo y a mí.

—No sé si podré mantener este ritmo mucho más tiempo. Por hoy no puedo más. —Besa a los niños y se va escaleras arriba.

Me quedo perplejo ante su escapada, les doy la cena a los niños y los acuesto. Me acerco a la habitación de Violeta y miro por la puerta entreabierta. Es preciosa, daría lo que fuera por volver aquí, a su lado, con todos ellos. Por entrar ahora mismo en su habitación y tumbarme a su lado abrazándola como lo hacía hace unos meses. Susurrarle que la quiero al oído, que nosotros podemos sobrevivir a lo que sea que está por llegar, acariciar su piel, su cuerpo, su espalda y esperar que me diga que me ama, que me quede con ella para siempre. Pero, primero, debo poner en orden mi vida. Debo concentrarme en mi nuevo trabajo y decidir si seguir aquí o volver a empezar en otro lugar. Debo estar bien primero conmigo para poder hacer las cosas bien con ellos. Porque cada vez tengo más claro que es aquí donde quiero estar, es al lado de ellos donde quiero seguir.

Haciendo caso a los consejos que me han dado durante estas semanas, empiezo a pensar en el aquí y el ahora. Y ahora mismo, decido quedarme a dormir con ellos, al menos hoy. Más que nada porque sé que Violeta está agotada y me necesita. Me acuesto en la cama de Leo y las veces que las gemelas se despiertan, me levanto en silencio y las atiendo.

Mi despertador suena cinco minutos antes que el de Violeta. Por fin es viernes y el fin de semana ya está cerca. Bajo a preparar los desayunos y hago un café para los dos.

—¿Qué haces aquí? —Violeta me sorprende sujetando en su mano un palo de juguete de los niños en modo de ataque. Como si fuera a darme un golpe.

—¿Con eso quieres defenderte de un posible ladrón? —Mis carcajadas resuenan en la cocina, aunque a ella no le hacen ninguna gracia.

—No tenía nada más a mano. Te aseguro que le hubiera dado tan fuerte que algo le hubiera hecho. —Otra risa sale de mí, pero esta vez la reprimo, pues sé que su cabreo va en aumento—. Vuelvo a preguntarte, ¿qué haces aquí?

—Ayer te vi tan agotada que he decidido quedarme a dormir para ayudarte y… me gustaría… —Me interrumpe antes de que pueda decirle todo lo que siento, todo lo que quiero decirle para volver a su lado.

—No puedes hacer esto, Manu, lo único que conseguirás así es confundir más a los niños.

Estoy de acuerdo en que tengamos una relación cordial en la que podamos pasar tiempo con nuestros pequeños y compartir momentos especiales, pero creo que los estamos confundiendo y esto solo nos hará más daño a todos. Deberías haberte ido a tu casa a dormir. Yo sola puedo con todo.

—No me pareció eso ayer cuando llegué.

—Ayer llegaste en un mal momento, llevo dos noches casi sin dormir, las gemelas han estado despertándose más de lo habitual, y llevar la casa sola con tres niños no es fácil. Además, no he tenido tu ayuda esta semana, los ratos que pasabas en el parque con ellos mientras yo preparaba la cena y atendía la casa, esta semana no han existido. Y todo eso sumado a que en el trabajo me han pedido hacer más horas y que ayer las gemelas se pasaron toda la tarde llorando, pudieron conmigo. Pero solo te pedí que les dieras la cena y las acostaras. Después tenías que irte, que es lo que tendrías que haber hecho.

—Déjame aclararte que no me pediste nada. Simplemente me dijiste que estabas agotada y te fuiste al piso de arriba. Cuando acosté a los niños, fui a verte a tu habitación y estabas completamente dormida.

—Sí que te lo dije, te dije que le dieras la cena a los niños y…

—En realidad, no. —La noto dudar por unos instantes.

—Puede que tengas razón. En mi cabeza sí que lo hice, pero creo que las palabras no pudieron salir. Lo siento. Te agradezco que te hayas quedado por si pasaba alguna cosa más, pero no deberías quedarte ningún otro día.

—De acuerdo. —Mis objetivos del día se han desvanecido. Mi momento idílico de decirle cuanto la quiero, que sigo enamorado de ella, que quiero volver a empezar y ahora sí hacerlo bien… se han desmoronado. Su rechazo para pasar tiempo conmigo se palpa en el ambiente y yo solo pienso en recrear nuestra última noche, nuestro último momento juntos, ese en el que fuimos uno en lugar de dos personas extrañas que ya no se aman. Bueno, yo sí la amo, pero ella, según parece a mí no…

—Me voy al trabajo, nos vemos el domingo.

—Adiós, Manu, y… gracias.

Es un gracias que me sabe a poco. Cabizbajo como un perro con la cola entre las patas, me voy al trabajo. A un trabajo en el que hoy no me sale nada bien.

—¿Qué te pasa hoy, chico? No se te ha quedado nada de lo que hemos aprendido esta semana. Debes concentrarte más o no avanzaremos.

Y tiene razón. Mis pensamientos están centrados en la conversación de esta mañana con Violeta. ¿Tanto le ha molestado que me quedara a dormir con ellos? Me cuesta entender por qué, por qué le ha molestado. Si hace tan solo unas semanas compartíamos esa casa, y hace tan solo algunos meses, compartíamos hasta la misma cama. ¿Por qué hoy eso es imposible para ella? Entonces, ocurre algo inesperado. Mi cerebro hace las conexiones que no había sido capaz de hacer antes. Saúl, Saúl es la persona con la que Violeta se reía tanto en el parque.

Capítulo 21
¡NO ES POSIBLE!



Esta semana está siendo más dura que la anterior. Después del fin de semana movidito que tuve, con anécdota y llamada a la policía incluida, Eva se ha pasado toda la semana burlándose de mí y de mi miedo a que me persigan. Algunas bromas pesadas en el móvil también han hecho que en determinados momentos quisiera ir a buscarla y darle alguna que otra colleja.

Manu estos días tampoco ha contribuido a que la semana fuera a mejor. Además de que no ha venido todas las tardes a estar con los niños mientras yo preparaba la casa, también ha hecho alguna que otra broma con mi forma de defenderme. Si a eso le sumamos que el jueves por la noche estaba tan agotada que él malinterpretó mis acciones y decidió quedarse a dormir con nosotros, esta semana se convierte en una de las más surrealistas que hemos tenido hasta el día de hoy en este pueblo. Será que me estoy volviendo loca o algo desconfiada. Con solo escuchar algún ruido extraño o fuera de lugar, mi cuerpo se pone en alerta y soy incapaz de mantener la razón. ¿Cómo pensaba defenderme de un ladrón con un palo de plástico del juego de golf de mis hijos? Pero ahí estaba yo, toda digna que fui para la cocina a defender a mis cachorros. Será el instinto maternal, animal o el de la idiotez, no sé bien cómo definirlo, pero ahí está. Y lo volvería a hacer, eso sí, la siguiente vez, si la hay, estaré más preparada, cogeré un palo más duro o al menos algo con lo que pueda lastimar un poquito mientras busco ayuda.

Lo cierto es que me sorprende que, en todas estas situaciones, siempre piense en la misma persona. Cuando me sentí perseguida de camino a mi casa, en la primera persona en la que pensé fue en él, aunque por suerte no me pasó nada porque no me cogió el teléfono. Y en cuanto escuché que había alguien en casa removiendo las cosas de la cocina, también me vino a la cabeza Manu. Pensé en llamarlo para informarle, aunque más tarde me armé de valor y bajé a defender mi territorio con un juguete de mis hijos. No sé en qué estaba pensando, cada vez que me acuerdo… ¿A quién iba a dañar con eso?

Después de la conversación con Manu del viernes, solo vino esa tarde a estar con los niños y ya se despidió de ellos hasta el domingo. Sé que no tenía razones para decirle que no tenía que haberse quedado a dormir, pero esto no es un juego. Si los niños lo ven durmiendo en casa, podrían volver a confundirse, sobre todo Leo, y no creo que eso sea bueno para ellos. Tomamos la decisión y la estamos llevando a cabo, aunque sin papeles, pero él está seguro de ello y

quedándose aquí no solo confunde a los niños, sino que también lo hace conmigo. Está jugando con mis sentimientos y no puedo permitírselo. Cada día lo echo más de menos y cada día me arrepiento un poquito más de nuestra separación, pero sé que no éramos felices, y él mucho menos. Ahora empieza a sonreír, ahora empieza a tener ganas de reír otra vez y supongo que, además del trabajo, el estar separados ha contribuido a ello.

—Mamá, me gustan mucho estos globos, son diferentes… Los puedes inflar y atar, ¿por favor? —Leo aparece con algo parecido a unos globos en su mano. Y me asusto nada más verlo. Uno, dos y tres, hasta tres preservativos lleva en las manos y me los muestra pidiendo que los infle como si de globos se tratara.

—¿Qué haces con esto, cariño?

—Son globos, mamá. Queremos jugar con ellos. Uno para Lúa, otro para Carla y el otro para mí. Porfa, ¿los inflas?

—Per… Pero… eeeeemmmm, no, no puedo. No… no son para jugar. —Ay… madre mía. Tierra, trágame.

—Pero si me dijiste que me dejarías jugar con ellos.

—No, Leo, cariño, no puedes jugar ahora con esto. —¿Qué le digo a un niño de cinco años? —. Mira, vamos a ir al parque y si quieres compramos globos en la tienda de la plaza. Pero estos son otro tipo de juguetes que podrás jugar con ellos cuando seas mayor. —De hecho, cuando seas muy, muy mayor, espero…

—De acuerdo, mamá. —Uffff por hoy he podido librarme.

Subo corriendo a la habitación y veo desperdigados por mi lavabo la caja con los envoltorios abiertos y el resto de los preservativos tirados por el suelo. Me deshago de los que ha abierto y guardo la caja en mi mesita de noche, dentro de un joyero, esperando que mi hijo no vuelva a rebuscar entre mis objetos.

El domingo pasa sin más sorpresas, un día tranquilo y lleno de sentimientos contradictorios para mí. Por una parte, estoy agotada y necesito descansar, tener tranquilidad y dedicarme tiempo. Ya me imagino mi semana con conversaciones largas y llenas de risas con Eva, tumbada en el sofá con algún libro o viendo la tele, cuidando mi cuerpo o tomando alguna que otra golosina acompañada de una bebida fresquita. Solo de pensarlo, se me hace la boca agua. Por otro lado, es el momento más triste de la semana, cuando debo salir de casa, dejando en ella a las personas que más quiero, con las que quiero compartir mi vida, mis momentos y con las que quiero seguir aprendiendo.

Es una lucha interna en la que se remueven sentimientos contradictorios y llenos de emoción. Un nudo se instala en mi garganta como si de las palabras que debo expulsar se tratasen y no tuviera fuerza para hacerlo. Y me siento débil, prisionera de mis emociones, porque esto no nos había ocurrido nunca. Manu y yo teníamos una relación de confianza, de expresar todo lo que nos pasaba, lo que pensábamos, lo que se debía decir y lo que no, pero siempre desde el respeto. Hace ya muchos meses que dejamos de hacerlo, por falta de tiempo, de ganas, por sueño, por cansancio, porque al expresarlo nuestras palabras no eran bien recibidas. Te sumerges en una rutina constante en la que queda poco tiempo para uno mismo y en los pocos momentos de que se dispone para conversar, estás tan agotado que acabas por callar, intentar descansar, aprovechar para dormir y pensar que mañana será otro día. Uno mejor en el que podría ser que encontraras el momento de expresar tus sentimientos, sin ser consciente de que el día siguiente será igual que hoy y tampoco habrá tiempo para lo que realmente es importante: cuidarte y cuidar de la persona que te acompaña.

Manu llega a casa más serio de lo que es habitual, si eso es posible. Mis pensamientos se

esfuman como el humo y desaparecen en cuanto expresa esas palabras que tanto me duelen.

—Puedes irte cuando quieras. Eres libre.

Con los ojos llenos de lágrimas, me despido de mis hijos y vuelvo a llorar de camino a mi hogar semanal. Como ya es habitual, Eva está acostumbrada y me recibe con un fuerte abrazo y con una buena copa de vino. Con nuestras mascarillas puestas en la cara, le explico las anécdotas con la caja de preservativos y ella me maldice por hacerla reír tanto.

—Violeta, ¡eres mala! ¡Que no podemos reírnos con la mascarilla puesta, que salen arrugas! —Pero no podemos evitarlo. Es mi terapia, tiempo para mí, risas y amistad. Sin embargo, no es lo que deseo, me siento vacía, sé que lo que necesito es algo muy distinto, que en el fondo de mi corazón anhelo la familia que un día fuimos y el matrimonio con el que iniciamos nuestro camino juntos. Aunque no sé cómo hacerlo para reparar todo nuestro daño, todos esos momentos vividos con dureza, con palabras fuertes, dejándonos a un lado para poder continuar. Y si lo intento reparar, desconozco la respuesta de Manu, desconozco cuáles son sus sentimientos porque de pronto me echa en cara que hable con alguien como que se queda a dormir con nosotros.

De pronto caigo, su estado de ánimo ha mejorado después de estar separados. Los últimos días que nos hemos visto, volvía a sonreír, volvía a tener ese brillo especial. Y no era por mí, sino porque está bien, está feliz, y eso es lo único que quiero, es lo único que me gustaría que volviera a ser: FELIZ. Está claro que yo no puedo darle esa felicidad, así que llegó el momento de pasar página, de olvidarme de él y empezar de nuevo, tal y como nos habíamos propuesto, empezar cada uno su camino por separado.

—¡Violeta! ¡Vuelve a la tierra! Este enamoramiento te tiene atontada. Que se pasa la hora de la mascarilla, venga, quítatela de una vez.

—No estoy enamorada, es más, en eso estaba pensando. Debo olvidarme y seguir adelante. ¿Cómo se llamaba el amigo de tu camarero?

—Eso me gusta más. Saúl, se llama Saúl.

—¿Me darías su número de teléfono?

—¡Por supuesto! Aunque no creo que esa sea la solución que necesitas.

—¿A qué te refieres?

—Pues que, aunque muchas veces se diga que un clavo saca a otro clavo, y con clavo ya sabes a lo que me refiero… —Me guiña un ojo mientras saca la lengua con gesto de burla—. Eso no es lo que tú necesitas. Tu corazón todavía pertenece a otra persona y hasta que no deje de hacerlo, no podrás continuar.

—Por ahora eso no es posible, así que prefiero pensar en un nuevo comienzo y Saúl me pareció un buen chico.

—Lo es, así que sé sincera con él y no le hagas daño. No se lo merece.

—No lo haré.

Después de cenar, decido escribirle al tal Saúl sin saber exactamente qué decirle.

Violeta:
¡Hola, Saúl! ¿Qué tal?
No sé si te acuerdas de mí,
soy Violeta, la amiga de Eva.

No hay respuesta por su parte. Después de diez minutos esperando, dejo el móvil en la mesita y cierro los ojos hasta el día siguiente en el que me despierto y en lo primero que pienso es en la tontería que hice el día anterior y decido borrar el mensaje. Para mi sorpresa, ahí está la respuesta

de Saúl.

Saúl:
¡Hola, preciosa!
Claro que me acuerdo.
¿Cómo estás? ¿Te gustaría quedar
para tomar algo, sin compromiso?

Directo al grano. Ahora sí que la he liado. No se pueden tomar las decisiones a la torera. Divago entre las tres opciones que tengo y ninguna me parece buena. La primera no contestarle, pero es conocido de Eva y recuerdo las palabras que ella me dijo: «no le hagas daño». La segunda, decirle que me equivoqué, que fue un momento de debilidad, pero vuelvo a pensar en las palabras de Eva: «tu corazón todavía pertenece a otra persona»; y no quiero admitirlo, no es cierto y no va a poder ser. Y la tercera opción es la que elijo después de llevar con el móvil en la mano un buen rato.

Violeta:
Vale.
¿Qué día te iría bien?

Saúl:
¿El miércoles?
Tú decides dónde y la hora.

Y me sorprende que no pueda quedar hasta el miércoles, sí que está ocupado este chico.

Violeta:
Yo puedo decir la hora, pero
el dónde, deberás decidirlo tú, yo
no conozco demasiado por aquí.

Saúl:
Genial.
El miércoles en el restaurante
donde nos conocimos.
¿Hora?

Violeta:
A las 20.00h.

Ha sido directo y rápido, casi sin pensarlo, porque en cuanto dejo el móvil para empezar a arreglarme e ir al trabajo, soy consciente de lo que he hecho, tengo una cita, creo… porque tiene toda la pinta de una cita y me siento la mujer más horrible del mundo. ¿Puedo tener tantas contradicciones en mi cabeza? ¿Y en mi corazón? ¿Puede ser que ayer por la noche llorara por mi matrimonio, que al poco rato quisiera olvidarme de Manu y quedar con alguien, que esta mañana ya no lo quisiera y que diez minutos después tenga una cita para el miércoles a la cual no quiero asistir ni hablar de ella con nadie?

Serán las hormonas, será mi subconsciente o estos sentimientos que tengo de no querer

continuar, pero saber que en realidad es lo que más deseo. Me ducho para tratar de olvidarme de todo y voy veloz al trabajo para ocupar mi mente en otra cosa que no sea pensar en Manu, en mi familia o en la cita del miércoles.

Después de tres días de mucho trabajo, cosa que agradezco, ya que me han pedido hacer más horas y eso ha evitado que pensase en nada más, llega el momento de la verdad. Primero, despedirme de mis hijos antes de la hora pactada para poder ponerme algo decente y no llegar tarde al restaurante.

Entro en casa con los niños y Manu todavía está liado con las cenas, así que me pide si puedo darles un baño. No, no puedo o de lo contrario llegaré tarde a la cita. Está tan liado que me sabe mal decirle que no, pero debo hacerlo.

—Lo siento, Manu, pero hoy tengo que irme. —Me mira sorprendido mientras bate con más fuerza los huevos para una tortilla.

—De acuerdo. Adiós. —Me paralizo ante su despedida y desisto en contestarle.

Salgo volando hacia mi casa, me arreglo lo más rápido que puedo y voy directa al restaurante. Llego justo en el momento en el que Saúl llega y me indica dónde puedo aparcar.

—Estás preciosa. —Sus palabras me ruborizan.

—Gracias. —Él tampoco está nada mal, sin embargo, me cuesta expresarlo. Manu sigue en mi cabeza y en mis pensamientos. Siento que le estoy engañando. Sé que son tonterías mías, pero no puedo remediarlo.

Entramos en el restaurante y nos sentamos. Después de escuchar las sugerencias del chef nos decantamos por el menú de la noche. Antes de que podamos probar el vino, mi teléfono suena y al contestar, salgo corriendo del restaurante con los nervios a flor de piel. ¡No es posible!

Capítulo 22
EL ACCIDENTE



Nada más entrar en la que será mi casa durante esta semana, un dolor me invade. Recuerdo las palabras duras de Violeta hacia mí al quedarme a dormir para ayudarla. No tengo ganas de discutir con ella, así que la invito a irse lo antes posible para poder instalarme.

Los niños ya duermen y estoy cansado de todas las emociones que siento durante estos días, así que me dispongo a arreglarme para descansar cuanto antes, cuando para mi sorpresa, al tirar a la basura del lavabo la caja de pasta de dientes que acabo de abrir, descubro que hay envoltorios de preservativos abiertos. Sin rebuscar ni tocar demasiado, ya que me parece asqueroso y enfermizo lo que estoy haciendo, diviso no uno, ni dos, sino que tres, nada más que tres preservativos abiertos y mi mente visualiza imágenes que mi cuerpo evita, no quiero ser consciente de ello, pero ahí están, no dejo de mirarlos. «Vaya, sí que te lo has pasado bien esta semanita, Violetita. A mi abuela que vas a ir… Ya verás cuando le diga que has usado la cajita que me regaló, pero sin que yo estuviera presente. Vas a conocer el bolso ese asesino que tiene… por no hablar de la charla monumental que te va a caer». ¿A quién quiero engañar? No se lo voy a decir… pero la realidad es que se acabó, que ella ha pasado página antes que yo y que este es el punto final a lo que éramos, a lo que un día fuimos y ya no podremos volver a ser jamás.

Durante toda la noche no pego ojo y mis pensamientos van más allá de que ella tenga una relación con otra persona. Esa persona ha estado en mi casa, con mis hijos. No puedo dejar de preguntarme si habrá hecho el papel de padre también. Supongo que Leo me lo habría dicho, es un niño transparente como el agua, sin embargo, es capaz de guardar un secreto si eso es lo que su madre le ha pedido. Utilizando las artimañas de padre, intento sonsacarle información muy sutilmente… o no.

—Cariño, ¿mamá ha venido a casa con alguien?

—No, papá.

—¿No ha traído a ningún amiguito?

—No, ¿puedo ir a jugar ya?

—Sí, cariño, ve a jugar.

La conversación no ha dado sus frutos, pero mi investigación tiene ya las pruebas suficientes para concluir que Violeta se ha olvidado de mí.

Después de varias noches sin dormir, mi agotamiento está a punto de prender fuego. Violeta entra con los niños algo más temprano que de costumbre y aun pidiéndole que les dé una ducha, me explica que tiene prisa y se marcha sin más contemplaciones que dejándome atareado hasta las orejas. Hoy será un día más largo que habitualmente.

Realizo las rutinas lo más rápido que puedo y sin creérmelo ni yo mismo, todavía tengo algunos minutos antes de poner a los niños a dormir. Un fuerte golpe se escucha desde el salón seguido de un llanto profundo que me advierte de que ha pasado algo. Dejo de inmediato los platos que estaba recogiendo y salgo veloz hacia donde proceden los gritos. Lúa está sangrando por el oído y llorando desconsoladamente. Lo primero que se me ocurre es llamar a Clara que corre hacia mi casa mientras yo he podido cortar algo la hemorragia y me las he ingeniado para colocarle un apósito hasta que lleguemos al hospital que está a unos cuantos kilómetros. De camino allí, pienso que lo mejor es avisar a Violeta. Si le hubiera pasado a ella, me gustaría saberlo enseguida.

Estando en la consulta del médico, mientras examinan a Lúa, alguien pica a la puerta y accede a la sala.

—¿Cómo está? —Violeta entra hecha un manojo de nervios, pero preciosa y perfectamente arreglada como para ir a una fiesta.

—Bien, está bien. —La doctora la tranquiliza mientras ella se acerca y me pide a la niña para cogerla—. Ha sido un buen golpe y le ha sangrado bastante. La sangre es muy escandalosa, pero no tiene nada más. Ahora intentar que no se duerma durante dos o tres horas y observarla por si vierais algo diferente. Si todo está bien, seguir la rutina normal.

—Muchas gracias, doctora.

Salimos de la consulta con un vendaje en la cabeza de Lúa que le cubre la oreja por el golpe y el corte que se ha hecho. Contemplo a Violeta que lleva a Lúa en brazos. Está tan bonita, está claro que se ha arreglado para salir con alguien. Por eso no podía quedarse para ayudarme. Mis sospechas de que está con alguien ya se habían confirmado al descubrir los preservativos en la basura, pero al llegar a la sala de espera, todo mi mundo se desmorona, se resquebraja, se rompe en mil pedazos, lo mismo que mi corazón cuando Saúl se levanta de su asiento y se acerca a Violeta preguntando si las dos se encuentran bien. Saúl, el mismo hombre que me pareció tan amable y responsable, ahora solo despierta en mí, odio y repugnancia. ¿Qué hace aquí? No puede ser, no puedo creerlo. Los ojos de Violeta al mirarme me lo explican todo.

—Saúl, él es Manu, mi exmarido. —«Exmarido», esa palabra duele.

—Hola, Manu, no sabía…

—Tranquilo. Yo me llevo a Lúa, vosotros volver a lo vuestro, que supongo que estabais muy ocupados.

—Saúl, si no te importa, quedamos otro día. Prefiero irme con ellos para controlar a la pequeña.

—De eso nada, yo me ocupo, Clara está en casa con los niños y ella también me ayudará. —No me creo ni yo mismo que esté diciendo que se vaya con otro tío.

—Se va a dormir en el coche, así que tengo que ir contigo para evitarlo. La doctora ha dicho que no se duerma en dos o tres horas.

—No quiero ser un problema para vosotros, seguir con lo vuestro que yo ya me las arreglaré para que no se duerma.

—No seas testarudo, he dicho que me voy con vosotros.

—Podemos hacer una cosa. —Los dos nos giramos hacia Saúl con cara de incredulidad. Nadie le ha pedido su opinión y no sé qué hace aquí, en medio de esta situación—. Violeta se va

contigo en el coche para evitar que la niña se duerma y yo os sigo con el mío. Al llegar a casa, si todo está bien, te acerco a buscar tu coche y después decides qué hacer. —Sus palabras son las más acertadas, después de que Violeta y yo hubiéramos entrado en un bucle del que iba a ser difícil salir. Al final, lo más importante en este momento es Lúa, aunque no me olvido de la otra parte, la que ha hecho que mi corazón esté completamente destrozado.

—Está bien —digo al fin y nos dirigimos al coche.

Realizamos el trayecto en un silencio entre nosotros, nos dedicamos por completo a la niña que tiene mucho sueño y le cuesta mantener los ojos abiertos con el sonido del coche. Al llegar a casa, antes de bajarnos, Violeta intenta explicarme.

—Manu, entre Saúl y yo…

—No tienes que explicarme nada, cada uno hace lo que quiere con su vida.

—Pero es que…

—No, Violeta, no quiero saberlo. Ya puedes irte con él.

—No hay n…

No la dejo continuar, sus palabras solo agudizan el dolor que siento y salgo del coche cerrando la puerta tras de mí. Saúl ya ha salido del suyo y espera cerca a Violeta.

—Ya podéis iros. Gracias, Saúl. Nos vemos mañana en el trabajo.

Se despide educadamente mientras yo recojo a Lúa de los brazos de Violeta. Clara sale a recibirnos preguntando por la niña, y su preocupación aumenta al ver la estampa entre nosotros tres. Sin apenas saludar, se imagina que no estamos bien y me acompaña dentro de casa. Allí me descompongo dándole las explicaciones de todo lo que ha pasado y procurando que Lúa no se duerma.

—Veo algunas lagunas en todo esto que me explicas. Violeta no es así, jamás ha sido tan lanzada y me cuesta creer que ya te ha olvidado, que ha decidido abrir su corazón a otra persona. —Mi hermana duda de mis afirmaciones.

—A las pruebas me remito. En el parque solo hacía que sonreírle, qué me dices de los preservativos, y hoy, lo mires como lo mires, no hay más.

—Sigo sin poder creerlo.

—Ya han pasado las dos horas que la doctora nos ha dicho. Voy a acostar a la niña y tú puedes irte a descansar.

—De acuerdo, pero no le des más vueltas, seguro que hay una explicación para todo esto. La conoces bien, ella no es así. Y no te ha olvidado, de eso estoy segura.

—Yo también creía que no era así, pero a veces no conoces a las personas hasta que están en otras situaciones, es ahí donde descubres su verdadera identidad y cómo son en realidad. Cuesta creerlo y me cuesta más reconocer que lo nuestro se ha acabado de verdad, que, si quedaba algún resquicio de lo que fuimos, ya se ha esfumado por completo. Intentaré no darle más vueltas, porque por más que lo haga no voy a conseguir nada, ella ya no está conmigo y no quiere estarlo. —Cómo duelen las palabras cuando se pronuncian, esas que no me creía, que no quería ver, pero que, al decirlas en alto, se hacen realidad con cada sonido expresado por mi garganta—. Muchas gracias por todo, Clara. Gracias por estar a mi lado.

—No hay de qué, hermanito. Buenas noches. —Su abrazo es cálido y duradero.

Como ya imaginaba, me paso la noche dando vueltas en la cama. Viendo a mi preciosa mujer en los brazos de Saúl. Y al día siguiente, con la excusa del golpe de Lúa, me quedo en casa cuidando de ella. No me siento con fuerzas de ir al trabajo y ver la cara de Saúl.

Violeta ha estado preguntándome por Lúa desde que se ha despertado. Solo eso, palabras de preocupación hacia nuestra pequeña. Y yo se lo agradezco, no me siento con fuerzas para

afrontar esta nueva situación. Se ha acabado. A partir de ahora cada uno que haga su camino.

Capítulo 23
PENSAR EN MÍ



Al salir de casa de Manu, o de mi casa, o de casa de mis hijos, no sé muy bien cómo definirla… al dejar a Lúa en su hogar no puedo evitar las lágrimas que empiezan a resbalar por mis mejillas, fruto de los nervios por el golpe de mi hija, pero también por la impotencia que siento al dejarla sin poder cuidar de ella. Por no hablar de la situación de tensión creada entre los tres adultos que, como tal, no hemos sabido gestionar. La persona que mejor ha sabido hacerlo está sentado a mi lado. Lo observo mientras conduce tranquilo, dejándome el espacio que necesito, sin preguntas, sin reproches, simplemente mostrando su empatía y su ayuda. Recuerdo las palabras de Eva: «Es una buena persona», y comprendo que ahora no puedo ofrecerle nada más. Debo sincerarme con él antes de que sea demasiado tarde.

—Saúl, yo… no sé ni por dónde empezar.

—No te preocupes, Violeta. Te entiendo y me hago cargo. La cita de hoy no ha sido la mejor, pero hay tiempo de sobra para reparar esto. —Sus ojos se clavan en mí cuando llegamos al lugar donde se encuentra mi coche y aparca.

—Nos está resultando complicado todo este cambio y esta nueva vida.

—No hemos tenido tiempo de ponernos al día. Me gustaría conocer más de ti, que me explicaras lo que quieras, los momentos complicados que estás viviendo o lo que más te apetezca. ¿Quedamos mañana?

—Saúl, me parece que no es una buena idea. Además, quiero pasar la tarde con Lúa, sigo preocupada.

—De acuerdo. Pues nos vemos el viernes. Tengo un plan infalible para que te olvides durante un tiempo de lo que ha ocurrido.

—De verdad que muchas gracias, pero prefiero dejarlo aquí.

—Violeta, somos dos personas adultas que pueden ser amigos o llegar a algo más. Eso ya lo veremos. Pero, como amigos, déjame mostrarte todo lo que hay por aquí cerca, son pueblos pequeños, pero tienen su encanto. —Dudo durante varios segundos—. Como amigos, no hay nada más, te lo prometo. —Me muestra sus manos en son de paz y sus palabras parecen sinceras.

—De acuerdo. —Decido aceptar su propuesta, Saúl es amigo de Eva y también puede llegar a ser mi amigo.

—Perfecto, entonces nos vemos el viernes.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando se acerca a mí para besarme en la mejilla. Pero no es agradable, todo lo contrario. Es una mezcla de frío y miedo. El contacto de su piel con la mía hace que quiera huir, salir de este lugar de inmediato. Y es lo que hago casi sin pronunciar palabra. Subo a mi coche y me voy directa a casa a descansar y consultar con la almohada qué hacer con mi vida.

Lúa está perfecta y ya vuelve a ser la niña de siempre, si no fuera porque se ha pasado el día queriendo quitarse el vendaje que lleva. Suerte que Manu se ha podido quedar con ella y su insistencia ha hecho que aguantara. Aunque tengo dudas de si Manu se ha quedado con Lúa solo por el golpe de ayer o porque no quiere ver a Saúl.

Después de ayudar con la cena, me despido de ellos hasta el domingo y vuelvo a casa con el corazón partido.

El viernes pasa y a la hora que habíamos quedado, voy a recoger a Saúl. Hoy no he querido aventurarme a ir en su coche por si volviera a suceder alguna cosa. A veces las sensaciones se enquistan en la cabeza y cualquier momento te las recuerda y te hace repetir las emociones vividas. Espero poder pasar una noche agradable con él y conversar de nosotros, aunque no sea lo que más me apetece en estos momentos.

Saúl tiene razón, hemos venido a un pueblito precioso, decorado con mucho gusto y con unas luces que le hacen parecer más encantador todavía, si eso es posible. Durante el trayecto, hemos congeniado bastante y nuestra conversación sobre lo que nos ha traído aquí se hace amena y divertida. Enseguida hemos encontrado que tenemos muchas cosas en común y me siento cómoda a su lado. Creo que esta noche será diferente, divertida y que conseguiré olvidarme de todo lo que ha pasado durante estas últimas semanas y disfrutaré del momento, de la compañía y de unas risas.

Al llegar a la plaza central, encontramos una multitud de personas congregadas cerca de una barra donde se están sirviendo copas. En el escenario todavía no hay nadie tocando y la gente hace cola para poder recoger su copa y volver a la plaza a bailar con la música de ambiente que hay por ahora. Mi mirada recorre la zona. La decoración está muy bien conseguida y las luces ayudan a crear un ambiente cálido. Al acercarnos a la barra, mi mirada se cruza con la suya. Esa tan penetrante que me dice demasiadas cosas, pero que en este momento no creo que ninguna sea buena…

Manu… Manu se encuentra detrás de la barra, paralizado, mirándome fijamente. Su rostro está descompuesto cuando me doy cuenta de que voy de la mano de Saúl y él se ha percatado.

—Vamos a probar una copa de este vino, es el que más me gusta.

—No me apetece, además conduzco.

—Por una copa no pasa nada.

—Saúl, Manu está ahí, no me apetece tomar nada. ¿Podemos ir a otro sitio? —Saúl parece desconcertado. Con un gesto rápido, tuerce el paso y se dirige a una de las calles más alejadas de la gente.

—¿Cómo me has traído aquí sabiendo que él estaba?

—No lo sabía. Todavía no hace este tipo de eventos y además tendría que estar en casa con sus hijos, ¿no crees? —Y tiene razón, ya podría haber hecho esto un fin de semana que no tuviera a los niños, que mira que hay… o haberme pedido que me quedara yo con ellos. Eso tampoco me hubiera molestado.

—No sé, supongo que se los habrá dejado a su hermana o a sus padres, aunque puede que

tengas razón.

—De verdad que no tenía ni idea de que él venía, no quisiera enturbiar más vuestra relación, no te hubiera traído aquí de saber que él estaría.

—Está bien. Podemos ir a la otra parte del pueblo.

Saúl vuelve a coger mi mano y nos dirigimos a un bar un poco más alejado del barullo de la fiesta. Después de pedir las copas, le pregunto por su vida.

—Hace algunos meses que me separé. A diferencia de ti, yo no tengo hijos, pero duele igual. Ella decidió que se había cansado de mí y un día cogió las maletas y se fue por la puerta.

—Lo siento, debió ser duro.

—Mucho, sin embargo, ahora creo que es lo mejor. Queríamos una vida diferente, cada uno soñaba con cosas muy distintas. Por eso creo que fue la mejor decisión. —Oculta la tristeza tras una mirada perdida y bebe un gran trago de su cerveza—. ¿Y qué me dices de ti? Por lo que he visto tienes una hija, un exmarido y algún niño más. Hace poquito tiempo que os habéis venido a vivir aquí, no sé bien buscando qué y estás un poco perdida en la vida. ¿Me equivoco?

—Has dado en el clavo en todo, excepto en lo de perdida en la vida. —Al oír esas palabras salir por mi garganta me doy cuenta de que son ciertas. No sé hacia dónde voy, no sé qué hago aquí explicándole mi vida a este hombre y no sé qué pasará en el futuro. Pero voy a hacer caso de mis consejos y voy a vivir el aquí y el ahora, ya veremos que viene mañana—. ¡Por el presente! ¡Por hoy!

—¡Por hoy! ¡Por nosotros! —Chocamos nuestras copas y bebemos.

Ese nosotros me suena a traición, aunque desvío mis pensamientos a hacer preguntas sobre los pueblos cercanos, sus fiestas y sus costumbres y así pasamos una velada muy agradable. Y me parece increíble que haya podido olvidarme de Manu, de mis hijos y de todos los cambios de las últimas semanas y haya disfrutado de este rato de desconexión.

Después de picar algunas tapas y algunas cervezas más de Saúl, yo hace rato que ya solo bebo agua, salimos y vamos a un pub cercano.

Está lleno de gente y nos cuesta llegar hasta la barra. Saúl lleva algunas copas de más y sigue pidiendo, y yo lo siento cada vez más empalagoso y sus manos no dejan de agarrarme.

Siento una presencia sobre mí, unos ojos que se clavan mientras Saúl me tararea al oído una canción de esas modernas donde se habla de besos y sexo… Mis ojos buscan esa presencia que siento y allí están los suyos. Clavados en mí. Sin apenas pestañear, llenos de ira y de rabia. Sin embargo, no está solo, una morena alta y delgada está a su lado, con una mano en su pecho. Pero él no aparta su mirada, siento que me quema y por no ponerme a gritar en medio del pub, entre otras cosas porque no serviría de nada, decido enviarle un mensaje mientras Saúl se va al lavabo.

Violeta:
Hola, espero que haya ido bien la noche.
¿Los niños están con tu hermana?

Manu:
Sí.

Violeta:
¿Te ha tocado trabajar esta noche?

Manu:
Sí.

Violeta:
No me habías dicho nada.
Podría haberme quedado con los niños.

Manu:
No.

Violeta:
Vaya, no tienes ganas de hablar, qué escueto.

Manu:
No.

Violeta:
De acuerdo, mejor lo dejamos para otro día.

Manu:
Mejor.

Violeta:
Que te diviertas.

Manu:
Tú también.

Una conversación poco agradable. Conversación por llamarlo de alguna forma. Los monosílabos de Manu han hecho que mi cabreo aumente y mucho. Saúl llega y decido guardar el móvil, sin embargo, los ojos de Manu siguen clavados en mí y empiezo a sentirme incómoda.

—¿Nos vamos ya a casa?

—¡No sabes las ganas que tenía de que me dijeras eso! Llevo esperando esas palabras desde el primer día que te vi. —Sin poder añadir nada más, me agarra de la cintura y me besa, y yo siento arder mi nuca, pero no del propio beso, sino de esos ojos penetrantes que siguen mirando directos hacia mí y que ahora mismo deben de sacar fuego.

Me separo de Saúl y sin poder evitarlo, miro apenada a Manu que en ese momento se gira y se pierde entre la muchedumbre con su chica detrás de él.

Saúl me coge de la mano y me arrastra hacia la puerta. Salimos de allí con prisa. Aunque creo que no la misma. Yo tengo prisa por llegar a casa, meterme en la cama y dejar de tener este sentimiento de culpabilidad que ahora me invade. Saúl… no tengo ni idea de qué espera de mí, pero hoy no quiero averiguarlo.

Subimos al coche y prefiero aclarar el tema antes de ir más lejos.

—Saúl, te acerco a tu casa, dime dónde vives. —Su silencio me sorprende. Desde que lo conozco siempre ha sabido qué decir en todo momento.

—Si quieres, puedes subir.

—Hoy mejor no, lo dejamos para otro momento.

—De acuerdo, en ese caso ve directa a tu casa que yo vivo cerca. Me iré dando un paseo.

—Gracias por tu comprensión.

—No hay nada que comprender. ¿Nos vemos mañana? Iremos a pasar el día a la montaña,

comeremos en un restaurante un tanto peculiar y pasearemos por el río.

El plan no pinta nada mal. Pero mis dudas aumentan conforme va proponiéndolo.

—Venga, Violeta, vive el presente, vive hoy. —Ahí están, las mismas palabras que utilicé yo hace unas horas.

—De acuerdo. Pero no estaremos demasiado tiempo fuera de casa, comemos, damos un paseo y volvemos.

—¡Tú mandas!

La despedida se hace rara, su boca se dirige hacia la mía y hago esfuerzos y contorsiones para poder esquivarla. Por fin en la cama pienso en la noche tan extraña que acabo de vivir. Me cuesta tanto conciliar el sueño que mi teléfono suena casi sin haber cerrado los ojos.

Decido coger al toro por los cuernos y contestar de forma clara.

—Buenos días, bella durmiente.

—Hola, Saúl.

—¿Estás preparada?

—No he dormido nada, prefiero dejarlo para otro día. Necesito descansar.

—Como quieras. Tú mandas.

—Gracias.

Y me paso el sábado entre las sábanas de mi cama y el sofá. Eva se ha solidarizado conmigo, no sin antes darme su opinión de los hechos y hacerme sentir la peor persona del mundo. Suerte que sé que lo hace para abrirme los ojos, pero muchas veces la verdad duele, y duele tanto que solo quieres evitarla y negarla hasta ocultarla muy al fondo de tu corazón.

Sus palabras resuenan en mi cabeza durante todo el fin de semana.

«Mi querida amiga. ¿Hasta cuando vas a seguir engañándote y haciéndote daño? Si Manu está con otra has sido tú quien le ha empujado a eso, y si estás hecha un lío con Saúl es que no te quitas de la cabeza a Manu. Solo te estás engañando a ti misma y a ellos. Busca en el fondo de tu corazón, no pienses, solo siente. ¿Qué sientes? Tristeza, cariño, calma, amor, miedo, pasión, rabia… solo tú tienes esa respuesta. Piensa en ti, piensa qué ha pasado durante estos últimos meses, qué sientes al recordarlo y cómo quieres seguir tu vida, siempre mirando hacia adelante, sin dar un paso atrás, sin arrepentirte por lo vivido, pero intentando mejorar, sin cometer los mismos errores. Cuando estés preparada para aceptar lo pasado e intentar vivir con todo tu ser el futuro, sabrás qué hacer, qué decisión tomar y con quién. Esa persona puede ser alguien o puedes ser tú misma, no te olvides. Primero tú, primero tu persona para estar bien, y después, si así lo deseas, alguien con quien compartir tu camino, tus errores y aciertos y tu vida».

Capítulo 24
EL REGALITO



Sabes que has tocado fondo cuando te das cuenta de que has perdido el norte, que has perdido lo que más te importaba, tu vida, y que has perdido a la persona que la hacía especial, que te hacía vibrar, la que te conocía y sabía hacerte único e inigualable. Yo lo he ido perdiendo poco a poco y sin ser consciente, primero el trabajo, después la ilusión y ahora las ganas. Y me cuesta seguir adelante, me cuesta creer que ella ya no está y que todo lo que teníamos se ha perdido en el camino, en ese camino que un día construimos y que ahora ya es un sendero sin rumbo.

No necesito más pruebas, ahora sé que Violeta está con otra persona, aunque ella no me lo haya dicho. Y yo debo empezar un nuevo camino, uno sin ella, en el que todo me parece de piedras, unas enormes difíciles de superar, pero debo intentarlo, debo probar a caminar sobre él y aplanarlo para poder continuar con mi vida y conseguir momentos de felicidad.

Salgo directo del pub donde nos encontramos y me dirijo al coche, Lidia, mi acompañante, la chica que me ha presentado un compañero de trabajo y que no se ha despegado de mí en ningún momento, me sigue.

—¿Vamos a otro sitio que se pueda bailar un poco más?

—Lo siento, Lidia, pero debo volver, mañana tengo que madrugar.

—Podemos divertirnos un rato.

—No lo dudo, pero con tres hijos que a las ocho de la mañana vienen corriendo a despertarme, no creo que sea lo que buscas.

—¿Hijos? ¿Tres? Eh… está bien, mmm…

—Puedes irte.

—Me he divertido mucho. —No creo que fuera esta la diversión que buscaba.

—Yo también, buenas noches.

Ya en el coche me río, me río porque como vaya explicando a todas las chicas que quieren conocerme que tengo tres hijos a cada cual más pequeño, no sé cómo voy a conseguir que no salgan huyendo. Prometo ocultarlo la próxima vez, aunque esta me ha ido bien.

Cuando llego, voy directo a la cama a intentar olvidar la noche que he pasado, sin embargo, las imágenes se suceden una y otra vez. Violeta de la mano de otra persona, Violeta sonriendo con otra persona, Violeta besando a otra persona. Odio a esa persona y amo a Violeta. Qué difícil

va a ser esto.

Después de varias horas sin dormir, escucho ruido en la cocina y me levanto. Mi hermana está haciendo ese líquido negro al que soy adicto desde que lo probé.

—¡Vaya cara, hermanito! Una noche dura, ¿mucho trabajo? —Dudo entre inventarme algo o sincerarme con ella.

—Sí, mucho.

—Aunque… eso no es lo que te tiene así, ¿me equivoco? —Para qué le voy a mentir…

—Para nada…

—Venga, escupe… Todavía tenemos un ratito hasta que se despierten tus monstruitos.

—Me encontré a Violeta en las fiestas.

—Aja… ¿Y? —Se acomoda frente a mí ofreciéndome una taza de delicioso café y un gran interés porque le explique lo que necesite.

—Y… iba de la mano de alguien.

—Nooooo, ¿Violeta?

—Y… estaban muy juntitos y acaramelados.

—¿Tu Violeta?

—Y… se besaron.

—¿Mi amiga Violeta?

—Y un trabajador de los viñedos.

—¿Y Violeta?

—Síííí, deja de preguntarme ya. Conozco a Violeta y parece increíble, pero lo que vi fue real.

—Es que me cuesta tanto creer que ella haga esto, que haya cambiado tanto en tan poco tiempo. Si ni cuando salíamos era capaz de conocer a nadie, le costaba hasta intercambiar el número de teléfono. ¿Cómo va a hacer eso en tan solo algunas semanas que hace que no estáis juntos?

—No te engañes, hace meses que no estamos juntos. Aunque no os hayamos dicho nada.

—Joder, hermanito. Aun así, sigo sin creerlo. Hablaré con ella.

—No, no quiero que hagáis más cosas por nosotros. Además, no debes entrometerte, ella ha empezado una nueva vida junto a alguien y le deseo toda la felicidad del mundo. Ahora me tocará a mí empezar de nuevo. No sé por dónde ni con quién, pero…

Seguimos hablando algunos minutos más antes de que los pequeños se despierten. Después, mi hermana se va a su casa y nosotros pasamos un día divertido.

El domingo mis padres hacen una barbacoa y nos invitan a comer. Los primos se lo pasan de lo más divertido y a mí me gusta esto, me gusta sentirme en familia. No quiero ser pesado ni monotemático, pero con todo lo que estamos hablando hoy, a mí me falta ella. Es un día especial, bonito, familiar, pero no me siento completo.

En un descuido, después de conseguir durante todo el día huir de ella, mi abuela se aposenta en una silla a mi lado y ya no tengo salida.

—¿Cómo van los avances en tu matrimonio?

—Abuelita, ya lo hemos hablado, todo sigue igual.

—Hace días que no os veo juntos, pero cuando os veo por separado, solo confirmáis mis pensamientos. Vuestra cara de agrios, de infelices y de estar perdidos en este pueblo tan pequeño, lo dice todo. —Joder con mi abuela—. Te estás envejeciendo, te estás arrugando como una pasa por no tener tus momentos, por no vivir la vida. —Y sigue, todavía hay más—. Vive, renace, sueña, ríe, habla y sobre todo haz, las palabras se las lleva el viento, pero los hechos quedan, quedan para siempre. ¿Has hecho algo con el regalito que te di? —Y dudo entre mentirle

y decirle que se me ha agotado la caja o decirle que yo no, que solo Violeta la ha utilizado.

—Abuela, cambiemos de tema. Te prometo que si necesito alguna cosa te lo diré, hablaré como tú dices, pero por ahora todo está bien, estoy bien.

—Pero… ¿cómo te atreves a decirme que estás bien con esa cara mustia que tienes cada día y esos kilos que vas perdiendo por el camino? Puedo ser vieja, pero por eso mismo no soy tonta. He vivido ya mis años y no quiero que tú malgastes los tuyos. —Me quedo extrañado mirándola como si hubiera cambiado, como si ese recuerdo de cuando era pequeño de abuelita dulce que me cuidaba hubiera desaparecido. De repente cambia su semblante y una sonrisa pícara vuelve a su rostro—. Necesito un favor. —Y miedo me da—. Esta semana tenemos que ir a la ciudad a buscar unas telas a una tienda. Más o menos sabemos cuáles queremos, pero nos gustaría tocar el tejido para ver si podemos coserlas con las máquinas que tenemos. Necesitaría que me acompañaras, a mí y a la hija de Magdalena.

—Abuela… ¿estás tramando algo?

—Para nada. Tranquilo, la hija de Magdalena tiene casi sesenta años, no creo que sea tu tipo. Si quisiera tramar alguna cosa, ten por seguro que no sería con ella.

—De acuerdo, pero necesitaré pedirle a Juan salir antes del trabajo porque, de lo contrario, no tendremos tiempo.

—Sí, tú sal un poquito antes y al día siguiente lo recuperas.

Con planes para mi próxima semana salgo de casa para llevar a los niños con su madre que ya me ha avisado de que ha llegado. Las pocas ganas que tengo de ver a Violeta desaparecen en cuanto abre la puerta y nos recibe con una sonrisa enorme y esos brazos abiertos esperándonos. Bueno, a mí no, a sus hijos que corren a abrazarla y a comérsela a besos. Lo que me encantaría hacer a mí, pero que está haciendo otro.

—Hola, Manu. ¿Te quedas a cenar? —Esta preciosidad me desconcierta, tan pronto me dice que no podemos seguir así, que confundiremos a los niños, como que me pide que me quede a cenar con ellos.

—Hoy no puede ser, esta semana será dura, tengo mucho que hacer.

—Manu, me gustaría hablar contigo antes de que saques conclusiones precipitadas. —Mientras habla me despido de mis hijos y voy recogiendo mis cosas. No puedo mirarla, me derrito al hacerlo, me muero por quedarme con ella, pero no puedo ser débil, ella ya ha decidido y no quiero escuchar lo que quiere decirme.

—No, prefiero irme a casa. Mañana intentaré venir un rato, aunque ya sabes que estas semanas tendré que hacer más horas y no podré. Y el miércoles mi abuela me ha pedido que vaya con ella a la ciudad. Necesitaría el coche.

—Sí, por supuesto, pero quiero hablar contigo, lo necesito, lo necesitamos y preferiría que fuese hoy.

—Yo no, Violeta. Hoy no puedo. Buenas noches.

Y salgo de casa con un nudo en la garganta que me pide gritar y huir de este lugar, de ella, porque duele, sus palabras, sus gestos, sus miradas, todo me duele cada vez más. No quiero escuchar sus explicaciones. Que está conociendo a alguien… que está trayendo a alguien a nuestra casa… que está enamorándose… no puedo.

Los días van pasando y yo cada vez dedico más horas a las bodegas. Mis conocimientos van creciendo y parece que estoy aprendiendo rápido. Juan no para de decírmelo. Lo cierto es que me gusta, he encontrado un empleo al que dedicar mi tiempo y me produce satisfacción hacerlo.

Lo que no me gusta nada es cruzarme con Saúl por los pasillos. Saúl y su sonrisa que me dan ganas de quitársela de un puñetazo. Aunque para evitarlo aprieto mucho los puños y la

mandíbula y paso rápido y ligero por su lado pronunciando un «hola» casi inaudible.

El miércoles llega y mi abuela me envía un mensaje de que al final no puede venir y que vaya con la hija de Magdalena a buscar las telas, que ella sabe de tejidos.

Quedamos en la puerta del coche que Violeta ha dejado aparcado cerca de su casa y mientras espero a la hija de Magdalena voy poniendo música.

Oigo como pican a la ventanilla y al girarme observo a una chica de unos treinta años, pelirroja y de ojazos verdes que me saluda.

—¡Hola! ¿Eres Manu? —No me salen las palabras, solo algunos tacos dirigidos a mi abuela. Si esta mujer tiene sesenta años que venga alguien y me pellizque—. Soy Sandra, la nieta de Magdalena. Ella no ha podido venir y como yo tengo que ir a la ciudad a buscar unas pinturas, me ha pedido si podemos ir juntos y así yo también le echo un ojo a las telas.

—Eeeehhhh… bueno… No sé si puedo ir. Esto… mi abuela…

—Sí, lo sé, han tenido un imprevisto y no puede venir tampoco. Por eso, si quieres podemos ir en mi coche. —Dudo durante varios minutos de si seguir adelante o aparcar el coche e ir directo a cargarme a mi querida abuelita—. Manu, ¿te pasa algo?

—No, tranquila. Podemos… sube, vamos en este.

Y una preciosidad pelirroja se sienta en el asiento del copiloto y se dispone a estar a mi lado durante dos horas. Qué víbora que es mi abuela. Pero bueno… por ahora es lo que hay.

Iniciamos el trayecto en silencio. Subo el volumen de la música para romper la incomodidad, aunque a los pocos kilómetros, Sandra rompe el silencio iniciando una conversación muy cómoda y tranquila que me hace calmar mis nervios y mis ganas de no volver a dirigirle la palabra a mi abuela.

Sandra me explica que llegó aquí hace algo más de un año buscando una vida tranquila para ganar calidad para ella y sus futuros hijos. El destino quiso que su pareja no tuviera los mismos deseos y a los pocos meses de no tener un acuerdo sobre ellos, se separaron. Cuando toca mi turno me siento cómodo para sincerarme con ella. Ya conoce algunos motivos por los que llegamos aquí, su abuela la ha puesto al día, pero por primera vez siento que empiezo a encontrar mi lugar, que me he hecho a una rutina y una vida sencilla, que quitando el mal momento por el que pasa mi relación con Violeta, todo lo que me rodea empieza a tener sentido, empiezo a sentirme en casa y al lado de las personas que quiero estar. Por primera vez, cuando lo expreso, no me ahogo, no me duele haber dejado Ámsterdam y siento que es un buen comienzo, el comienzo de algo que está por llegar.

En la tienda de tejidos estamos pocos minutos, suerte que Sandra tiene las ideas claras y sabe lo que quieren en la asociación. Después la acompaño a la tienda especializada en pinturas. Ella pinta cuadros y se dedica a comprar lienzos, pinceles, pinturas y demás utensilios para su tarea. La observo mientras recorre los pasillos, es alta, con un cuerpo perfecto, un precioso movimiento de caderas y al girarse, me dedica esa mirada y esa sonrisa que podría mover montañas, aunque no las mías, no las mismas que quiero mover yo. Seguro que mi abuela ha estudiado mucho esta cita a ciegas que me ha organizado. Ha escogido muy bien a su presa, tiene buen gusto la mujer, pero no es para mí, ahora no. Solo puedo pensar en Violeta, en esa parcela de mi vida que me gustaría restablecer, y, aunque sé que ya es tarde, que ella tiene a alguien, por ahora no puedo dejar de pensar en ella.

Decidimos tomar algo cerca de allí antes de la vuelta y recibo un mensaje de mi abuela en el momento en el que Sandra se dirige a los lavabos.

Abuela:

Vive el momento, disfruta del ahora.

En el maletero del coche tienes una
bolsa con un regalito.

Decido no contestar hasta ver qué ha preparado esta vez mi querida abuelita.

Antes de subir al coche, mi curiosidad actúa y me pide mirar en el maletero y abrir ese regalo, tras lo cual casi me da un síncope al ver la cara de pocos amigos con la que me mira Sandra al desenvolverlo y ver una caja de preservativos. Una más. «Vive el momento». Las palabras de mi abuela resuenan en mi cabeza y no sé en qué momento se ha vuelta tan moderna la mujer.

Sandra sigue sin retirar su cara de asombro de la caja y entrecierra los ojos entre ella y mi persona.

—No… no… no es lo que parece…

—Tranquilo, podemos irnos…

—Esto… mi abuela nos ha hecho una encerrona. —Sandra se mete en el coche sin decir nada más.

Cierro el maletero y decido ser sincero con ella. Me encanta, es una persona que vale su peso en oro y sé que no lo ha pasado nada bien. Por eso me armo de valor y soy todo lo sincero que puedo ser.

—Sandra, yo…

—No tienes que decir nada.

—Ya, pero quiero ser sincero. Creo que nuestras abuelitas nos han hecho una encerrona.

—Sí, yo también lo creo, aunque no me arrepiento. Eres una gran persona, Manu, pero no podemos ser más que amigos. Ahora mismo no puedo iniciar una relación. —Me está rechazando. Vaya, esto sí que no me lo esperaba, aunque reconozco que me ha allanado bastante el camino.

—Estoy de acuerdo. Mi vida es un caos ahora mismo. Y mi corazón pertenece a otra persona. Esta tarde me lo he pasado genial, hemos podido hablar un poco de todo y me ha gustado la sensación de conectar con otra persona fuera de mi círculo. Me encantaría tener una amistad contigo, pero dudo de que esto pueda llegar a algo más, por más que nuestras abuelitas se lo propongan.

—Entonces estamos de acuerdo. Me encantaría volver a quedar contigo y tomar algo, pero solo puedo ofrecerte eso, una gran amistad.

—Me parece genial.

Y hacemos el camino de vuelta tramando cómo devolverles esta broma a nuestras respectivas abuelas.

Capítulo 25
DE CERO



Manu lleva días sin aparecer por casa cuando yo tengo a los niños. Me parece extraño porque antes no pasaba un día sin venir a verlos. ¿Será que me está evitando? No puede tener tanto trabajo… Sabe que quiero hablar con él y seguro que no viene para no hacerlo.

Le he dejado el coche aparcado cerca de casa con una bolsa en el maletero, tal y como me dijo Antonia ayer.

Su conversación volvió a remover mis sentimientos, aunque decidí no hacer caso a esa mujer que, por otro lado, me abre los ojos con sus discursos cada vez que viene y me deleita con uno de ellos.

«Sé que no está en mis manos el hacer que dos personas se amen, pero tampoco está en ellas dejarlos equivocarse una y otra vez. Si vieras a tus hijos chocarse cada día con la misma pared, ¿no harías algo? ¿Irías y les explicarías que hay una pared y que hoy en día es imposible de traspasar? O… ¿los dejarías que siguieran dándose golpes una y otra vez hasta no poder más? Pues eso es lo que creo que estáis haciendo tú y Manu. Daros golpes contra todo lo que encontráis en lugar de girar y cambiar de rumbo cuando encontráis una pared o un muro delante de vosotros que os separa y no os deja ver a través de él. Me gustaría que os dierais cuenta, que de una vez por todas dejarais vuestras diferencias a un lado y pusierais sobre la mesa todas vuestras afinidades. Solo así podréis superar este y todos los muros que se pongan delante de vosotros».

Y antes de irse me entregó la bolsa.

«Esto es un detalle para vosotros. Solo si deseas superar este muro con mi nieto, ábrelo. Si no quieres, déjalo así, sin abrir, en el maletero del coche, por favor».

Y así lo hice. No porque no quisiera superar este muro que nos separa, sino porque si lo superamos quiero que sea por Manu y por mí, no por ser marionetas de Antonia.

Todos mis pensamientos se desmoronan cuando veo a Manu subir al coche y seguidamente a una pelirroja despampanante y fabulosa que se acerca a él y sube al asiento del copiloto. Enseguida emprenden la marcha y yo me quedo paralizada, una punzada va directa a mi corazón. Me quedo helada y todos mis objetivos se desvanecen. Porque después de que nos viera juntos a Saúl y a mí, decidí explicarle que no hay nada entre nosotros y que podríamos darnos una

oportunidad, una en la que empezáramos de nuevo, de cero, olvidando nuestros momentos difíciles y creando otros nuevos y más felices. Pero no quiso, se negó en rotundo a hablar conmigo de nada. Y ahora entiendo por qué, porque él ya ha pasado página, está con otra persona, alguien que ocupa su corazón.

—Violeta, ¿estás bien? ¿Estás llorando? —Clara se acerca a mí y me mira sorprendida, al igual que yo que no me he dado cuenta de que las lágrimas ya cubren todas mis mejillas.

—Sí… estoy bien. Es que… acabo de ver… nada, da igual.

—No, no da igual, ¿qué acabas de ver? —Es su hermano, pero ella también es mi amiga—. Insisto, Violeta, ¿qué pasa?

—Acabo de ver a tu hermano subir al coche con una mujer guapísima.

—No te creo…

—Ya te digo yo que sí. Y… ¿por qué voy a inventármelo?

—No lo sé, pero ya te digo yo que es imposible.

—Te aseguro que acaba de irse por allí con una chica despampanante y lo sé porque era él en mi coche y la he visto a ella también.

—No es posible, bueno… sí que lo es, pero tendrá una explicación.

—¿Qué es lo que tendrá una explicación? —La abuela de Clara y Manu entra en nuestra conversación.

—Abuela, Manu tenía que ir hoy a la ciudad a por telas, ¿cierto?

—Sí.

—Y… ¿con quién ha ido?

—Con alguien.

—Abueeeeeela. Tú sabes más de lo que dices.

—Y vosotras más de lo que explicáis. ¿Abriste el regalito? —Se gira descaradamente y se dirige a mí.

—No, está en el maletero del coche como me dijiste.

—Perfecto. Otra vez te has dado con la pared. Créeme que un día te harás daño. Por lo menos alguien lo disfrutará. —Y sin añadir nada más, se va a jugar con los niños.

—¿De qué regalito habla?

—No lo sé, me dijo que, si quería arreglar lo nuestro, lo abriera, sino que lo dejara en el maletero. Y eso hice.

—Me cuesta creer que tú y mi hermano ya no estéis juntos. Desde que os conocisteis, sabía que estabais hechos el uno para el otro.

—Ya, pues las cosas cambian, nosotros cambiamos y tu hermano ha decidido cambiarme. Así de simple.

—Déjame que investigue un poco y te digo. Mi abuela está algo turbia últimamente.

—Sí, sin embargo, tiene razón en muchas cosas.

—En todas diría yo. ¡En todas! Y… ¿tú no tienes nada que explicarme? —me cuestiona arqueando repetidamente las cejas—. ¿Hay alguien por ahí?

—No, definitivamente no. No hay nadie.

—Ya me parecía a mí.

—¡Oye! ¡¿Qué te parecía?! ¿Qué es tan imposible que esté con alguien? —No es que quiera estar con otra persona, pero su afirmación molesta.

—No, no es eso, pero creo que tienes a mi hermano demasiado tatuado en tu cuerpo y en tu corazón como para estar con otra persona tan pronto.

—Si lo dices por Saúl, solo es un amigo. Nada más. El domingo quería aclarar las cosas con

tu hermano, pero se negó.

—Pues creo que deberías insistir.

—Sí, ¿lo hago ahora mismo que está ocupado con cierta pelirroja? ¿O mejor me espero a que acaben?

—No, no es necesario hacerlo ahora. Pero encuentra el lugar y el modo.

Recogemos y nos dirigimos cada una a nuestra casa. Mi mente sigue ocupada con las imágenes de ellos dos en el coche y no consigo dormir hasta que, pasada la medianoche, escucho un vehículo y mi sexto sentido me hace mirar por la ventana. Ahí están los dos, no estaba equivocada. Salen del coche y se van juntos hasta que les pierdo de vista.

El resto de semana pasa tranquilo y el domingo llega sin más imprevistos que la visita de Saúl en el parque justo antes de que llegue Manu. Y se me hace extraño, se acerca primero a mí y me da dos besos. Después se anima a jugar con mis hijos y se queda algo más de lo necesario.

Al llegar Manu, nos encuentra jugando al pica-pared en un intento de que las gemelas consigan estar quietas. Algo imposible.

—¡Qué bien os lo estáis pasando! —Los niños corren a los brazos de su padre dejándonos a Saúl y a mí solos en el juego—. Ya ha llegado papá, vamos a casa a cenar. Ya podéis iros. —Ahora se dirige a nosotros, con un gesto seco de manos nos dedica una extraña mirada girando sobre sí mismo y llevándose a los niños a casa.

—¡Espera! No me he despedido de ellos. Y debo recoger mis cosas. Y Saúl ya se iba.

—Te espero aquí, Violeta. —Pues parece que no, que no se va…

—No es necesario, me iré en coche a casa. Ya nos veremos, Saúl.

Me doy prisa para llegar al lado de Manu y coger a una de las pequeñas.

—¿Podrías llevarme a mi casa? No tengo coche —me pide Saúl y me giro porque me parece extraño que haya venido sin coche—. Se me estropeó y un amigo lo está arreglando. Si puedes acompañarme te lo agradecería.

—Está bien. Dame cinco minutos, ahora salgo.

Entro en casa y me despido de los niños. Recojo la maleta que me sirve para trasladar las pocas cosas que muevo de una casa a otra y me despido de Manu que está con Leo cabizbajo. No levanta la cabeza ni un momento de la mesa donde están jugando con unos muñecos, puede que no me haya ni oído o que se haga el sordo. Sé que no le ha sentado bien que Saúl estuviera aquí conmigo, pero él tampoco está solo.

Cierro con delicadeza y mucho dolor en el corazón la puerta y respiro profundamente durante varios segundos, incluso algún que otro que minuto hasta que noto unas manos que cogen mi equipaje.

—Mañana volverás a estar con ellos. —¿De verdad lo cree? Me parece que Saúl no habla de estar con ellos de la forma que quiero estar. Como una familia, como lo que un día fuimos, todo lo que un día fuimos—. ¡Vamos! —Me abraza y me besa en la frente. Un acto fuera de lugar, pero que ahora mismo agradezco, que necesito, necesito unas manos que me sostengan, que me ayuden con todo esto que me está pasando.

—Gracias. —Y lo agradezco de corazón.

Nos dirigimos al coche y Saúl me propone ir a tomar algo, pero rechazo su invitación. Ahora mismo, la persona que mejor sabe recibir mi dolor y mis lágrimas es Eva, así que, después de aparcar, me despido de Saúl, que una vez más comprende mi dolor, y subo a refugiarme en los brazos de mi querida amiga. Esos que me recogen en pedazos y me recomponen poquito a poco, con sus palabras, con su cariño, sabiendo escuchar y ofreciéndome su hombro para llorar. No podría sobrevivir los domingos sin ella. Y, una vez más, lo consigue, consigue hacerme sonreír

después de la gran tormenta que se produce en cuanto entro en casa y sus brazos me acogen.

—Esta semana haremos cosillas diferentes. Pasearemos, saldremos, beberemos y comeremos. —Miedo me dan los planes de Eva, pero mientras me hagan olvidar este dolor que siento, me apunto.

Capítulo 26
SE HA ACABADO



Después de la cita a ciegas organizada por mi abuela tuve una seria conversación con ella de la cual ella salió más vencedora, si cabe, y yo hecho un matojo de dudas y todavía más perdedor, si puede ser.

—No puedes seguir haciendo de las tuyas. ¿Tú sabes la cara que se le quedó a Sandra al ver tu regalo?

—Me hubiera encantado verla por un agujero. —Y cómo se ríe—. Esa chica lo ha pasado mal y le vendría muy bien una alegría para el cuerpo. —Esto es una cámara oculta… Miro a mi alrededor, pero no veo nada.

—Es una mujer encantadora.

—Y guapa, no lo puedes negar.

—Y guapa, sí. Sin embargo, me gustaría poder escoger por mí mismo. Y sin tener que dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer.

—Es espectacular y a ti tampoco te iría mal una alegría para el cuerpo para calmar un poco esa cara de agrio que tienes últimamente. Aunque, debo decirte que cada día mejoras un poquito más. ¿Será que ya estás encontrando tu camino? O… ¿al final utilizaste alguna de las dos cajitas? Dame una buena noticia, anda… —Me parece tan surrealista tener esta conversación con mi abuela que me planteo por qué la he iniciado.

—No, abuela, y si así fuera tampoco te lo diría.

—Si así fuera, lo sabría. ¿Sabes los beneficios que provocan en la piel los orgasmos? —Me atraganto, me atraganto con mi propia saliva. No puedo creer que esté hablando de este tema con ella.

—Abuela, por favor. No puedo seguir teniendo esta conversación contigo.

—Pues deberías. De todas formas, es importante que utilices protección. Sobre todo, porque no quiero más bisnietos, ¿eeeehhh? Que no es que no me gusten, pero ya tienes suficiente trabajo con tres. —¡Ay, mi madre! En qué momento pensé que podía calmar a esta fiera—. Por otro lado, no sé qué estarás haciendo para cambiar esa cara y ese estado de ánimo, pero sigue así. Ya veo resquicios del nieto que un día tuve y que sé que está ahí dentro. Así que sigue buscando que vas por buen camino. —Aprieta su dedo índice contra mi pecho señalando a mi corazón. Y yo

me alegro de que se note, de que se haya dado cuenta, porque, aunque mi corazón sigue hecho pedazos, ya no siento esa tristeza profunda, ese sinsentido a mi vida.

Soy consciente que para mi felicidad me falta Violeta, no porque no pueda ser feliz sin ella, sino porque la amo con todo mi corazón y no me he dado cuenta hasta que me he cerciorado de que la he perdido para siempre. Sin embargo, debo seguir adelante, debo ser fuerte y superar este dolor y para eso, cuento con muchos momentos de alegría que están haciendo que vuelva a sonreír poquito a poco.

Pero todo se vuelve negro el domingo cuando lo veo. Saúl, él es la fuente de mi profundo dolor y verlo junto a ella y mis hijos, me hace sentir puñales en mi pecho.

Después del mal rato pasado, Violeta cierra la puerta y yo me descompongo. Aunque me toca ser fuerte delante de mis hijos, no puedo evitar derramar alguna que otra lágrima. Me aprieto el puente de la nariz para que Leo no se dé cuenta, pero todo es en vano.

—Papá, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—No estoy llorando, cariño.

—Ah, ¿no? Te pican los ojos, ¿quieres gotas? —Me encanta la sencillez de los niños delante de los problemas—. ¿Te acuerdas de que me preguntaste si mamá tenía un amiguito? —Asiento incrédulo ante la memoria de mi hijo y me hago una nota mental: «no volver a preguntarle nada relacionado con los amigos de su madre»—. Pues sí que lo tiene, se llama Saúl, hoy ha venido a jugar con nosotros y nos lo hemos pasado muy bien. Es un buen amigo.

—Sí, cariño, es un buen amigo. —Espero haber resultado convincente.

—Y además es divertido, y muy simpático. Pero muy malo al fútbol, le he marcado seis goles. Prefiero jugar contigo. —Una carcajada sale de mi garganta.

—Es hora de cenar.

—Sí, papá, pero me gustaría que no os fuerais.

—¿A qué te refieres?

—Tú y mamá, que volvierais los dos a casa y que volvamos a cenar todos juntos.

—Eso ya no pasará. Mamá y yo no volveremos a estar juntos. Pero podremos cenar los cinco algún día. —La decepción se palpa en su rostro, aunque asiente y sigue jugando a lo suyo.

Iniciamos la semana con novedades en redes sociales. La empresa necesita crecer, abarcar nuevos mercados y le muestro a Juan todo lo que se puede conseguir publicitándonos bien. A Juan le parece genial y enseguida nos ponemos manos a la obra. En menos de una semana la empresa empieza a navegar y son muchos los que se interesan por nuestros vinos.

Me encargo de revisar todas las publicaciones y promociones, añadiendo y aceptando algunos pedidos nuevos, que, aunque no son muchos, ya sirve para darnos a conocer.

El fin de semana llega rápido y casi sin darme cuenta. Después de acostar a los niños, me dedico a mirar cómo va cogiendo forma esta nueva plataforma. Me detengo en una publicación que nada tiene que ver con los vinos. Es el perfil de Saúl. No doy crédito a lo que ven mis ojos. Entro en su perfil y ahí está. Durante estos últimos días, no ha parado de publicar fotografías de él y Violeta juntos. Besos, abrazos, paseos, puestas de sol, fotos de ellos junto a Eva y otro chico… Un sinfín de publicaciones que confirman mis sospechas.

Cierro el móvil y decido poner fin a este sufrimiento. Se ha acabado.

Violeta llega decidida a mantener una conversación que me aterra, no quiero escuchar lo que sea que lleva días queriéndome decir. Ahora soy yo quien no quiere cenar juntos, ahora soy yo quien va a poner límites. Unos límites contra el dolor que puede provocarme escuchar de su boca esas palabras que tanto temo: «Me he enamorado de otro». Y no, no le doy opción a ello.

—Manu, tenemos que hablar. Quédate a cenar, por favor.

—No puedo, debo irme.

Me despido rápido de los niños y salgo apresurado por la puerta mientras ella sigue diciendo que necesita explicarme alguna cosa y me sigue hasta que ya no puede más.

Esta semana voy pocas veces a ver a mis hijos con la excusa de que tengo que trabajar. Me dedico totalmente a mis tareas para mantener la mente ocupada, aunque cada noche reviso el perfil de Saúl por si hay más fotografías. Y sí, encuentro alguna que otra, lo que hace que cada vez me duela más.

Una tarde decido quedar con Sandra. Hemos mantenido el contacto por teléfono y me ha pedido que le eche una mano con una publicación de la asociación de mi abuela. Así que decidimos quedar en un bar cercano a la asociación que está en el pueblo contiguo al nuestro. Allí me sincero totalmente con ella. Le explico los momentos tan difíciles que estoy viviendo y cómo siento que he perdido todo lo que tenía con ella.

Sandra, al ver cómo me vengo abajo, acerca su silla a la mía y me tiende un fuerte abrazo. De esos abrazos que solo los amigos dan sin necesidad de pronunciar palabra. De esos que sabes que pase lo que pase estará ahí para escucharte, abrazarte, sostenerte y, si es necesario, darte alguna que otra torta para hacerte ver la realidad.

—¿Manu? —Al oír mi nombre levanto la vista sin darme cuenta de que sigo en los brazos de Sandra llorando a moco tendido.

—Ehhh. Ah, hola, Clara. —Me limpio las lágrimas mientras Sandra se recoloca rápidamente.

—Hola, Clara. —Parece que ya se conocen

—Ehhhh. Sí, Clara, Sandra, una amiga. —La expresión de Clara no me gusta, me interroga con la mirada y esta no dice nada bueno—. Estábamos hablando de Violeta. Ya te explicaré.

—Voy al baño. —Sandra sale por patas de nuestro lado, supongo que se ha percatado de lo incómodo que me siento y ha decidido darnos nuestro espacio.

—No es lo que parece.

—Últimamente nada es lo que parece. Así que te voy a ser transparente, hermanito. Parece que estés llorando, dando pena y suplicando para tener un poquito de sexo. Eso es lo que parece.

—Pero ¡qué dices! ¡No!, Sandra es una amiga y nada más.

—No pienso lo mismo, digamos que no es la primera vez que te veo junto a ella.

—¿Cómo? —Su afirmación me provoca dudas.

—Ya hablaremos, Manu. —Clara cambia de tema en el momento en el que vuelve Sandra—. Nos vemos, Sandra.

—Sí, nos vemos pronto.

Clara se despide y yo me siento el hombre más penoso de la tierra. ¿Parece que esté suplicando sexo? Para nada es lo que necesito en este momento. ¿O sí?

Después de este momento tan incómodo, decidimos ultimar la publicación de la asociación y quedamos en vernos otro día.

La conversación con mi hermana no se hace esperar. Sabía que querría tener más información sobre nuestro encuentro, pero no pensaba que tuviera tanta prisa. Al día siguiente quedamos para cenar y sus diversas insinuaciones empiezan a quemar en mi mente.

—Estás ciego, Manu. Deberías espabilar, no te das cuenta de nada y tendrías que estar tomando medidas en lugar de quedar con Sandra. Que seguro que es una bellísima persona, pero no es para ti.

—No te estoy entendiendo. Te he explicado que Violeta está con otro, que quiere a otro y

que ahora mismo no está pensando en mí ni en la familia que tenemos.

—Pues lucha, pelea por lo que deseas en realidad y olvídate del resto. Sé que ella no te ha olvidado, aunque esté con otra persona, sé que ella quiere estar contigo, que le duele verte con Sandra, que te echa de menos, que quiere volver a intentarlo. Pero te pregunto, ¿tienes valor tú para volver a probar? ¿Podrías empezar de cero con ella? ¿Estarías dispuesto a olvidar parte de lo que habéis pasado y volver a empezar?

—Sí, sí y mil veces sí —lo expreso sin pensarlo demasiado.

—¿Incluso si ella ha estado con otra persona?

—Me costaría. Eso me costaría más, pero supongo que podría superarlo.

—Pues es lo que debes superar. Si crees que lo vuestro es más fuerte que todo lo que habéis pasado, que todo lo que habéis vivido estos últimos meses, debes luchar por ella, luchar por todo lo que fuiste un día. Si, por el contrario, no puedes olvidar estas últimas semanas, tira la toalla y sigue conociendo a Sandra. Es de las mejores personas que puedes encontrar por aquí. La conozco desde que llegó al pueblo y quiso ayudar y colaborar en la asociación y te aseguro que no lo ha pasado nada bien. Por eso y por todo lo que hemos hablado, sé sincero con ella, pero ante todo sé sincero contigo mismo.

Capítulo 27
MUCHA SUERTE



Eva es un amor de persona y de amiga. No me ha dejado en toda la semana. Ha estado pendiente de mí, de mi estado de ánimo, de mi humor y de mi persona, tanto que no sé si algún día conseguiré agradecérselo.

Ha organizado salidas, excursiones y planes todos los días, respetando el tiempo que podía pasar con mis hijos. Cada día al llegar tenía una actividad preparada. Hemos ido a tomar alguna copa las dos solas para poder charlar sin tapujos, hemos salido a cenar con Saúl e Iván, el fin de semana hemos ido a conocer otros pueblos y a hacer alguna pequeña excursión. Ha sido mi hombro y también mi pañuelo cuando decaía y ha sabido levantarme cuando yo creía que no iba a poder.

Ya han pasado más dos meses desde que Manu y yo iniciamos este pequeño acuerdo y he llegado a la conclusión de que no puedo estar más arrepentida de ello. Pero quiero hacer las cosas bien, si voy a ir a por él, si voy a ir a por todas que sea con todo y a apostarlo todo por nosotros.

Este fin de semana hemos vuelto a quedar el grupo de madres para poder celebrar que el final de curso se acerca y que es posible que no volvamos a juntarnos todas porque cada una sale de vacaciones en unas fechas diferentes. Después de la cena, nos acercamos a un karaoke que a Clara le divierte mucho y en cuanto tiene ocasión, me acorrala con alguna que otra pregunta.

—¿No piensas explicarme que tienes un ligue? —Mi expresión la hace exaltarse un poco—. Venga, Violeta, que mi hermano me lo ha explicado todo, que hasta te he visto en fotografías y abrazada a él.

—Te aseguro que no sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de Saúl, pero ya veo que te va a costar sincerarte conmigo. Aunque hayas dejado a mi hermano, podrías seguir siendo sincera y explicarme tus aventuras. Mi tristeza sería pasajera y saber que eres feliz la haría más llevadera.

—Para empezar, yo no dejé a nadie, fue un acuerdo mutuo. —Afirma con la cabeza y con algo de resignación—. Y si quieres hablamos de mi amigo Saúl, que no es más que un amigo. No sé qué película se habrá hecho tu hermano, aunque me lo puedo imaginar. Pero llevo semanas intentando darle explicaciones de lo que sucedió, que tampoco debería, y no ha querido

escucharme. Aunque lo entiendo y me hago cargo, pero podría haberme dejado decirle que solo somos amigos, que entre él y yo no hay nada y que me muero por… —Al observar su cara de asombro, soy consciente de que estoy hablando con la hermana de Manu, sí, también es mi amiga, pero no quiero que conozca mis sentimientos para ir corriendo a explicárselos a su hermano y a esa novia nueva que tiene.

—Puedes seguir, si estoy segura de que sigues queriéndole, por eso no entiendo qué haces con otra persona.

—Te estoy diciendo que entre Saúl y yo solo hay una gran amistad.

—¡Ya! Una amistad con derecho a roce y alguna alegría para el cuerpo.

—No te estoy entendiendo.

—Pues que sé lo de los preservativos, podías haber sido más discreta que Manu los encontró en la papelera.

—¿Qué preservati…? —Se me congelan las palabras al caer en aquel día en el que Leo salía corriendo con ellos en la mano y yo le perseguía. Me tapo la cara.

—Sí, esos. Y también que os disteis el lote justamente el día que mi hermano se estrenaba con un evento importante para él.

—Eso no es…

—Y he visto las fotografías donde salís paseando, de la mano, abrazados… y muchas más. He esperado, he esperado a que me lo explicaras porque pensaba que no era verdad, que todo eran suposiciones de mi hermano, pero si hasta se lo has presentado a tus hijos, ¡ha estado jugando con ellos! ¿Y me dices que solo es un amigo?

Me caigo de culo en uno de los sofás donde ya han venido el resto de mis amigas y siento que mi pecho va a estallar de un momento a otro. No escucho nada más, no veo a nadie, solo siento los latidos de mi corazón retumbar fuerte, queriendo salir, escapar, gritar…

—Violeta, Violeta, ¡Violet! ¿Estás bien? —Clara me zarandea para que reaccione.

Siento que me falta el aire, me cuesta respirar. Todos los momentos vividos junto a Saúl pasan por mi mente. Sus abrazos, sus besos, sus caricias, para mí no significaban nada, pero para él puede que fueran mucho más de lo que yo le expresaba. A mi cabeza acuden todas las imágenes inofensivas para mí, pero que a la vista de otra persona bien pueden parecer engaños.

—No, no lo estoy… No es cierto, Clara, nada de todo lo que me has dicho es cierto. No sé de qué fotografías hablas, pero ahora entiendo por qué Manu no ha querido hablar conmigo durante todo este tiempo. Por qué me ha negado una conversación. Y he sido yo quien le ha empujado a irse con la primera que pasase.

—Sandra es una persona excelente, pero no es su pareja. Se han conocido por circunstancias accidentales —su cara denota picardía y hace un gesto de comillas con sus manos— y han quedado para… mejor te lo puede explicar él.

—Pero no me da pie a hacerlo. Estoy pensando cómo… —Hago una pausa mientras organizo mi mente para asimilar toda la información que me está dando mi cuñada—. ¿Tú me ayudarías?

—¿Ayudarte a qué?

—A reconquistar a Manu. A hacerle una pequeña encerrona para que quiera hablar conmigo. A explicarle que todo ha sido una historia de su cabeza, que…

—Hay muchos hechos que hacen que esa historia sea real.

—Sí, lo sé, ahora me doy cuenta, por eso voy a necesitar ayuda.

—¿Ayuda para que mi amiga vuelva a ser feliz junto a mi hermano que también podría volver a serlo? ¡Aquí me tienes! ¡Mucha suerte! —Brindamos ajenas a las miradas de algunas de las personas de nuestro grupo de amigas que se unen al brindis sin entender demasiado por qué

lo hacemos—. ¡Por los nuevos inicios!

—¡Por nosotras! —Juntamos nuestras copas y le hago un guiño a Clara.

Seguimos la noche entre canciones, gritos, bailes y mi hazaña para conseguir que Manu me escuche y que podamos darnos esa última oportunidad que necesitamos, por lo menos yo, yo sí que la necesito.

Lo primero que hago al día siguiente es quedar con Saúl y aclarar nuestra situación. Durante estos meses que he estado fuera de mi hogar, fuera de mi familia, he sido consciente de que soy fuerte, de que puedo llevar esta situación y que no necesito a nadie a mi lado. Pero también me he dado cuenta de que sigo enamorada de mi marido y que lo que más deseo es estar con él, es volver a vivir a su lado y formar esa familia con la que un día soñamos.

Así que, con las ideas muy claras en mi cabeza, decido explicarle a Saúl que no podemos seguir viéndonos, que es una bellísima persona, pero que, ahora mismo, pienso luchar por lo que más deseo recuperar: Mi familia.

—Siento mucho si en algún momento te he hecho creer lo contrario Saúl, estaba confundida, aunque no quería confundirte a ti también. Ahora sé que quiero estar con Manu, aunque no me importaría seguir teniendo tu amistad, si puede ser.

—La tendrás, Violeta. Eres magnífica y espero que seas feliz. Sabía que seguías enamorada de él, tanto Eva como tú lo confirmabais en muchas conversaciones, aunque me había hecho ilusiones de que eso algún día cambiara y pensaras en mí como en algo más que un amigo. Pero no lo he conseguido. No ha podido ser y aunque me entristece, no quiero estar en medio de esa familia que tenéis y que muy probablemente podáis llegar a salvar. Espero que no sea demasiado tarde.

—Yo tampoco.

Después de esa conversación, nos despedimos sabiendo que no volveríamos a quedar. No hay nada malo en tener amigos, pero Saúl tiene sentimientos hacia mí que no pueden ser correspondidos, así que no quiero hacerle daño y nuestro adiós es duro.

Eva ya está al día de mis intenciones y lejos de sorprenderse, me empieza a dar ideas y sugerencias de cómo volver a mi matrimonio.

—¡Ya era hora! ¿Cuánto has tardado? ¡Venga! Ve ahora mismo a recuperar a tu chico.

—No, quiero hacerlo bien. Necesito que me escuche y para eso tengo que buscar el momento idóneo y la situación adecuada para conseguirlo.

—Está bien. Tendré paciencia y compañera de piso durante algunos días más.

—O semanas. Que pienso hacerlo bien y eso me llevará un tiempo.

—¡Pues genial! Que sean semanas, que no quiero despedirme todavía de ti. Nos hemos divertido, nos lo hemos pasado bien todo este tiempo.

—Ha sido increíble. Nunca llegaré a agradecerte todo lo que has hecho por mí, Eva. Por nosotros. Tus palabras, aunque me han dolido, me han abierto los ojos. Gracias, de verdad.

—No hay de qué. Pero esto no es una despedida. Es un punto y seguido. A ver si ahora voy a perder a una amiga.

—De eso nada, tienes amiga para rato. —Y nos fundimos en un abrazo largo y sincero, con alguna que otra lágrima.

La siguiente semana la paso organizando y tramando mi encuentro con Manu. Sus momentos conmigo son escasos, aunque le dejo su espacio, no le vuelvo a pedir mantener esa conversación que sigue pendiente. Aunque en su mirada veo distancia y reproches, muchos. Y no le culpo, todo lo que hablé con Clara me abrió los ojos. Lo comprendo, está dolido, aunque para poder

enmendar lo que ha pasado, deberá escucharme.

La siguiente es mi última semana con Eva, o eso espero. Estamos haciendo muchas cosas juntas. Nada de quedar con parejas que no nos dejan tiempo para disfrutar de nosotras. Parece que me vaya a ir a vivir lejos, a Ámsterdam otra vez y que no volvamos a vernos. No va a ser así, porque para poder hacer las cosas bien voy a necesitarla, voy a necesitar sus conversaciones, sus copas, su tiempo dedicado única y exclusivamente a mí. Y ella lo sabe. Así que, aunque parezca que no vamos a volver a vernos, seguiremos quedando para compartir nuestras confidencias.

Ella me ayuda con la organización y con el sitio más idóneo para ello. Y yo la veo tan feliz de lo que creemos que vamos a conseguir que sé que es sincera y que solo espera mi felicidad.

Capítulo 28
SI TÚ QUIERES



Parece que después de los duros inicios de esta situación tan rara, todo se está normalizando y hemos empezado a tener una rutina. Los niños se han adaptado bien a los cambios entre nosotros, y nosotros… Nosotros ya no somos nosotros, somos dos desconocidos que hacemos un cambio de hogar cada semana y que nos ocupamos de lo que un día nos unió y sigue haciéndolo: nuestros hijos. Violeta se ha rendido, no ha vuelto a pedirme hablar, debe estar muy ocupada con Saúl, al que no dejo de controlar y revisar su Instagram. Sé que suena enfermizo, y que lo único que consigo es hacerme más daño, pero es como si necesitara una confirmación real de que ella y yo no volveremos a ser pareja. No volveremos a formar una familia.

Supongo que en mi mente siempre ha existido la posibilidad de que volvamos a ser uno, un equipo, aquel que en su día formamos y que poco a poco se fue solidificando, aunque no lo suficiente como para sobrevivir a los duros tiempos que hemos vivido. No construimos unos pilares fuertes y duros para sobrellevar el día a día, y eso nos consumió, se derrumbó encima de nosotros sin que pudiéramos reconstruirlo, sin que nos diéramos cuenta de que era imposible volver a levantarlos. Y así vuelvo a mirar una y otra vez las fotografías que tiene Saúl en su perfil y que día a día va alimentando mi dolor y confirmando mis sospechas. Aunque ya hace algunos días que no publica nada, estoy seguro de que siguen con sus quedadas.

Estas últimas semanas están siendo duras en el trabajo. Las redes sociales están dando su fruto y los pedidos y la empresa están exigiéndome algunas horas de más. Juan entiende la situación y me ayuda y, aunque él mismo me comenta que será puntual, que esto pasa únicamente uno o dos meses al año, me da miedo que se convierta en algo usual y que no pueda seguir el ritmo.

Esta semana le tocan los niños a Violeta, así que me dedico a trabajar y ver poco a mis hijos. Evito a toda costa las miradas con ella y salgo huyendo de su lado tan rápido como es posible, intentando que mis hijos no lo noten.

Ya es viernes y necesito recuperar fuerzas. Mi hermana me ha pedido salir a cenar con ellos y a tomar algo y, aunque he querido negarme, no ha surtido efecto y me han acabado convenciendo para que salgamos a otro pueblo. Han reservado mesa en un elegante hotel y ya lo tienen todo preparado, o eso me han dicho ella y Dani.

Aunque me ha afirmado y asegurado que no es una cita a ciegas, sabe muy bien que si es así voy a salir huyendo, me ha pedido que vaya guapo, lo que me hace sospechar que sus intenciones van más allá de una cena con ellos dos solos.

Después de más de diez minutos de discusión, me ha asegurado que también vendrán otras parejas de la escuela, que no estaremos solos. Sin muchos miramientos, me arreglo, pero de manera informal. Pantalones vaqueros, camisa por fuera y zapatillas deportivas.

Llegamos al hotel y mi hermana muy discretamente me explica que hay que subir a una planta para poder llegar al restaurante. Lo encuentro algo raro, ya que he visto un cartel al lado de la entrada en el que indicaba «restaurante», pero sin más palabras la sigo. Saca una tarjeta del bolso y abre una puerta donde se indica «suite».

Al abrir la puerta, mi hermana me da paso y mi cuñado me da unos golpecitos en la espalda.

—No saques conclusiones precipitadas, escucha, habla, pon las cartas sobre la mesa y no pierdas tu oportunidad. —Me giro a mirarlo sorprendido, parece más un consejo de mi abuela que de mi propio cuñado.

—Suerte, hermanito.

Sin añadir nada más, salen de la habitación y me quedo boquiabierto con sus palabras.

—Hola, Manu.

Su voz suena dulce, suave, arrepentida, cariñosa… Es ella, es mi voz, es Violeta, y no sé qué hace aquí, no sé qué ha tramado, no sé dónde están nuestros hijos.

—Violeta, ¿y los niños? —No sé por qué, pero es lo único que consigo articular cuando la veo delante de una mesa totalmente preparada para la cena. Una cena íntima, con velas, vino y un manjar exquisito, y no me refiero a la comida que hay servida encima de la mesa, no, me refiero a ella, a mi querida y sexy exmujer que está espectacular esperando ver mi reacción de una vez por todas—. ¿Dónde están los niños?

—Están bien. Tu familia me ha ayudado a preparar todo esto. Están con ellos. Pero hoy no pienses en los niños. Necesito hablar contigo, necesito aclarar y explicarte tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Manu, yo… no puedo… —En ese momento se rompe, llora desconsoladamente y no puede seguir hablando.

Me quedo expectante, la miro como sigue de pie, intentando articular palabra y recobrando la respiración.

—Yo… lo… lo... siento... tanto, Manu… Te quiero… Te amo… Quiero… —Esas palabras, esas palabras que tantos días, semanas, meses… he anhelado. Esas que tanto he esperado. No lo dudo ni un segundo más, porque estoy dispuesto a olvidarlo todo con tal de que volvamos a estar juntos. Y esto es lo que quiero. De dos zancadas la abrazo, la acerco a mí, la tiendo en mis brazos y la beso.

—Me da igual, me da igual lo que haya pasado, me da igual lo que hayas hecho. No necesito saber nada más, no me importa lo que hayas vivido o hecho con Saúl. Yo también te quiero y quiero estar a tu lado, quiero seguir construyendo nuestra vida juntos. Quiero volver a intentarlo, volver a ser un equipo, uno más fuerte, mejor reconstruido, uno capaz de superar este y muchos más baches que puedan llegar.

—No he estado con Saúl, no ha pasado nada entre nosotros, todo lo que hayas podido ver han sido circunstancias extrañas que tienen una explicación.

—Pero las fotos… hablan por sí solas.

—No, Manu, han sido unas fotos poco acertadas, pero solo hemos sido amigos.

—Y el beso, da igual, me da igual todo, te digo que no necesito que me des explicaciones, que, si tú quieres, a partir de ahora mismo, quiero volver a ser tu marido.

—Lo sé, pero quiero dártelas. Quiero explicártelo todo.

—De acuerdo, pero primero vamos a lo importante. No sé tú, pero yo tengo mucha hambre.

—¿De verdad, Manu? ¿De verdad estás pensando en comer ahora?

—Sí, aunque nada de lo que hay en esta mesa me va a servir para saciarme. No necesito nada de lo que hay aquí, solo te necesito a ti.

Nuestros labios se unen en un beso tan deseado que dura minutos o incluso horas. Y vaya noche, una noche inolvidable que se podría enmarcar para la eternidad. Bueno, mejor no, porque lo que allí pasó, eso queda solo para Violeta y para mí.

Ya de madrugada hablamos. No lo necesitaba, me daba igual lo que me explicara, porque tenía claro que había vuelto donde quería estar, no volvería a dejar a esta mujer que ahora está entre mis brazos. Pero debo admitir que hablar sobre todo lo que sucedió, sobre todos los hechos que confirmaban que Violeta estaba con otra persona, me quitó un peso de encima, además de reír a carcajadas por cómo se habían ido sucediendo las cosas.

Hablamos, nos explicamos todos los malentendidos que habíamos confirmado por nosotros mismos, que la otra persona había dejado de querernos, que había dejado de lado nuestro cariño y había buscado cobijo en otra persona. Y reímos, reímos a carcajadas, por mi abuela, por sus jugarretas, por mi hijo, por su curiosidad con los globitos, por el engaño al que a veces nos someten con las redes sociales, por cómo pueden llegar a manejarnos con un par de fotografías y cuatro líneas escritas.

Y volvimos a amarnos, vaya si lo hicimos. Tanto que la cena que Violeta había pedido con tanto detalle quedó intacta. Saciamos nuestra hambre de la mejor de las formas, siendo de nuevo uno.

Al día siguiente llegamos a casa de mis padres de la mano. Unidos y enamorados como el primer día. Sus felicitaciones y abrazos nos hicieron aún más felices si puede ser. Nuestros hijos se unieron a la fiesta sin entender demasiado qué se celebraba, aunque Leo fue consciente, a las pocas horas, al ver que no nos separábamos por miedo a soltarnos y volver a vivir como las últimas semanas.

—¿Vamos a volver a casa juntos? —Su curiosidad se volvió una fiesta al ver que le confirmábamos la respuesta.

Mi abuela, en cambio, no dudó en separar nuestras manos y hacernos una pequeña amenaza, que, aunque con mucho cariño, nos dio bastante miedo.

—Espero que mantengáis esto unido. —Nos tenía cogidos por las manos, y puede que a mí por algún que otro sitio más cuestionable, y haciendo un gesto con ellas, siguió—: Y que nada ni nadie vuelva a perturbarlo. Cuidarlo, mimarlo, pedir ayuda, dedicarle tiempo y ganas, solo así conseguiréis que esto siga adelante. Y, antes de volver a separarlo, hacer uso de mis regalos, sobre todo, que no quiero más pequeños correteando por mi casa. —Sin añadir nada más, nos tendió otra cajita y volvió a unir nuestras manos.

Sin necesidad de abrir el regalo, ya sabíamos lo que había dentro, pero ahora sí, confirmamos lo que llevaba tanto tiempo pidiéndonos.

—Gracias, abuela. Los usaremos. No sé si ganarás suficiente dinero como para comprar todos los que necesitaremos. —Soltamos una carcajada los tres a la vez. El beso de abuela que nos brindó a continuación me aseguró que nos quería, que nos quería mucho, aunque sus métodos no fueran los más cariñosos.

Ese fue el primer día de un largo camino que nos quedaba por andar. Aunque esta vez pensaba hacerlo bien, acompañado de la persona que quería tener a mi lado para seguir

recorriendo con ella esos kilómetros que nos quedaban que, a veces, serían abruptos, pero que unidos serían más fáciles de sobrellevar.

Epílogo

FELICIDAD



Tres años después

Hemos conseguido volver a ser nosotros, conseguimos volver a ser todo lo que un día fuimos. Aquella noche fue nuestro comienzo, nos amamos como hacía mucho tiempo que no lo habíamos hecho y esa fue nuestra forma de reconciliarnos, de volver a empezar, de volver a ser uno, un equipo, uno más sólido, más reconfortado, uno mucho más fuerte que el que creamos al principio.

Fue nuestra noche, la primera de muchas otras que le sucedieron y que repetimos siempre que mi familia nos lo permite y se queda con los pequeños.

Cada miércoles dejamos a los niños con mis padres y salimos a visitar algún pueblo cercano y a probar algún restaurante, con nuestro vino incluido, eso sí. Es nuestro día, es nuestro momento, uno en el que las palabras se centran en nosotros, en expresar lo que sentimos, lo que nos gusta, lo bien que nos ha ido el día o la semana y en preguntarnos y preocuparnos por lo que necesitamos y lo que necesita el otro. En las cenas no se habla de rutinas, ni de trabajo, ni de niños, se habla de Violeta y de Manu, de sus necesidades, de sus logros, de sus preocupaciones, de sus alegrías, de sus carencias y también de sus abundancias. Ella y yo, yo y ella y nuestro camino conjunto. Los dos hacia un mismo destino, la felicidad, nuestra felicidad, conjunta o no, pero siempre centrada en uno mismo.

Nuestro inicio aquí fue difícil, duro, nos rendimos ante la idea de seguir luchando, pero los dos sabemos, tenemos claro que debe suceder algo mucho más fuerte para que volvamos a rendirnos, que debemos seguir luchando día a día. Que esto no es una carrera de fondo, pero sí una en la que tenemos que esforzarnos por mantenernos en pie.

Nuestros hijos han crecido, ya no son tan dependientes, aunque sí siguen necesitándonos. También les queremos hacer conscientes de que, si uno mismo no está bien, difícilmente lo estará con el resto de las personas que le rodean. Y que deben respetar nuestro vínculo, nuestra pareja, porque nuestros hijos son lo más importante en esta vida, pero nosotros también lo somos.

Ya llevamos tres años en este pueblo, tres años desde que decidimos dar un cambio de rumbo

a nuestra vida y nos instalamos aquí. Tres años llenos de baches, pero también de muchos triunfos, un gran amor y una gran familia. Esa que hacía tiempo que no disfrutaba.

Reconozco que, aunque me costó mucho adaptarme a esta tranquilidad, a este pueblo, a esta calma, a esta gente tan bonita, ahora no lo cambiaría por nada del mundo. Viví unos años estupendos en Ámsterdam, pero aquello ya pasó. No lo echo de menos. Me he adaptado a las mil maravillas a este lugar y quiero seguir aquí, quiero ver crecer a mis hijos en este pueblo que tanto me está aportando.

Y no solo me va bien en mi vida personal, en lo profesional he ido superando mis dificultades y he sabido afrontar este nuevo reto que la vida me ha puesto delante. No sabía nada de vinos, no conocía este mundo y debo admitir que ahora me apasiona. Juan ha decidido dejarme al mando de la empresa y, aunque sé que sigue mis pasos, me ha dado carta blanca en cuanto a decisiones y mando.

Lo primero que quise hacer fue aclarar un tema pendiente con Saúl. Estaba dispuesto a aconsejarle irse de la empresa, pero mi opinión cambió al escuchar sus palabras de ánimo en cuanto a mi nuevo inicio con Violeta.

—Puedes estar tranquilo, Manu. Entre Violeta y yo no pasó nada. No porque yo no quisiera, te soy sincero, sino porque ella te llevaba tan dentro que no podía empezar nada nuevo. Y lo intenté, te prometo que lo intenté, pero te quiere demasiado. No tenía ninguna posibilidad.

Y me supo mal por él, porque es un buen tío, pero me alegré tanto de escucharle pronunciar esas palabras, que casi me pongo a bailar delante de él. Lo pensé bien y me dije a mí mismo que eso estaría muy feo. Me contuve y le ofrecí mi mano en son de paz y él me lo agradeció con un abrazo sincero y lleno de ánimos durante el cual recordé mi amistad con Sandra y una idea de hacer de cupido se pasó por mi cabeza durante nuestro largo acuerdo de paz.

Y seguimos haciendo camino. Hoy hace tres años que Violeta decidió volver a conquistarme, poner remedio a lo que un día rompimos y qué mejor que celebrarlo recordando aquel día, en el mismo hotel y en la misma suite. Es mi forma de demostrarle que sigo queriendo construir mi camino junto a ella. Que quiero seguir siendo todo lo que un día fuimos.

FIN

Agradecimientos

A ti lector porque sin ti esto no tendría ningún sentido.

A mis hijos y mi marido, por su paciencia ante mis pequeñas grandes locuras, por su apoyo y comprensión y sobre todo por la ilusión que me demuestran cada día en este camino que he iniciado. No dejéis de soñar, en cualquier momento se puede hacer realidad.

A mis hermanos, porque no me habéis dejado de la mano y apoyáis cada una de mis aventuras siendo los mejores y más fieles seguidores de ellas. Por nuestras risas continuas y también nuestros momentos especiales.

A mis padres, por vuestra gran huella y por todo lo que me habéis enseñado en estos años. Hay parte de vosotros en este libro.

A mis tí@s, prim@s y tod@s las personas que le habéis dedicado un tiempo especial a leerme.

Y a tod@s mis amig@s, compañer@s, familiares, lector@s, influencers y demás personas que me han animado, leído, apoyado y recomendado a sus conocidos y familiares. Gracias a tod@s. En parte esta novela ha nacido de todas vuestras palabras de ánimo e ilusión por leer una nueva historia.

Y seguro que me dejo a alguien, pero, si es así, habrá alguna historia más en la que pueda llegar a agradecérselo. Gracias de corazón.

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en mis redes sociales…

Instagram: @miriamgbooks
TikTok: @miriamgbooks
Facebook: Miriam González

Otros libros de la autora



Clara vive inmersa en el estrés del día a día, sin levantar la vista y mirar más allá de todo lo que la rodea. Pronto descubre que la vida le tiene preparada una mala jugada y la obliga a cambiar de rumbo y aprender a saborear los buenos momentos.

Dani decide romper con su vida y cambiar de aires lejos de su familia y amigos. Al hacerlo descubre aquellos momentos caprichosos del día y aprende a saborearlos y disfrutarlos.

Clara y Dani puede que necesiten ayuda en su camino, y Antonia no piensa quedarse de brazos cruzados.

Descubre a este maravilloso trío, sus amistades, aventuras y conversaciones.

CONSÍGUELO EN AMAZON